Un amor PASADO POR agua

ARIADNA BAKER
CARLOTA MANZANO

Un amor PASADO POR agua

ARIADNA BAKER
CARLOTA MANZANO

Primera edición.

Un amor pasado por agua

©Ariadna Baker. Carlota Manzano

©junio, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1: Jana

Capítulo 2: Jana

Capítulo 3: Jana

Capítulo 4: Izan

Capítulo 5: Izan

Capítulo 6: Jana

Capítulo 7: Izan

Capítulo 8: Izan

Capítulo 9: Jana

Capítulo 10: Jana

Capítulo 11: Jana

Capítulo 12: Izan

Capítulo 13: Izan

Capítulo 14: Izan

Capítulo 15: Jana

Capítulo 16: Jana

Capítulo 17: Jana

Capítulo 18: Izan

Capítulo 19: Izan

Capítulo 20: Izan

Capítulo 21: Jana

Capítulo 22: Jana

Capítulo 23: Izan

Capítulo 24: Izan

Capítulo 25: Jana

Capítulo 26: Jana

Capítulo 27: Jana

Capítulo 28: Jana

Capítulo 29: Jana

Capítulo 30: Izan

Capítulo 31: Izan

Capítulo 32: Izan

Capítulo 33: Jana

Capítulo 34: Izan

Capítulo 35: Jana

Capítulo 36: Jana

Epílogo

RRSS

Capítulo 1: Jana

El día no podía haber comenzado de peor manera…

La miré incrédula y con un dolor desgarrador, esta situación me estaba sobrepasando y se estaba llevando mi vida por delante. No había cosa más dolorosa que ver a mi madre de esa forma.

—Mamá, me prometiste que no ibas a beber más —le reproché mientras le abría la puerta ya que la había escuchado hacer más de un intento fallido con la llave. Cosa que no me sorprendía ya que no era la primera vez que pasaba, y la impotencia que sentía era cada vez más grande. Un gran nudo se apoderó de mi garganta y las lágrimas comenzaron a brotarme.

—Vengo de celebrar la boda de mi mejor amigo. —Levantó el dedo—. Y, además, no he bebido más que un *whiskito* y dos botellas de agua.

—Un whisky tras otro, y deja ya de mentirme de esa manera. ¿No te das cuenta de que te estás destruyendo la vida? ¿Hasta cuándo piensas seguir así? No has ido a ninguna boda, te has ido a beber a cualquiera de esos bares en los que te dejas el sueldo en pocos días.

—No eres nada ni nadie para decirme cómo tengo que gestionar mi vida. —Casi se cae de boca, y me llevé la mano a la frente del agobio

que me estaba entrando.

—Esa es la pena, que no sientes que sea nadie ni nada para ti —murmuré con tristeza, sintiendo ese nudo que me ahogaba de volverla a ver así, mientras la ayudaba a levantarse y luego me dirigí al baño.

Ni contestó, se marchó para acostarse tal y como había venido, ni se dignó en quitarse la ropa ni asearse un poco, consecuencia que traería que unas horas después su habitación sería un hervidero de mal olor a alcohol.

Mi tabla y el mar eran lo único que me hacían sentir en libertad, y es que respirar este ambiente me estaba matando día tras día; desde que murió mi padre, mi madre se había vuelto alcohólica y había perdido el control de todo, para que me entendáis, hasta la pensión que le quedó de viudez se la gastaba en menos de diez días. Todo en mi casa era un desastre por su culpa y lo peor de todo es que no escuchaba ni se dejaba aconsejar.

La casa la teníamos de herencia de mi abuela, mi madre fue la heredera y gracias a ello teníamos un techo donde cobijarnos.

Tras ducharme, cogí la tabla y me fui a la cafetería en la que trabajaba mi amiga Rebeka de veintitrés años, uno menos que yo, al contrario que Patty que tenía uno más y que era enfermera. Las tres estábamos muy unidas desde pequeñas y éramos inseparables.

Sin ellas, no sé qué hubiese sido de mí en muchas ocasiones ya que siempre se habían preocupado en estar ahí, para levantarme en las innumerables caídas que había tenido a lo largo del tiempo desde el fallecimiento de mi padre y la adicción de mi madre.

Siempre las consideré como las hermanas que nunca tuve y, además, me habían demostrado que la lealtad y amistad, estaban por encima

de los lazos de sangre.

Me senté en la terraza, frente al mar, mi mar, hasta que Rebeka se percató de que estaba ahí y apareció poniendo gesto de riña.

—Traes muy mala cara, no estás bien —dijo agachándose a darme un beso en la mejilla.

—Mi madre, apareció de nuevo borracha. —Me salió la voz entrecortada y de nuevo un reguero de lágrimas.

—Como la mayoría de los días y sin necesidad de salir.

—Ya, pero después de la última bronca, pensé que se lo había tomado en serio y que iba a poner de su parte. —Me sequé las lágrimas que caían sobre mis mejillas y nublaban mi vista.

—Cielo, ya sabes que tiene un problema y que como no se ponga en tratamiento y se interne, no habrá forma de sacarla de esa adicción.

—Me dan ganas de salir de esa casa, ponerme a trabajar e independizarme, pero el problema es que sé que cualquier día metería a personas indeseables ahí o me la encontraría muerta —mi voz sonaba temblorosa y triste—. Me está jodiendo la vida, no puedo trabajar porque me está llamando cada dos por tres y exigiendo mi atención, pero me está destrozando y a veces pienso que no voy a poder superar esto.

—No me gusta verte así, no te lo mereces Jana. —Me acarició la mejilla aprovechando para secarme esas lágrimas que no dejaban de caer.

—Ya, pero es que no puedo más. —Cada vez me sentía más triste y sin fuerzas para afrontar todo.

—No te sale ni la voz, estás desgastada, estás muerta en vida. No tienes alegría, ni alicientes, ni sueños, solo vives por y para ella.

—Creo que no me quiere ni lo más mínimo, no le importa lo que estoy sufriendo ni lo limitada que me tiene, es más, tiene el rol de que yo soy la que la tengo que cuidar toda su vida dejando la mía de lado por completo.

—Hoy no te voy a poner café, creo que un té relajante te vendrá mejor y sé que tu madre sí que te quiere, no lo dudes, pero el problema es que su estado no le deja ser ella y la está volviendo alguien irreconocible que inconscientemente te está haciendo mucho daño.

—Por favor, café, lo necesito —le imploré poniendo ojitos.

—Te lo iba a poner —soltó una risilla y se agachó a darme un fuerte beso en la cara antes de ir a preparármelo.

Dirigí mi vista hacia el mar mientras intentaba calmar esa llorera que tenía en lo alto y que no se me quitaba. La tristeza estaba comenzando a vivir en mí de forma permanente y eso me estaba volviendo loca, a veces pensaba que no merecía la pena vivir, pero intentaba a toda costa quitarme esos pensamientos suicidas y pensar en lo bonito de la vida: mis amigas y el surf, al fin y al cabo, era todo lo que amaba, junto a mi madre, por mucho daño que se estuviera haciendo y me lo estuviera proporcionando a mí de manera colateral.

Rebeka apareció con el café y otro para ella; cuando había poca gente solía sentarse conmigo un ratito a descansar, sus compañeras eran de lo más competentes y entre ellas se cuidaban mucho.

Además, sus jefes eran majísimos, aparecían poco y confiaban plenamente en las chicas, siempre andaban viajando.

—¿Has hablado con Patty?

—No, no me escribió hoy aún —respondí pensando que ni le había dado los buenos días en el grupo que teníamos las tres.

—Luego te dirá de tomar algo, esta mañana salió de guardia.

—Sí, sí, lo sé.

—Me da mucha tristeza que esté liada con ese médico, es la otra, él está casado, la tiene de entretenimiento, pero ella no se da cuenta del daño tan grande que le va a hacer, si es capaz de hacérselo a la mujer, imagina a esta —negó rebufando.

—Lo sé, pero ella está ciega y se piensa que en cualquier momento dejará a la mujer.

—Pues lo lleva claro, ese debe tener una amante en cada puesto de enfermería del hospital.

—Ya. Lo va a pasar mal cuando la deje, pero, no entra en razón y está demasiada perdida con Devis.

—Enamorada hasta las trancas —murmuró causándome una risilla. Le dio un trago al café y se levantó a ayudar, ya que habían llegado muchos clientes para el desayuno—. Luego nos vemos. —Me dio un beso antes de acercarse a las mesas a tomar nota.

—Claro —sonreí.

Me quedé contemplando el mar que hoy lucía con una tonalidad azul de lo más intenso, además que había buenas olas para meterme un buen chute de surf y desconectar del resto del mundo, aunque para ser

sincera, había muchos momentos que mientras estaba en el agua, me ponía nerviosa pensando en que mi madre me podría estar llamando.

Esa era mi vida, la de una chica de veinticuatro años que amaba el surf y que vivía condenada a estar pendiente de su madre que cuando bebía, se ponía como una niña pequeña que no entraba en razones.

Me fui reponiendo de ese ratito de tristeza y me dirigí hacia la playa para prepararme y meterme en el agua.

Conforme me iba adentrando en el mar comenzaba a salir ese yo que conectaba con uno de los elementos más importantes de la vida: el agua.

Varios de los chicos comenzaron a saludarme desde sus tablas y es que todos nos conocíamos de venir desde hace años a coger olas.

Vivía en Santa Mónica, una ciudad costera de Los Ángeles, California, lugar que me permitía dedicarme a este deporte que tanto amaba y consideraba parte esencial de mi vida, es más, mi filosofía era de la que «Sin surf, no hay vida».

Además, este rincón parecía estar hecho para mí y es que me sentía en el lugar perfecto, como si la vida me hubiera colocado aquí como premio para soportar todo lo que mi madre me iba a hacer pasar.

Desconectar de todo y conectar con una misma, eso es lo que me repetía mientras disfrutaba con esas olas que me daban la libertad que necesitaba y sacaban todo lo mejor de mí.

De alguna manera se me dibujaba en la cara una sonrisa al mirar hacia el agua y saber que ahora me adentraría y disfrutaría de mi conexión, esa que sacaba la mejor versión de pensamientos bonitos y constructivos para recargar energías y luego poder enfrentarme mejor

a lo que aquí fuera me esperaba.

Una vida de mierda…

Capítulo 2: Jana

Relax total, eso era lo que sentía mientras me dejaba mecer por el vaivén del mar encima de la tabla de surf. Cerré los ojos sintiendo el calor del sol sobre mi cuerpo, «ojalá todo se simplificara a momentos como estos», pensé apretando los ojos con ganas de llorar.

Instantes como ese eran mi salvación, los que necesitaba para evadirme de toda la carga que llevaba encima. Sola, con mi tabla de surf y el mar a mi alrededor, me sentía en paz, con fuerza, como si no existiera nada más. Abrí los ojos despacio, enfocando la vista por el reflejo directo del sol y me incorporé quedando sentada en la tabla.

Soltando un suspiro nadé sobre ella yendo hacia la orilla, hasta que llegué a la zona en la que hacía pie y me dejé caer introduciéndome en el agua por completo, para refrescarme antes de salir. Caminando con la tabla por la arena, llegué a mi mochila y la clavé.

Me escurrí el pelo y me sequé un poco, poniéndome la ropa. Con un cómodo pichi vaquero sobre mi cuerpo, me recogí el pelo en un moño suelto y busqué el móvil encontrándome con el mensaje de Patty que esperaba.

Patty: *Nena, cuando te canses de ser un patito de agua sobre tu inseparable tabla, te espero en la cafetería para tomarnos algo fresquito*

porque nosotras lo valemos. Mueve ese culito tan mono que tienes y ven a mi encuentro, antes de que me dé por darle a algo más fuerte, te quiero.

Sonriendo me metí el móvil en el bolsillo delantero del pichi, me coloqué la mochila sobre los hombros y cogí la tabla, empezando a caminar por la arena dirección al encuentro de mi amiga, la que solo estaba a unos metros de distancia ya que la cafetería quedaba al otro lado de la carretera que separaba la playa.

Otros momentos que eran mi salvación, el estar con mis amigas, todo lo demás mejor dejarlo apartado por el momento porque si no ni eso podría disfrutar.

Concentrada mirando al frente, me acerqué hacia la acera viendo que Patty no tenía puesta la mirada en mí, concentrada con el móvil entre las manos. Negué con la cabeza porque sabía quién estaría al otro lado de la línea y solté otro suspiro.

Tan concentrada estaba en ella y en llegar cuanto antes, que no me di cuenta de que había puesto un pie en la carretera, sin mirar siquiera si venía algún coche, lo que no tardó en suceder ante el grito que pegué con salto incluido hacia atrás intentando esquivar un coche que pasó casi rozándome a gran velocidad.

—¡Mi tabla! —exclamé al punto de ponerme a llorar cuando reaccioné.

Y es que, a mí no me había llegado a rozar, pero la tabla que sobresalía por delante y por detrás se llevó la peor parte, arrastrándola y partiéndola en dos, quedando sobre el asfalto ante mis ojos nublados.

Parpadeé varias veces y corrí hacia ella, arrodillándome a su lado, con el coche parado a poca distancia por delante de mí.

—¡Qué mierda! —Escuché la voz de un hombre—. ¿Es que no sabes mirar al cruzar una carretera?

Levanté la cabeza de golpe, con los ojos humedecidos e impotente por lo que había pasado.

—Yo. —Tragué saliva levantando la cabeza al máximo ya que el hombre estaba justo a mi lado—. Lo siento, iba distraída y… tampoco ibas a la velocidad correcta, mira lo que has hecho.

—¿Yo? —Reaccionó serio y altivo, sin dejar de mirarme—. Manda narices que encima me digas lo de la velocidad, paso muchísimas veces por esta zona y en la vida me había sucedido algo así.

—Ya, hasta que pasa. —Bajé la mirada hacia la tabla.

—Da gracias que es eso lo que se ha roto y no has sido tú.

—Yo hace tiempo que estoy rota —susurré queriendo llorar.

—¿Qué has dicho? —Entrecerró los ojos.

—Que no pasa nada, me voy. —Me incorporé recogiendo del suelo como pude los dos trozos.

—¿Tan importante es eso? —Señaló lo que había roto.

—No sabes cuánto —intenté sonreír, pero mi gesto quedó forzado—, y era la única que tenía. —Bajé la mirada.

Ante mi desconcierto después de unos minutos en silencio, lo vi hacer un movimiento. Metió la mano en el pantalón del vaquero que llevaba y sacó su cartera, abriéndola y sacando algo de dentro.

—No sé ni por qué narices voy a hacer esto, pero lo voy a hacer, y no quiero oír nada al respecto. —Se acercó a mí y por un lateral del bolsillo delantero de mi pichi que quedaba a la altura de mi pecho, metió la mano y con ella lo que había sacado de la cartera.

Tragué saliva mirándolo de cerca, sin darme cuenta de que no sacaba la mano. Joder, ni cuenta me había dado de que el hombre que tenía delante era un portento, dejándome parada sin saber reaccionar. Alto, de pelo castaño tirando a rubio, de ojos claros, cuerpo atlético, vestido impoluto e informal y con un olor… a tan corta distancia me impregné de su olor, ni idea qué colonia sería o más bien perfume, porque no dudaba de que por el coche que llevaba, su planta y lo que había dejado en mi bolsillo, ese hombre no utilizaría colonia del supermercado.

—No hace falta. —Me ruboricé parpadeando varias veces intentando centrarme, refiriéndome al dinero.

—He dicho que no quiero oír nada. Estás mojada —respondió y parpadeé más rápido.

—¿Cómo?

—Que el pelo te está goteando y tu ropa se está mojando —carraspeó alejándose un paso de mí, sin dejar de mirarme intensamente—. Como no saques pronto lo que te he metido… —curvó los labios y supe que estaba pensando en otra cosa por su expresión.

—Oh, vale. —Bajé la mirada avergonzada hacia mi pecho, corriendo, comprobando que el pichi estaba húmedo, siendo consciente del tiempo de más que había tenido su mano metida en el bolsillo, rozando mi pecho a través de la ropa.

Sin decir nada más, me miró de arriba abajo y giró, metiéndose en su coche y desapareciendo de allí, dejándome todavía temblando por todo lo que había sucedido.

—¡Jana! —Escuché gritar a Patty mi nombre y me giré viéndola correr hacia mí.

—Estoy bien —curvé un poco los labios.

—¡Idiota, animal! ¡Huye cobarde, que como te pille se te caen los huevos al suelo y se fríen con este calor! —volvió a gritar a mi lado dejándome sorda—. Joder, nena, ¡qué susto! Y yo sin darme cuenta hasta que han empezado a levantarse los de mi alrededor al ver lo que había sucedido —soltó de carrerilla, sofocada con la mano en el pecho —. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, pero ella no —señalé la tabla.

—Cariño, mejor eso que no tú. —Me acarició el brazo con cariño.

—Ya, pero…

—Sí, sé el valor e importancia que tiene esta tabla para ti. —Me echó un brazo sobre los hombros, empujándome para empezar a caminar hacia la cafetería—. Se habrá disculpado ese, ¿no? Mierda, no me he quedado con su matrícula.

—No lo ha hecho, pero ha sido mi culpa —negué con la cabeza—, y déjate de matrículas —reí al final.

—Una mierda tu culpa, ¿qué pasa?, ¿qué él no tiene ojos en la cara mientras conduce? —soltó un bufido.

—Pues supongo que sí porque yo no he visto que se parara a

ponérselos para bajar del coche —levanté una ceja haciéndola reír.

—Menos mal que siempre nos quedará la ironía —siguió riendo mientras llegábamos a la cafetería y volvía a sentarse en la silla que había ocupado.

Yo hice lo mismo en la que quedaba enfrente, dejando junto a mis pies los restos del trágico accidente, eso había sido para mí.

Y pensaréis, pues tampoco es para tanto, que ha exagerada no me ganaba nadie y que lo importante es que yo estaba bien. Sí, pero una cosa no quita la otra y para quien tiene solo una vía de escape y se la arrebatan, para quien un objeto es tan importante porque se lo compró con mucho esfuerzo y guardando el poco dinero que me ganaba a escondidas para que mi madre no me lo quitara para sus vicios, y siendo la primera tabla de surf que hizo realidad mi sueño de poder disfrutar de mi pasión… para mí si supuso mucho, un mundo, y porque no podía permitirme comprarme otra.

El valor sentimental no tiene precio, ya fuera una tabla o cualquier simple objeto insignificante. Esos dos trozos que estaban partidos en el suelo eran mi salvación y ya no la tenía. Con los ojos vidriosos me acordé de algo y me llevé la mano al bolsillo delantero del pichi, sacando el móvil para que no se mojara y lo que me había metido ese hombre dentro.

—¡Joder, nena! ¿Qué es eso? —Agrandó los ojos Patty.

—Me lo ha dado el del coche antes de irse… —La miré con un fajo de billetes en la mano, sorprendida porque no imaginaba que fuera tanto.

—¡Coño! ¿Cuánto hay ahí?

—No lo sé, pero poco no. —Empecé a contarlo y mis ojos se fueron

agrandando cada vez más, conforme contaba y no llegaba al final.

—Madre mía, un poco más y los tienes que tender al sol —rio entre asombrada por el mismo motivo que yo y emocionada.

—Mil dólares —solté un jadeo.

—Nena, ¡qué fuerte! Con eso tienes para veinte tablas y todo lo que necesites para el surf, y más, yo qué sé ¡qué pasada! —pegó un pequeño grito Patty.

—Es… es demasiado —respondí sin salir del asombro.

—¡Te lo perdono! —gritó hacia la carretera sobresaltándome, incorporándose y dándole más énfasis con sus gestos—. ¡Puedes pasar cuando quieras otra vez por aquí!

—¿Qué haces? —reaccioné riendo—. Si no hay nadie —negué con la cabeza.

—Yo qué sé, la emoción, joder. —Se dio aire con una mano.

—¿Qué hago? No lo puedo aceptar.

—¿Cómo que qué haces nena? —Me cogió la mano que tenía libre, la que no tenía el dinero—. Es tuyo, te lo ha dado él porque ha querido. A ese tipo le sobra y lo sabes, solo hay que mirar el coche que tiene. Tú lo necesitas y te lo mereces más que ninguna otra persona. Acéptalo, cómprate otra tabla y con el resto haz lo que quieras y necesites.

Con los ojos nublados de lágrimas asentí emocionada. Ese hombre con el incidente que había provocado no sabía hasta qué punto me había facilitado la vida durante un tiempo. Seguía sintiendo la tristeza por

mi tabla, pero se abría una nueva oportunidad delante de mí.

Solo quien pasa por apuros económicos puede entender lo que llega a suponer algo así, por la desesperación que a veces se siente e impotencia que no te dejan vivir tranquila y feliz.

Mi tabla se quedaría conmigo, poco me importaba que no la pudiera volver a utilizar, tendría su lugar de siempre en mi habitación, de eso no tenía duda a pesar de que pudiera hacerme con otra.

Capítulo 3: Jana

Con el corazón en un puño nos fuimos hacia la terraza donde ya nos estaba esperando Rebeka que lo había visto todo y se veía el dolor en su cara, sabía cuánto amaba lo que ahora estaba roto en dos.

—Joder, mi niña, siento lo de la tabla, desde luego que Izan ya podría ir más lento y menos subidito.

—¿Izan? —preguntamos al unísono Patty y yo.

—¿En serio no sabéis quién es el tipo?

—Pues no —respondí mientras Patty negaba—. Pero vamos, dinero tiene, porque me dio en efectivo mil dólares para cubrir el destrozo.

—¿Mil dólares? —preguntó Rebeka con una risilla—. Mil dólares para él es lo que para ti supone pagar un café.

—Joder, pero dinos quién es —murmuró intrigada Patty—. A ver si va a ser el hijo de un magnate multimillonario.

—Pues es Izan Williams, considerado el mejor actor de Hollywood y uno de los más cotizados. Su última adquisición fue una mansión en Beverly Hills. Se nota que no veis pelis, pues tiene infinidad de ellas y

además es el más adorado por las féminas.

—Niña, tienes que ir a un programa a contarlo —me dijo Patty y la miré con cara de asesina.

—No le digas esas cosas que ya sabes como es.

—Era una broma. —Volteó los ojos poniéndolos en blanco.

—Con razón soltó el dinero con tanta facilidad —murmuré mientras negaba.

La verdad es que yo no tenía tiempo ni para ver películas, además lo mío era la lectura y siempre me andaba descargando libros de Amazon ya que tenía una suscripción que, por una simbólica mensualidad, podía leer muchísimas novelas y novedades. Me tiraba mucho la romántica, me hacía meterme en la piel de esos personajes que terminaban cautivándome por completo.

Izan, se llamaba Izan el hombre que destruyó lo que tanto amaba, mi tabla de surf…

—¿Estás pensando en él? —me preguntó Patty cuando Rebeka entró a traernos unos batidos helados.

—¿En él? —La miré negando.

—Sí, en Izan, ese que te hizo pedazos a tu niña —señaló a la tabla que estaba en dos piezas junto a la silla.

—No. —La miré mientras negaba y rebufaba.

En ese momento me entró una llamada de mi madre y no me esperaba otra cosa que lo que escuché por su boca, vamos, que me aligerase

para hacerle la comida…

—Está fatal, tu madre está fatal, que se la haga ella con sus partes bajas.

—Capaz de prender fuego a la cocina —suspiré.

—No te mereces por lo que estás pasando, debes comenzar a pensar en ti.

—No puedo, si lo hiciera ya me hubiese ido hace mucho tiempo, pero peor o mejor, es mi madre.

—No le debes la vida, Jana.

—Es lo único que tengo. —Se me escaparon de nuevo las lagrimillas.

—Nos tienes a nosotras.

—Pero ella no tiene a nadie más.

—No se deja aconsejar y no mira por ti, te está robando la juventud.

—Lo sé, pero yo no puedo abandonarla e independizarme.

—Aquí os traigo vuestros batidos helados. —Los colocó sobre la mesa y me miró—. ¿Otra vez estás llorando? ¿Tú meas?

—Estoy muy sensible.

—Todos los días lo estás —murmuró Patty acariciándome la mejilla.

—Estoy tocada y hundida.

—No lo vamos a permitir —me dijo Rebeka apretando mi hombro.

—Mi madre alcohólica se gasta el sueldo y luego nos toca sobrevivir a base de pasta, arroz y huevos. No bastante con eso, me dejó mi novio a los tres años por otra y no contento con eso, se viene a vivir con ella al comienzo de mi calle y para colmo, hoy me rompen mi tabla, esa que tanto me costó conseguir y con la que he sido tan feliz. ¿Qué más me tiene que pasar? —pregunté con tristeza mientras me secaba las lágrimas.

—George era un mujeriego y lo sigue siendo, te quitaste un cerdo de encima —murmuró Rebeka agachándose para decírmelo al oído y luego darme un beso antes de seguir trabajando.

—Y si todo eso no es suficiente, encima me lo encuentro día sí, día también y me revuelve todo el estómago. No lo amo, ni mucho menos, eso quedó atrás, pero el dolor sigue ahí.

—Estás muy susceptible —murmuró Patty cogiendo mi mano.

—Necesito un poco de luz en mi existencia, una señal de que algo en la vida me va a ir bien, no sé, cualquier cosita como que mi madre no beba más y yo pueda trabajar, pido poco, no aspiro a grandes sueños.

—Míralo por el lado bueno, hoy te cayeron mil dólares del cielo y puedes comprar una tabla nueva y, además, con lo que te sobre, conociéndote te durará una temporada para estar un poco más desahogada.

—Hoy estoy tocando fondo. —Volví a pasarme la mano por la mejilla para secar esas lágrimas que no daban tregua.

—Ya lo veo, pero no puedes seguir así, vas a caer enferma.

Después de un rato charlando con Patty me fui para mi casa a preparar la comida y asegurarme de que todo estaba en orden.

—Hija, podrías haber venido antes, me muero de hambre.

—¿No has dormido?

—¿Dormir? El estómago no dejaba de rugirme.

—Te podrías haber duchado —murmuré aguantando las arqueadas por el olor a alcohol que estaba dejando por toda la casa.

—Bueno, mientras preparas la comida iré haciéndolo, pero que conste que yo huelo a Chanel.

—Claro, mamá. —Le di la razón del loco.

Coloqué la tabla rota en mi habitación, ni siquiera se había dado cuenta de lo sucedido, ella solo miraba por sí misma y le importaba poco, o más bien nada, lo que me pasara.

Sofreí unas verduras en una sartén y en la otra coloqué tiras de pollo con especias para que se hicieran doraditas. Cuidaba mucho mi alimentación, al menos cuando la economía lo permitía.

Mi madre comía de todo, por eso no había problema, lo malo cuando se ponía testaruda y tenía ganas de bronca, ahí es cuando le sacaba fallo a todo y encima actuaba como una cría, quejándose por cualquier cosa, eso sí, se la comía entera que, para no gustarle, dejaba el plato limpio.

—Mira que sexi me puse. —Se agarró al quicio de la puerta de la cocina y la miré con una media sonrisa.

—Estás guapísima con ese vestidito.

—¿Vestidito? Ja, hija eres una envidiosa.

¿Envidiosa? Ni le contesté, me había referido a vestidito porque era muy cortito y veraniego, para por las mañanas, es más, le había dicho guapísima. Me mordí la lengua porque no tenía ganas de discutir con ese muro que era toda ella.

—Pues anoche conocí a todo un galán, un señor de los pies a la cabeza que me trató como una princesita. Por fin alguien que reconoce mis virtudes exquisitas y señoriales.

—Qué bueno —murmuré sin querer preguntar nada más, ya que ni me fiaba de lo que me iba a decir o, es más, me podría doler la posible barbaridad que me fuese a soltar.

—Y estoy segura de que hoy me llamará para quedar e invitarme a algún restaurante de lujo de Los Ángeles.

—Intenta no beber si eso sucede.

—¿Quién cena sin un buen vino?

—Ya… —Me mordí la lengua porque lo de ella no era un buen vino, eran copas y más copas hasta perder el norte.

No tenía ni las más mínimas ganas de pelear con ella o discutir, estaba cabizbaja y sentía una presión en mi pecho muy fuerte, solo tenía ganas de llorar y cobijarme en mi cama abrazada a la almohada.

—Por cierto, esta noche quiero cenar pizzas.

—Mamá, me acabas de decir que te pedirá que cenes con él.

—Por si acaso le sale algún imprevisto, tú prepara pizzas.

—No, mamá, no voy a preparar pizzas, si las quieres, las pedimos o compramos hechas del súper, yo también me merezco que me hagan las cosas.

—Tú tienes un techo gracias a mí, si no estás contenta ahí tienes la puerta.

—Cualquier día la cogeré. —Me levanté y me fui a llorar a mi habitación.

Capítulo 4: Izan

Las ocho y media de la mañana, comprobé en el reloj antes de impulsarme y salir de la piscina, pasándome las manos por el pelo. Después de hacer mi rutina de ejercicios desde bien temprano, como siempre, había acabado zambulléndome en el agua, recorriendo la piscina de punta a punta veinte veces, ese era el final que me dejaba como nuevo.

Me acerqué a la hamaca y cogí la toalla que había dejado para secarme la cara, tumbándome en ella. Cerré los ojos mientras el sonido de la máquina de cortar el césped me hacía compañía, la única que tenía en ese momento.

Los abrí y miré de reojo el móvil. Esperaba una llamada o mensaje de mi representante por el último *casting* que había hecho para hacer de protagonista en una película que me interesaba. Desde que leí el guion no había podido quitármela de la cabeza, pero tocaba esperar, como comprobé al no tener nada nuevo en el móvil, con esa confirmación volví a cerrar los ojos.

La imagen de la chica de la tabla de surf, de pelo castaño, largo y mal recogido en un moño fue lo que sustituyó al pensamiento de la película, acaparando toda la atención de mi mente. Hacía casi una semana del incidente, cuando a falta de muy poco estuve a punto de atropellarla con el coche y no podía quitármela de la cabeza.

Inexplicablemente siempre me venía su recuerdo, y me jodía, me había costado asimilar que eso me sucediera.

Tenía en mi memoria cada detalle de ella, su cara, cómo iba vestida, su cercanía fue como una bofetada de las grandes y su expresión… cada vez que la recordaba cabizbaja y con los ojos llenos de tristeza algo se removía dentro de mí, algo a lo que no estaba acostumbrado porque me daban ganas de buscarla y plantarme delante de ella.

¿Con qué fin? Ni puñetera idea, yo no actuaba así, eso lo dejaba para los papeles que hacía en la ficción, pero en mi vida real, ni loco me dejaba llevar por una mujer, ni por nadie, y mucho menos sin conocer a la persona. Pero había algo, algo que me impulsaba a no quitármela de la cabeza.

Me incorporé y envié un mensaje al grupo que tenía con los dos hombres que trabajaban para mí en la seguridad, para que vinieran. Necesitaba pedirles algo y sin demora, necesitando que fuera ya, con una impaciencia que me sorprendió, y es que todo lo que tuviera relación con la surfista me ponía en tensión sin poderlo remediar.

A la espera de que aparecieran, lo que no tardaría en suceder ante sus respuestas, me quedé sentado apoyando los codos en las piernas, con la vista fija en el agua calmada de la piscina.

—Buenos días, jefe —habló Brooklyn cuando llegó a mi lado, sonriente.

—Buenos días. —Los miré a los dos—. Necesito que hagáis algo, urgente —remarqué.

—Eso está hecho —confirmó Peter.

—Tenéis que averiguar la identidad de una persona y toda la

información referente a ella. Quiero todos los detalles de su vida.

—¿De quién se trata? —preguntó Brooklyn sacando su móvil.

—Eso es parte de lo que tenéis que decirme vosotros —sonreí de medio lado—. Solo os puedo decir la zona dónde la vi e imagino que la encontraréis allí. Tiene el pelo castaño y largo, es surfista y viste como tal, informal… —empecé a informales, siguiendo con los detalles del punto exacto al que tenían que dirigirse.

—Joder, vamos a tener que hacer turnos en esa zona hasta que la veamos —habló Peter mirando a Brooklyn.

—Dedicaros a eso por completo y lo antes posible —aseguré—, aunque…

—¿Qué? —Quiso saber Brooklyn.

—¿Una nueva conquista? —preguntó divertido Peter, en confianza ya que, a los dos, aparte de trabajar de seguridad los consideraba amigos al estar desde el inicio de mi carrera conmigo.

—¿Desde cuándo me tomo tantas molestias para eso? —Levanté una ceja.

—No sé, siempre hay una primera vez. —Se encogió de hombros Peter.

—Siempre hay una primera vez, sí… —Desvié la mirada, pensativo.

—Vamos a lo importante —carraspeó Brooklyn—, ¿qué ibas a decir antes?

—A ver. —Me pasé las manos por el pelo incorporándome,

apartándome un poco de ellos—. Estuve a punto de atropellarla. —. Los miré de reojo sabiendo la reacción que mis palabras provocarían y no me equivoqué, agrandaron los ojos por la sorpresa—. No fue mi culpa —puse los ojos en blanco—, se lanzó a la carretera sin mirar. El tema es que a ella no le pasó nada, pero su tabla de surf quedó destrozada. Eso iba a deciros porque algo me da, a que era la única que tenía por como reaccionó y no sé si aparecerá por esa zona por ahora.

—No te preocupes, en algún momento aparecerá, solo esperamos no traer ante ti los datos equivocados porque con lo poco que tenemos… ¿cuántas chicas pueden corresponder con esa descripción?

—Más de tres cuartas partes de la población femenina de California —confirmó Peter.

—No, cuando la veáis entenderéis a lo que me refiero, sabréis que es ella —aseguré—. Y no vayáis con la idea en mente de las mujeres con las que suelo relacionarme.

—¿A qué te refieres? —preguntó pensativo Peter.

—A que no tiene nada que ver con ellas, es… diferente —confirmé.

—Vale, me queda claro que esa chica te ha impactado —habló Brooklyn.

—No se trata de eso —evité responder—, por el momento solo quiero saber sus datos porque en cuanto los tenga, yo mismo haré un pedido de las tres tablas de surf más exclusivas para mujer y se las haré llegar.

—Clarísimo queda el punto que has dicho. —Miró Peter divertido a Brooklyn por la confirmación que había hecho.

—Dejaros de puntos ni mierdas, necesito saberlo todo, lo más urgente posible. —Me giré hacia ellos cruzando los brazos.

—No te preocupes, ahora mismo empezaremos —asintió Brooklyn.

—Si es por eso, podrías haberle dado algo de dinero para solventar lo de la tabla —dijo Peter.

—Lo hice —curvé los labios—, pero no es suficiente.

—Algo me dice que no es la tabla la que recibió el impacto… más bien el revés te lo llevaste tú. —Levantó una ceja Brooklyn haciendo reír a Peter.

—El revés os lo voy a dar yo de vuelta como no dejéis de decir tonterías. —. Di un paso hacia ellos—. Poneros a ello ya.

—Vámonos que todavía cobramos un plus extra y no de los buenos. —. Intentó no reír Peter mientras se ponía en movimiento.

En cuanto se alejaron de mí, al final riendo sin poderse contener, caminé pensativo por el jardín hasta llegar al límite, desde donde se divisaba la playa y la zona donde había sucedido todo. Seguí avanzando, bajando hasta donde el terreno facilitaba el acceso, acercándome todo lo que pude, como si algo me atrajera con la posibilidad de…

Tuve claro esa posibilidad en cuanto mis ojos divisaron a lo lejos una mancha muy parecida a los rasgos que había descrito hacía unos minutos y que me sabía de memoria, una mancha que se mantenía sentada cerca de la orilla del mar. A esa hora tan temprana de la mañana la playa estaba casi desierta, por lo que no tuve problema en fijarme en ella a pesar de la distancia.

—Mierda —solté ante la posibilidad que se abrió ante mí, y empecé a correr de vuelta otra vez para avisar a Brooklyn y a Peter.

En cuanto tuve el móvil en la mano les envié un mensaje para que salieran pitando hacia allí, para que lo comprobaran creyendo que había una gran posibilidad de que fuera ella. Sus respuestas no se hicieron esperar con un: «*OK, nos ponemos a ello*».

Volví sobre mis pasos rápido con el móvil en la mano, enfocando la vista al llegar al mismo punto en el que la había visto, pero ya no había rastro de la misma imagen.

—Joder —solté un bufido haciendo un recorrido por toda la zona que quedaba ante mis ojos, nada.

Cabreado conmigo mismo y por la situación, volví hacia el jardín y entré en casa con rabia. Me jodían mis reacciones y que las cosas no salieran como planeaba, así entré en mi habitación y me metí directo al baño para darme una ducha y continuar con el día.

No sabía qué narices me pasaba, en mi vida había tenido esos impulsos y menos hacia nadie. Me sentía desconcertado y tenía que digerir muchas cosas porque me sobrepasaban por momentos. Solté un suspiro antes de cerrar los ojos, apoyando las manos en las baldosas, dejando caer la cabeza debajo del agua como si con ello pudiera aclarar mis ideas.

¿Era hora de hacer mis pinitos en el surf? Abrí los ojos de golpe y mis labios se curvaron ante ese pensamiento. Pues sí, había llegado la hora de iniciarme en esa aventura para unos ojos en concreto, confirmé decidido. El motivo de mi sonrisa no fue otro que, era un experto en ese deporte que llevaba practicando desde que tenía memoria, pero ese pequeño, pequeñísimo detalle se quedaría entre vosotros y yo.

Capítulo 5: Izan

Sentado en mi despacho no podía dejar de mirar hacia la mesa, lo que había encima de ella. Ese era uno de mis rincones para aislarme y concentrarme en los guiones de las películas en las que actuaba, junto a mi habitación, los únicos en los que podía estar tranquilo ya que por la casa siempre encontraba a alguien de un lado para otro.

Cuatro días habían pasado hasta tener el sobre que esperaba a ser abierto y del que no podía apartar la vista.

Acababa de soltarlo después de que Brooklyn me diera encuentro y me lo entregara, de eso habían pasado quince minutos…

—¿Izan? —Se asomó por la puerta después de llamar y darle paso—. ¿Estás ocupado?

—No, estoy organizando carpetas en el ordenador y haciendo limpieza de archivos, guardándolos en el disco duro externo —dije sin mirarlo.

—Ya está —habló captando toda mi atención.

—¿El qué está? —Levanté la cabeza hacia él.

—La información que necesitabas —confirmó dejando un sobre

grande delante de mí.

—La habéis encontrado… —Lo arrastré hacia mí, moviendo los dedos encima de él sin quitarle la vista de encima.

El primer día varios fueron mis intentos de merodear por la playa y los alrededores en diferentes intervalos de tiempo, sin el resultado que quería. Motivo por el que al segundo día me obligué a dejarlo en manos de Brooklyn y Peter por mi salud mental.

Desde la última vez que me pareció distinguirla en la distancia desde casa, qué a saber si era ella porque la duda cada vez era más grande, no había aparecido en los horarios en los que había ido por mí mismo, lo que no había sido el caso de Brooklyn y Peter por lo que acababa de darme.

—Sí, ha costado un poco porque los primeros días no apareció, pero después no nos fue difícil diferenciarla —asintió—. Esa playa tiene un imán con la chica, solo hemos tenido que esperar a que eso sucediera.

—Me hago una idea. —Me incorporé de la silla y caminé hacia el ventanal—. Lo tuvisteis claro al verla, entonces.

—Bueno, lo que te he dicho antes era para no darte todos los datos, porque fuimos a lo loco y nos pasó de todo —rio—. Una locura a según qué horas, pero pocas chicas con las mismas características fueron a la playa dos días seguidos durante seis horas diferentes del día.

—¿Seis? —Giré hacia él.

—Sí, cuando leas lo que hay ahí dentro entenderás que es su vía de escape —señaló el sobre con la cabeza.

—Vía de escape… —susurré pensativo dirigiendo la mirada al sobre —. De lo que hay ahí dentro solo sois conocedores vosotros, ¿verdad?

—Tranquilo, hice el trabajo por mi cuenta en mi despacho. Solo yo sé lo que hay dentro, no tienes de que preocuparte.

—¿Y por la información? ¿Tengo que hacerlo? —Quise saber porque por lo que me habían dado a entender sus palabras…

—Bueno, eso será según tu visión y lo que te importe la persona. —Se encogió de hombros—. Pero si lo preguntas por si hay algo turbio relacionado con ella… no. Solo puedo decirte que mires la información por ti mismo, no soy quién para juzgar. Lo único que…

—¿Qué? —Arrugué el gesto en ese dato dejado caer al aire.

—Que la vida de esa chica no es un camino de rosas —soltó un suspiro—, muy a su pesar. Te dejo para que entiendas de lo que hablo.

Asentí como respuesta mientras se dirigía hacia la puerta, saliendo y cerrando tras de él, dejándome otra vez solo con la información que necesitaba. Me dirigí otra vez hacia la silla y me senté con la intención de descubrir qué había dentro.

Así estaba desde que Brooklyn salió hacía quince minutos, observando el sobre como ya he comentado, recostado en la silla repitiendo en mi cabeza el nombre que aparecía escrito en él: Jana. Decidido me incorporé hacia delante, abriéndolo y sacando varias hojas.

«Nombre: Jana Miller.
Edad: Veinticuatro años.
Residente en L.A. California-Santa Mónica.
Dirección: 508 2nd St.

Datos relevantes:
-Amigas: Rebeka, de veintitrés años, trabaja en una cafetería que está casi a pie de playa. Patty, veinticinco años, enfermera.
-Apasionada del surf. Ha ido varias veces durante el seguimiento a tiendas especializadas a mirar tablas, pero no ha salido con ninguna. Dedica muchas horas para aislarse junto al mar durante varias veces al día, en cortos intervalos de tiempo, lo que sus responsabilidades la dejan.
-En lo laboral trabaja esporádicamente como cuidadora de niños, lo que apenas le da ingresos porque tiene que estar pendiente constantemente de su madre y hacerse cargo de ella por su enfermedad, sin disponer del tiempo y la tranquilidad suficientes.
-Madre: Candy, alcohólica.
-Vive junto a ella en una casa pequeña, herencia de su abuela.
-Los pocos ingresos que entran en el hogar es la paga de viudedad de la madre, la que malgasta por los problemas que tiene con el alcohol».

—Mierda —dije soltando los papeles, tomándome mi tiempo por la rabia que me entró ante la situación que vivía, antes de pasar a la siguiente hoja con varias imágenes de Jana.

Dejando apartado todo lo demás, me recreé en esas imágenes. Apreté la mandíbula al ver que en muy pocas sonreía, solo en momentos contados junto a otras dos chicas, las que supuse que eran las dos amigas que detallaba el informe.

Y os preguntaréis ¿cómo es posible que una persona de a pie pueda conseguir esos datos tan concretos de alguien? O si yo era un loco y era normal en mí hacerlo habitualmente.

Lo primero era porque tenía la ventaja de que Brooklyn, aparte de trabajar para mí a tiempo completo como seguridad, era dueño de una empresa que se dedicaba a lo mismo, de ahí que acabara trabajando para mí. Era un experto en las dos materias, en proteger y en investigar todo lo necesario sobre quién fuera, ya que en la empresa

que creó también tenía a su disposición detectives. Un dos por uno tenía en él.

Referente a lo segundo, no, ni era un loco ni mucho menos era normal en mi día a día actuar de esa manera. Supongo que a estas alturas habrá quedado claro el interés que suscitó esa chica en mí y para ello no hicieron falta ni diez minutos.

Yo era el primer sorprendido con todas las reacciones que estaba teniendo y las acciones que había llevado a cabo, con la necesidad de querer indagar y saber todo sobre su vida. Y me jodía porque estaba en un punto que no me reconocía ni a mí mismo, desconcertándome. Y más me jodió saber la información que acababa de leer.

Volví a levantarme y me paré frente al ventanal, con las manos en los bolsillos del tejano, dejando vagar la vista sin un punto fijo hacia delante. Necesitaba llegar hasta ella, como fuera y mi siguiente movimiento lo tenía claro, más que claro como os comenté.

Apreté la mandíbula por las dificultades que tenía. Con razón a duras penas las fotografías habían captado una sonrisa en ella. No sé el tiempo que pasé metido en mis pensamientos, hasta que volví hacia la mesa y me puse delante del ordenador.

Sin mucho esfuerzo porque conocía a la perfección la web en la que entré, metí en la cesta de la compra las tres tablas más exclusivas que había para mujer y dos trajes, uno corto y otro largo. Con todo listo introduje sus datos y le di a comprar.

Con la confirmación de «pedido realizado» me recosté en la silla sin dejar de mirar la pantalla. Un día sería lo que tardarían en entregarle todo ya que había puesto el pedido como urgente. Ese sería el tiempo que me tomaría yo para aparecer por la playa, porque sabía, estaba seguro, de que después del desconcierto inicial que se llevaría, no

tardaría en darle uso a cualquiera de las tablas.

Desconcierto cuando abriera la puerta y se encontrara con el repartidor, desconcierto por la nota que había escrito, especificando que se la entregaran en mano desde el principio…

«Tu primera reacción será decir que se están equivocando, la segunda será decir que no aceptas el regalo… porque eso es lo que es. Un regalo de mi parte y yo, no acepto devoluciones. Disfrútalo y dales el buen uso que sé que les darás.
Atte. Tu atropellador particular».

Capítulo 6: Jana

—¡Jana, aquí hay un surfista con tres tablas preguntando por ti! —gritó mi madre desde la puerta y salí de la cocina a ver quién era, pues nadie solía venir a mi casa más que mis amigas.

—No soy surfista solo traigo un paquete —sonrió el repartidor sosteniendo las tablas y una bolsa—. Es para ti.

—Pero no estoy esperando nada —murmuré desconcertada.

—Pues los datos son tuyos, hija. Seguro que has empezado a malgastar el dinero.

—Mamá, por favor, calla —dije cogiendo las tablas y la bolsa antes de firmarle que lo había recibido.

Entré y leí la nota, casi me caigo de culo, me tuve que sentar…

Me las había mandado Izan, era increíble que tuviera mis datos y que se hubiese tomado la molestia de enviarme esas tablas tan exclusivas a las que muy pocas personas podían acceder, es más, cada una no bajaba de precio de dos mil dólares. Estaba en *shock*, además esos trajes de neopreno que también eran de los más buenos e inaccesibles.

No tuvo la culpa y él lo sabía, pero imagino que de algún modo al ver mi cara eso le produjo un poco de culpabilidad y es que, yo era un alma en pena y todo me lo tomaba con mucha tristeza y más cuando se trataba de mi apreciada y única tabla.

¿Y cómo podría darle las gracias y decirle que con el dinero que me dio fue más que suficiente?

Tenía demasiadas preguntas rondando en mi cabeza y es que nada me cuadraba, pero había sucedido, me había llegado todo a mi dirección y con mi nombre completo ¿Qué estaba pasando?

—Estoy esperando a que me digas de dónde sacaste ese dinero para esa mierda.

—Mamá, déjame, por favor te lo pido.

—A ver si por eso no llegamos a fin de mes.

—¿En serio me estás diciendo que toco tu dinero? ¡Eres muy injusta! —dije en tono alto mientras me dirigía a la puerta que había acabado de sonar.

—¿Hay un cafecito para mí? —preguntó Patty tal como abrí.

—Claro, pasa, un cafecito y nuevas noticas.

—Joder ¿Tres tablas? ¿Dos trajes? —dijo mirando y suponiendo que había sido con el dinero que me dio Izan.

—Está derrochando el dinero.

—Mamá, cállate —le advertí con mala cara e hizo un gesto de chulería y se marchó a su cuarto sin ni siquiera saludar a Patty.

—Mira la nota, me llegó todo hace diez minutos. —Se la puse en las manos.

—¡No me jodas! —Se quedó boquiabierta.

—Para joder estoy yo. —Revolví los ojos.

—Tía, se dejó un pastón.

—No lo sabes tú bien, lo que me dio ese día es una broma para lo que se gastó ahora.

—A ese tío le sobra la pasta.

—Ya, pero es que tiene mi dirección, mi nombre y eso no se consigue así porque así.

—¿Te imaginas que le has gustado?

—¡Qué dices! Tiene un catálogo de mujeres a sus pies ¿Cómo se va a fijar en alguien como yo?

—Eres preciosa, no te hace falta ser ese tipo de mujeres, tú vales mucho más. —Me acarició la mejilla.

—Bueno, imagino que es porque me vio con mucha tristeza y eso lo conmovió, que es actor, pero también persona.

—Eso puede ser, porque tú conmueves a cualquiera, estás muy sensible siempre por la situación que estás pasando.

—¿Esa sensible? —preguntó mi madre cogiéndonos por sorpresa y en tono irónico con sonrisilla incluida.

—¡Qué te calles! —le gritó inesperadamente y por primera vez Patty dejándome a cuadros y sin saber qué decir, pero no hizo falta, ella comenzó a soltar por su boca—. Vergüenza te debería dar estar jodiéndole la vida a tu hija, tratándola como si fuera una esclava, dejándola limitada sin poder seguir con su vida y sin trabajar ¡Das asco! Y no ves el problema de alcoholismo que tienes y a lo que te está llevando ¡Mala madre! ¡Mala persona!

—Ya te puedes ir de mi casa.

—No, mamá, no se va a ir. No es el tono más adecuado, pero no te dijo ninguna mentira —solté mientras derramaba un montón de lágrimas.

—Por supuesto que no me pienso ir y si lo hago, es llevándome a tu hija por delante para que no regrese jamás a esta cárcel de la que la tienes prisionera ¡Mala persona! —le repitió por segunda vez.

—¡Es mi hija!

—Si la sintieras como hija no le estarías jodiendo cada momento de su vida —le respondió Patty mirándola fijamente y de manera intimidatoria—. Piensa un poco más en ella y no seas tan narcisista.

—Vamos a desayunar donde Rebeka —le murmuré para salir de ahí, me estaba agobiando.

—Sí, mejor, porque hoy se me puede ir la cabeza, cogerla por el cuello y no parar hasta que reaccione a lo que está haciendo —dijo mientras se levantaba y la seguía mirando fijamente.

—Iros a la mierda, putas —contestó mi madre dejándome sin aliento y con la tensión por los suelos. ¿Nos había llamado putas?

—Puta tú, además, tú para hablar mal de nosotras tienes que mentir. Das asco, Candy, das asco. —Me cogió del brazo y nos dirigimos a la puerta.

—Cualquier día terminái muertas en una cuneta —gritó antes de que saliésemos y tuve que aguantar a Patty para que no fuera hacia ella.

—Así vas a terminar tú y lo sabes —le gritó esta antes de que yo la cerrase.

Rompí a llorar tal como salimos a la calle y Patty me abrazó fuertemente mientras me daba varios besos en la cara.

—Aunque no esté bonito ni lo vea bien, te agradezco que le hayas dicho a mi madre tres verdades —murmuré en tono cabizbajo.

—Es poco para lo que le debería de haber dicho, no te imaginas el dolor que siento al ver día tras día lo que está haciendo contigo. —Besó mi mejilla mientras me abrazaba—. Yo quiero a tu madre, la conozco desde siempre, pero no esta versión de ella, esto hay que frenarlo, Jana.

—Pues no sé cómo hacerlo.

—Deja de llorar. —Me secaba las lágrimas mientras yo no podía ni levantar la vista—. Vamos a buscar una manera de que salgas de esta.

—No puedo, Patty, no puedo.

—Verás que sí. —Echó su mano sobre mi hombro y comenzamos a andar hacia el restaurante.

Rebeka al vernos aparecer se vino hacia mí y me dio un abrazo, la

pusimos al tanto de los regalos y de lo de mi madre, el altercado que había tenido Patty con ella, cosa que aplaudió, al igual que con el regalo que se quedó a cuadros y boquiabierta.

—Anda, sentaros que ahora mismo os traigo un desayuno de princesas.

—Yo con un café tengo bastante.

—Tú come y calla, que te estás quedando que da pena de delgada —protestó Patty.

—Por cierto ¿qué tal con Devis?

—Creo que ya está a punto de dejar a la mujer.

—Eso llevas diciendo el año que llevas con él —murmuré con tristeza porque la verdad es que no me gustaba ver a mi amiga en esa relación.

—Bueno, el día que pase os daré con la noticia en la boca.

—¿Y no crees que, si se lo hizo a su mujer y madre de su hija, no te lo hará a ti?

—Lo nuestro es amor de verdad.

—Patty, que con ella se casó y tuvo una hija.

—Un error lo comete cualquiera.

—Bueno, te diga lo que te diga no lo vas a escuchar.

—Lo amo y mientras no me demuestre lo contrario, seguiré confiando

en él.

—Te mereces algo más.

—¿Algo más que un médico?

—No se trata de su profesión, se trata de la persona en sí y la situación que tiene.

—Sé lo que hago.

—Lo dicho, no entenderás nada.

—¿Y me lo tienes que decir con esa cara de tristeza? —Se inclinó a un lado para besar mi mejilla.

—Al igual que a ti te duele lo que me está haciendo mi madre, a mí me duele tu situación con él.

—No es lo mismo…

—Claro que no, esa me parió y el otro está jugando con su familia y contigo.

—¿Vas a pagar tu malestar conmigo?

—Sabes que no es así, solo te lo digo porque me duele.

—Vaya dos —dijo colocando todo en la mesa Rebeka y sentándose con nosotras—. Tanto la una como la otra tenéis que poner remedio.

—Ya habló la tercera en discordia —murmuró volteando los ojos Patty y acto seguido cogió la tostada.

—Relax, que quiero desayunar sin tensión antes de que esto se llene de nuevo.

Estuvimos un buen rato y luego me fui para mi casa a preparar la comida, ese día ni surf ni nada, además, estaba el ambiente de lo más caldeado.

Mi madre comenzó a insultarme mientras cocinaba y comíamos, a decirme que no tenía derecho a permitir que mi amiga la hubiese tratado así y en su propia casa.

No le respondí a nada, no tenía fuerzas y mucho menos ganas, así que aguanté todo el chaparrón, luego tras recoger la cocina me encerré en mi habitación donde pasé el resto del día abrazada a la almohada llorando hasta que salí para hacerle la cena, yo no probé ni bocado, ni le hice las pizzas. Una ensalada con unos *nuggets* caseros que solo ella comió, regresé a la habitación ya que no me sentías con fuerzas de nada.

Capítulo 7: Izan

Había dejado pasar un día, justamente ayer fue la entrega de los regalos que le había hecho a Jana, de los que tuve la confirmación sin ningún incidente. Sin intención de demorarlo más, subí hacia mi habitación después de mi rutina de ejercicio, dispuesto a prepararlo todo para ir a su encuentro en la playa.

Por las horas que eran, daba por hecho que sería así y con ese pensamiento me coloqué el traje corto guardando en una mochila todo lo que pudiera necesitar y bajé una vez con todo preparado hacia el garaje, donde tenía mi colección de tablas.

—¿Dispuesto a surfear? —Escuché la voz de Brooklyn a mi espalda cuando estaba sacando una de las tantas que tenía.

—Todo lo que se ponga a mi alcance —sonreí de medio lado de cara a él.

—Ya veo.

Curvando sus labios se acercó a mí y me ayudó a meterla en el todoterreno que utilizaría.

—¿Algo que decir? —pregunté subiéndome al asiento del conductor

antes de cerrar la puerta, dejando la mochila al lado.

—Absolutamente nada —negó divertido—, imagino que no quieres que avise a Jason para que te lleve.

Jason era mi chofer, el que me llevaba a la mayoría de los lugares, con la excepción de cuando quería ir por libre como lógicamente era ese caso.

—No, hay cosas que prefiero hacerlas por mí mismo, imagino que lo entiendes. —Levanté una ceja provocándole una carcajada.

—No seré yo el que contradiga eso. Que cojas muchas olas y todo lo que se tercie. —Me hizo un guiño cerrando la puerta.

—Esa es la intención —sonreí arrancando, saliendo del aparcamiento.

La distancia como ya sabéis era mínima, motivo por el que no tardé ni diez minutos en aparcar por la zona. Esperé un tiempo en el coche ya que al pasar por delante de la cafetería no la había visto en la terraza que me detalló Peter el día anterior, en la que siempre se sentaba y era su primera parada antes de pisar la arena.

Después de quince minutos perdiendo el tiempo con el móvil en la mano, en la pantalla saltó una llamada de mi representante que no tardé en descolgar.

—¿Qué tal Jeyden? ¿Alguna novedad?

—Hola Izan, todo perfecto. Sí, precisamente por esa novedad es perfecto.

Su tono de voz me indicó que esa llamada sería positiva y sus palabras me lo acabaron de confirmar.

—¡No jodas!

—Pues sintiéndolo mucho, sí lo hago —rio a través de la línea, haciéndome soltar un grito de alegría—. Enhorabuena, tío, el papel es tuyo, sé lo que te motivaba y el interés que tenías en hacer esa película.

—Mierda, no me lanzo a ti porque no te tengo al lado —reí contagiándolo.

—El mérito es todo tuyo, yo solo he presionado un poco.

—Me acabas de alegrar el día, la semana, el mes, el…

—Ya, ya… me hago una idea. Me alegro por ello y ahora a disfrutarlo. Me tienen que pasar la planificación y en cuanto la tenga te la haré llegar.

—Perfecto —asentí sin que pudiera verme con una sonrisa en la cara.

—Aprovecha los últimos días de vacaciones que tienes por delante porque cuando empieces se te acabó el chollo por una temporada.

—En ello estoy —amplié la sonrisa de medio lado mientras salía del coche colgándome la mochila—. Te dejo, hablamos más tarde.

—OK, disfruta.

Después de colgar guardé el móvil en la mochila y bajé la tabla de surf. Con ella a cuestas me dirigí hacia la cafetería, sin intención de acercarme del todo si Jana aún no había llegado. Dato que fue afirmativo como pude comprobar conforme avancé.

Mis labios se curvaron al ver su imagen sentada en una mesa, removiendo un café con la cabeza inclinada hacia abajo, hasta que la levantó y me paré un momento al ver su expresión, cagándome en todo al ver un gesto de tristeza en su cara.

Con más motivo para hacer lo que me había propuesto, volví a emprender la marcha hasta llegar a ella. En cuanto lo hice ante sus ojos abiertos por la sorpresa, dejé la tabla en el suelo junto a la suya tranquilamente, como si me estuviera esperando y me senté en la silla que quedaba frente a ella.

—¿Qué…? ¿Qué haces aquí?

—Ya ves. —Me encogí de hombros—. Dispuesto a lanzarme a la aventura de las olas, creo que sabes un poco del tema —señalé mi cuerpo cubierto por el traje corto—. Hola Jana —sonreí de medio lado al ver su reacción.

—¿Cómo sabes mi nombre y mis datos? ¿Cómo…?

—Vamos por partes. —Apoyé los brazos en la mesa—. Mi nombre es Izan.

—Lo sé. —Tragó saliva.

—Vaya. —Me eché hacia atrás en la silla—. Veo que no soy el único que ha hecho los deberes. ¿Qué más sabes?

—Bueno, si hubiera sido por mí, seguiría sin saberlo. —Recogió nerviosa las manos de encima de la mesa—. Lo supe por una amiga que te reconoció, como el resto de esta terraza ahora mismo —dijo lo último casi en un susurro, mirando de reojo a todos los que teníamos al lado ya que me habían reconocido y tenían sus miradas puestas en mí.

—Me suele pasar, sí —sonreí—. No prestes atención.

—¿Te gusta surfear? —Bajó la mirada hacia mi tabla cambiando de tema.

—Ese es otro de los puntos que quería decirte. —Me acerqué a la mesa —. He decido que quiero aprender este deporte y que tú me vas a enseñar.

—¿Yo? —dijo sobresaltada, con voz aguda por la impresión.

—Sí, tú; me lo debes. —Volví a apoyar los brazos en la mesa.

—Yo no te debo nada. Bueno…

—No vayas por ahí, no es por el motivo que estás pensando —la corté —. No me debes nada por lo que te llegó ayer. —Levanté una ceja—. En la nota ponía bastante claro que era un regalo y los regalos se dan sin esperar nada a cambio, solo por el placer de hacerlos.

—Pero es que… no era necesario y el dinero que me diste tampoco… fue demasiado ya como para aceptar los regalos.

—Lo has hecho y así seguirá, no hay otra opción. Por cierto ¿te gustó todo?

—Eh, sí, por supuesto —respondió avergonzada—. Las tablas son impresionantes, bueno todo lo que me llegó… yo, no sé a qué vino tu impulso de hacerlo ni como sabías a dónde enviarlo, pero te lo agradezco mucho, gracias.

—Cuando me propongo algo siempre lo consigo —confirmé—. Ya te explicaré en algún momento los detalles.

Tuve que sonreír al ver lo apurada que estaba. Mi mirada se desvió por unos segundos hacia la puerta de la cafetería, donde una de sus amigas se había quedado paralizada al vernos. Di por hecho ese detalle porque salía junto a Jana en algunas de las fotografías que me entregó Brooklyn y porque trabajaba en una cafetería.

Uniendo todos los datos me la quedé mirando divertido. Sin moverse en la entrada, con una bandeja entre las manos, con la boca abierta, asombrada y parpadeando sin parar dirigiendo sus ojos hacia Jana y hacia mí todo el rato.

—Si no es por ese motivo ¿qué te debo? —habló Jana captando mi atención y me centré en ella.

—No todos los días me llevo un sobresalto al estar a punto de atropellar a alguien y estoy a punto del infarto. —Levanté una ceja provocando que se sonrojara—. Solo te estoy pidiendo que me inicies en este deporte.

—No sé si es buena idea —susurró.

—¿Perdón? —Me incliné en la mesa como si no la hubiera oído.

—Que lo haré. —Se irguió en la silla rectificando.

—Eso pensaba —sonreí—. Tampoco tenías otra opción, no pensaba moverme de aquí hasta que aceptaras. Ahora que ya sabemos los dos quienes somos, ¿qué te parece si no perdemos más tiempo en meternos en el agua?

—¿No quieres un café? ¿Desayunar?

—No, ya lo he hecho todo —sonreí al ver su indecisión.

En ese punto en el que estaba, dentro de mí se removían demasiadas cosas. La primera, era la reacción de mí cuerpo al estar cerca de ella. La segunda, era mi impulso y necesidad de acortar distancias. La tercera, era la prudencia de frenarme a mí mismo porque la locura que había sentido desde el mismo momento en el que se dio nuestro encuentro, por decirlo de alguna manera, y justo en ese momento, todo hacía saltar mis alarmas y tenía una sensación que me superaba. Esas eran algunas de las cosas que llevaba por dentro, las demás os las podéis imaginar.

—¿Has pagado ya? —le pregunté agachándome y cogiendo la mochila del suelo que había dejado junto a las tablas.

—No, después lo hago, no hay problema —me aclaró, y bien lo sabía si la que se había quedado escondida detrás de la puerta intentando pasar desapercibida ocultándose, lo que no había consiguió, era su amiga.

—Tranquila, yo me encargó. —Saqué la cartera y dejé un billete encima de la mesa.

—No, por favor. —Intentó frenarme apurada.

—No te he preguntado. —Levanté una ceja poniéndola nerviosa al haberla agarrado de una mano—. Quiero hacerlo.

El roce y el calor de su piel con ese simple contacto me erizó el bello, mientras en mi interior me gritaba que la soltara para volver a tener el control porque a parte de ese contacto nuestros ojos se habían quedado unidos y se negaban a separarse.

Con mucho pesar me obedecí a mí mismo y me incorporé de la silla sin dejar de mirarla. Después de seguir todos mis movimientos con los

ojos, nerviosa, hizo lo mismo que yo quedando a mi lado.

—Sígueme que no me fio ni un pelo de ti cruzando una carretera —dije con guasa mientras cogía la tabla y ella hacía lo mismo.

Mis palabras provocaron que pusiera los ojos en blanco, gesto que me hizo soltar una carcajada y que en mi interior algo se calentara al sentirla diferente hacia mí. Poco a poco, me dije, era consciente de su timidez y de su reparo, pero no dudaba de que dentro de ella había una Jana escondida por las circunstancias que la vida le había obligado a vivir.

Cerca de la orilla dejamos las mochilas y clavamos las tablas.

—No te has puesto uno de los trajes —dije viendo como empezaba a quitarse la ropa y se quedaba en bikini.

Joder, pensé maldiciendo, era todo un espectáculo para la vista la imagen que me regaló, un regalo que no tenía precio. Tragué saliva casi imperceptiblemente para no delatarme, girando y quedando frente al mar mientras mis ojos se descontrolaban intentando moverse en su dirección, negándose a abandonar las vistas que les había quitado.

—Alguna vez lo utilicé en el pasado. Tuve uno, pero me acostumbré a hacerlo así —explicó sonrojada—. Me gusta sentir el agua en la piel.

—Si lo hubiera sabido te hubieran llegado varios trajes de baño —carraspeé cuando se puso a mi lado, recogiéndose el pelo en un moño mal hecho, muy parecido al que llevaba cuando la conocí.

—Utilizaré los que me enviaste —asintió—, pero no siempre. —Giró hacia mí sonriendo.

¿Cuál fue mi reacción ante ese gesto de sus labios? Apretar los pies en la arena, clavándolos como estaban las tablas porque tuve la sensación de que me caería de culo solo con ese simple gesto. Joder, me dije por segunda vez, la situación iba de mal en peor o no… acabé devolviéndole la sonrisa.

—Ahora te toca a ti seguirme —habló decidida hacia su tabla nueva, cogiéndola.

—Creo que eso me suena, lo he hecho desde el principio —confirmé más para mí que para ella, en voz baja.

—¿Cómo? —Volvió a mi lado con cara de no haberse enterado.

—¿Que si ya las has estrenado? —Hice un gesto con la cabeza hacia la tabla, llevando la conversación hacia dónde necesitaba.

—No. —Desvió la mirada hacia el mar—. Ayer tuve un día complicado —bajó el tono de voz.

—Pues vamos a ello, solo te pido que tengas paciencia conmigo. —Empecé a caminar para que le cambiara la expresión en cuanto hiciera contacto con el agua, al final siguiéndome ella a mí. No pude evitar sonreír ante ese último detalle.

—No puedes estar en tensión —rio después de varias zambullidas por mi parte e intentos.

—Ya veo que soy muy gracioso. —La salpiqué echándole agua con una mano cuando estuve encima de la tabla otra vez, sentado.

—Pues sí que lo eres —volvió a sonreír y solo yo sé lo que volvió a provocar en mí—. Más que nada —carraspeó— porque sé que sabes surfear. —Me miró directamente y exageré la cara de asombro

haciéndola reír.

—No me digas que he hecho el ridículo —acabé riendo junto a ella.

—Para nada, ha sido muy divertido.

—Me alegro. —La miré con intensidad.

—¿Hasta dónde estabas dispuesto a llegar?

—Hasta el final… —confirmé serio, con la convicción de que así sería en todo lo referente a ella, lo que le quedó claro al ruborizarse—. Con unos cuantos tragos más de agua salada hubiera puesto fin, creo que ya me he hecho una limpieza interior con la sal —reí aligerando la situación y provocando lo mismo en ella.

—No sé por qué lo has hecho —negó con la cabeza—, ni esto ni todo lo demás, pero gracias, de verdad.

—No me las des. —Imité su movimiento—. Imagino que si sabías quien soy, no ha sido muy difícil ver algunas imágenes mías.

—No, son bastantes las que están en internet. El gran actor Izan Williams es un experto en este deporte.

—Bueno, tanto como un experto —reí—, me gusta y casi nací con una tabla al lado. —Me encogí de hombros.

A partir de ese momento, sin ninguna tapadera que me impidiera disfrutar de las olas, nos dejamos llevar. Mi experiencia en ese deporte como ya he comentado me venía desde muchos años y lo dominaba a la perfección, pero era impresionante ver la habilidad que tenía sobre la tabla Jana, cómo cogía las olas y salía victoriosa de ellas.

Con una elegancia y un temple, como si se hiciera una sola con la tabla y el mar, como si las olas la acogieran a ella en vez de ser al revés. Imposible apartar la vista en algunos momentos en los que el estar pendiente de ella había supuesto volver a zambullirme en el mar.

Pero qué importaba algún remojón más si podía disfrutar de ese espectáculo. Todo en ella lo era y lo que me transmitía provocó que dijera las siguientes palabras, las que ya había pensado, pero en ese momento tomaron fuerza al decirlas convencido y con decisión.

—Te invito esta noche a cenar —hablé cuando habíamos dado el momento por finalizado y nuestros cuerpos estaban sentados en las tablas meciéndose por el mar.

—No, no puedo aceptar. —Se sonrojó negando con la cabeza, dándole más énfasis.

—¿Por qué? —Me interesé, aunque podía hacerme una idea de cuál sería su respuesta.

—Es que, no sé si podré, tengo responsabilidades.

—¿Cuál sería el problema? —Me hice el despistado.

Antes de responderme soltó un suspiro dejando la vista perdida hacia delante.

—Aceptaría encantada de verdad, pero si surge algún problema tendría que irme y…

—Pues no se hable más —la corté queriendo borrar su expresión de tristeza—. Te recojo, vamos a cenar y si como dices surgiera algo te llevaría lo más rápido posible a dónde me dijeras. A las ocho y media te paso a recoger.

Y con esas palabras y dejándola sin saber qué decir, ni dándole la oportunidad para hacerlo, me tumbé en la tabla y nadé hacia la orilla, dejándola atrás.

En cuanto salí y pisé la arena, me giré hacia ella. Sin haberse movido sus ojos estaban puestos en mí, le hice un guiño como despedida sabiendo que vería ese gesto al no estar muy lejos y me alejé.

Capítulo 8: Izan

Con una sonrisa tonta en la cara, así había pasado el resto del día desde que me alejé de Jana. A esas alturas pasaba de analizarme ni de intentar controlar nada, al menos conmigo mismo y en mi casa, hacia fuera para ella me había propuesto ser precavido para que no se asustara y diera un paso hacia atrás, o varios. No, eso no estaba en mis planes.

Eran las siete de la tarde. El día había pasado entre llamadas de Jeyden, mi representante, y con el dosier del guion de la película que me había enviado, que si todo iba como estaba planificado empezaría a rodarse dentro de un mes.

Gracias a eso había podido apartar a Jana de mi mente por unas horas, centrándome en memorizar e interiorizar las primeras escenas. Cuando quise darme cuenta las horas habían pasado volando, por lo que dejé todo a un lado y subí a mi habitación para darme una ducha ya que la hora en la que había quedado con Jana estaba próxima.

Recién salido del baño me dejé caer en la cama con la toalla anudada en la cintura. La ansiedad podía conmigo, no veía el momento para ir en su busca y poder disfrutar de su presencia y de estar a su lado. Así me sentía, como jamás en mi vida me había visto por una mujer, pero es que Jana tenía algo… era especial ante mis ojos y ante los de cualquiera, no me cabía duda.

Lo que conseguía trasmitirme como persona lo combinaba a la perfección con su visión y la mujer tan preciosa que era. Eso era innegable. Estaba acostumbrado a rodearme de muchas de ellas, pero la elegancia y la belleza de Jana no la había visto en ninguna otra.

—Supongo que ese es el motivo por el que me estoy volviendo loco —dije en la soledad de mi habitación, incorporándome en la cama, sentándome en ella.

Mal camino el pensar en su cuerpo, pensé cuando sentí la tensión de la parte baja del mío, con una zona en concreto que estuvo de acuerdo con todos mis pensamientos. Y es que, os he comentado los más livianos dándoos una pincelada de lo que provocaba en mí, si me hubiera extendido como realmente había hecho mi mente…

Permitidme eso, por el momento prefería mantener ese tesoro dentro de mí, solo para mí, pero no os será difícil de saber sumando uno más y uno por todo lo que os he dado a entender.

Soltando un bufido, me incorporé de la cama llevando una mano a mi miembro por encima de la toalla para que se calmara. No sé si fue peor el remedio que la enfermedad como se suele decir, pero que no se dijera, aguanté estoicamente y pasé de él. Asombroso, lo sé, pero me podían las ansias de vestirme y salir pitando de casa. Tiempo al tiempo, me repetí varias veces hasta que mi cuerpo se calmó y volvió a la normalidad.

Vestido informal, mientras me ponía un calzado deportivo pero arreglado, unos golpes en la puerta de mi habitación me hicieron fijar la mirada en ella mientras daba paso a quien fuera.

—Vas echo un pincel. —Se apoyó Brooklyn en el marco.

—No os quiero cerca esta noche —aseguré incorporándome de la cama.

—¿No nos quieres al lado hoy? Me pregunto ¿por qué será? —Curvó los labios.

—No te preguntes tanto. —Levanté una ceja—. Además, no voy a ir a ningún sitio concurrido y va a ser calmado.

—No tienes que darme explicaciones porque lo imagino —asintió.

—¿Y Peter? —pregunté guardándome la cartera en el bolsillo del pantalón.

—Abajo, lo he frenado para que no suba.

—¿Y eso? —Me paré de cara a él.

—Quería comentarte una cosa y quiero que quede entre tú y yo. Sé que no quieres que nadie más se entere de lo que concierne a Jana.

—¿Algo más que tenga que saber? —Arrugué el gesto.

—No lo puse en el informe porque estaba esperando los últimos datos. —Entró cerrando tras él.

—¿De qué se trata? —Quise saber serio.

—De esto. —Levantó una mano con un sobre en el que no me había fijado, esa vez más pequeño que la vez anterior.

Lo cogí sin dejar de mirarlo a la cara y lo abrí.

—Pensé, que dada tu implicación y todo lo que esa chica ha

conseguido en ti en tan poco tiempo, te interesaría para tomar medidas.

—Mierda —solté al empezar a leer las hojas que había sacado.

—Exacto. —Se cruzó de brazos Brooklyn.

—Necesito que te pongas con ello lo antes posible. —Levanté la mirada hacia él—. Empieza a moverlo todo para hacer los trámites correspondientes.

—Ya he empezado —curvó los labios provocando el mismo gesto en mí—. Aún no es nada definitivo, pero al saberlo esta mañana ya he empezado a mover los hilos.

—¿Y si no hubiera querido hacer nada? —Levanté una ceja.

Soltó una carcajada ante mis palabras, hasta que volvió a hablar.

—Con lo atontado que te ha dejado esa chica y todo lo que has querido saber hasta ahora eso no era una opción, bien lo sabemos —negó divertido.

—No, no lo es —asentí serio.

—No te preocupes, llegaremos a tiempo. Ahora olvídate de todo y disfruta. —Me hizo un guiño y giró hacia la puerta.

—Gracias Brook —dije realmente agradecido, acompañando mis palabras con el diminutivo de su nombre.

—No hay de qué. —Giró la cabeza hacia a mí—. Esa chica se lo merece más que nadie. Aún no sabe la suerte que ha tenido al cruzarse contigo.

Después de esas palabras salió y volví a quedarme solo. Bajé la mirada hacia los papeles en los que el embargo de la casa de Jana era casi inminente. Según detallaba, la madre había hipotecado la casa para seguir malgastando el dinero en su vicio, dejando desprovista a Jana de una vivienda que si no acelerábamos el trámite dejaría de ser su hogar.

Solté los papeles con rabia y me dirigí hacia la corredera, saliendo hacia afuera al balcón. Dejé vagar la mirada hacia delante. No pensaba permitirlo, a partir de ese momento esa casa sería intocable. Con esa convicción, pasados unos minutos volví a entrar e intenté apartar el sentimiento que se había apoderado de mí de impotencia ante la situación obligada que vivía Jana.

Montado en uno de los coches que estaban en el aparcamiento, salí de casa cambiando el chip al encuentro de Jana, con la idea de hacer de las siguientes horas las mejores para ella. Necesitaba volver a verla sonreír, necesitaba que su expresión fuera despreocupada y feliz, al menos el tiempo que estuviera junto a mí.

Faltaban pocos metros para llegar a su casa cuando la vi. En la acera, con el móvil en la mano sin prestar atención a su alrededor, esperándome, esa fue la imagen que me hizo sonreír al ver un pequeño indicio de sonrisa en ella mientras movía los dedos en el móvil.

—Señorita. —Llamé su atención al pararme a su lado— ¿Espera a alguien? —. Levanté una ceja.

Su reacción fue levantar la cabeza de golpe y sobresaltarse. Ni había escuchado el coche acercarse. Intenté ocultar la sonrisa cuando el móvil se le resbaló de las manos y lo cogió al vuelo, soltando un suspiro cuando lo recuperó.

—Hola. —Me saludó de palabra y levantando una mano.

—¿Subes? ¿Bajo? ¿Te abro la puerta? Estoy a tu disposición esta noche.

—¿Eh? No, no… —respondió apurada.

—¿Que no subes? ¿Que no bajo? ¿O que abres la puerta tú? —reí sin poderlo remediar.

—No me pongas más nerviosa. —Puso los ojos en blanco mientras abría y entraba.

—No es mi intención, solo quiero que te relajes. —Me giré hacia ella.

Estaba preciosa, ¿aún más? ¿Eso era posible? Joder, tuve que retener el impulso de agarrarla y acercarla hacia mí. ¿Con qué fin? El principio sería sentir su cercanía, su nerviosismo que me ponía a mil, continuando por probar sus labios y hacer desaparecer el brillo que tenía en ellos.

Brillo del pintalabios que se había puesto, natural, lo que la hacía más perfecta ante mis ojos realzando su belleza, sin la necesidad de tener que resaltar nada en ella.

Con una falda corta y una camiseta sin tirantes, dejando al aire sus hombros, conjuntado todo con unas cuñas que combinaban con los tonos. Tuve que tragar saliva al verla sentada a mi lado.

—Ya está —me sonrió sin darse cuenta de todo lo que había provocado en mí en unos segundos.

—Pues vamos a ello —asentí sonriendo.

Miré hacia el frente y quité el freno de mano ya que no había parado el motor. Un movimiento de su cabeza me hizo mirarla de reojo. Giró hacia la casa, mirándola, como indecisa.

—Sea lo que sea, si lo necesitas estarás aquí todo lo rápido que corra el coche —aseguré mirando al frente para que no se pusiera más nerviosa—. Tampoco vamos a alejarnos mucho, por lo que me dijiste nos quedaremos por la zona.

—Gracias —dijo en tono bajo, mirándome.

—Gracias a ti por aceptar cenar y pasar tiempo conmigo.

—¿Acaso me diste opción? —Levantó una ceja.

—No, ni lo haré para las próximas, avisada quedas —reí, después de remarcar cada palabra, para que le quedara claro que esa vez no sería la única—. Ya te dije que siempre consigo lo que quiero —sonreí de lado—, y si para ello tengo que dejarte con la palabra en la boca, lo haré, te quedarás con contestaciones por decir.

Entre risas recorrimos el corto camino hasta el restaurante al que quería llevarla. La tensión aflojó en ella, lo que fue más que evidente en cuanto su cuerpo se acomodó en una postura más relajada en el asiento del coche.

Cuando aparqué a los quince minutos, salimos del coche y fui a su lado, agarrándola de la mano. De la impresión y la sorpresa al no esperárselo pegó un pequeño bote y sonreí interiormente sin hacer ni decir nada, caminando y tirando de ella hacia el interior del restaurante.

Sin pararme, sabiendo hacia dónde iba, lo crucé entero y me dirigí

hacia la zona que me encantaba y que muchas veces reservaban para mí para tener un poco de privacidad. Zona que no era otra que una pequeña terraza que daba al mar, iluminada con pequeños farolillos, los que se extendían por la arena haciendo un camino dirección al agua.

La terraza estaba desierta, solo para nosotros, ya que había reservado con antelación y lo habían dispuesto todo para mi llegada. Conocía de sobra al dueño, el que era mi amigo y solo necesitaba descolgar el teléfono para que así fuera.

—Es precioso —habló mirando alrededor.

—Lo es —aseguré.

Y no me referí precisamente a la estampa que nos devolvía nuestro alrededor, pero ella no fue consciente del significado real de mis palabras al no estar mirándome, si lo hubiera hecho, solo con la intensidad con la que lo hacía hubiera tenido más que claro mis palabras.

—Ven. —La volví a agarrar de la mano porque la había soltado al salir a la terraza y la llevé hacia la mesa.

—Nunca había venido aquí —me sonrió.

—Pues lo tienes muy cerca —le devolví la sonrisa cuando nos sentamos.

—Bueno…

—Siempre hay una primera vez —la interrumpí para que no se sintiera mal—, y no sabes cómo me alegro de ser yo el que tenga el privilegio de acompañarte. —Le hice un guiño, sonrojándola.

—El privilegio es mío. Más de la mitad población femenina suspira por ti. —Desvió la mirada nerviosa.

—El resto no me importa ¿Y tú? —Me recosté en la silla sin poder frenar mis palabras.

—¿Yo qué? —Se removió en la silla.

—Que si te hago suspirar —aclaré intentando no reír.

—¿Por qué preguntas si lo sabes?

—¿Yo? No sé nada, no he estado en los momentos en los que suspiras y no sé el motivo que los puede provocar.

—Te gusta que te adulen —negó con la cabeza, sonriendo.

—Para nada. Las palabras exactas serían: me gusta que tú —remarqué — me adules. No necesito que lo haga nadie más.

—¿Por qué? —Buscó mis ojos.

—Voy a ser todo lo sincero que te mereces Jana. —Me apoyé en la mesa—. Imagino que ya te habrás dado cuenta, sino de todo, de algo… de que me gustas, mucho. Todo lo que he hecho hasta ahora es porque hay algo que me atrae hacia ti como nunca me había pasado. Cuando alguien siente o está sintiendo algo especial hacia otra persona, siempre es bien recibido y de agradecer saber lo que le trasmites y cómo se siente junto a ti, por consiguiente, si me ves atractivo, sería una pasada saberlo. —Levanté las dos cejas y acabé sonriendo al prestar atención a todos sus gestos.

—Yo… —Tragó saliva—. Estaría loca si dijera que no eres un hombre

apuesto, atractivo y guapo. Desprendes algo que atrae a parte de tu físico. Y sí, me has hecho suspirar y no una vez, ¿contento? —dijo de carrerilla y sofocada.

—No lo sabes bien. —Me recosté en la silla mirándola intensamente, sin querer preguntarle nada más, con sus reacciones y palabras tuve suficiente.

Después de rebajar un poco la tensión que se había creado con varias bromas por mi parte, di pie a que me contara sobre su vida.

—Quiero saber todo lo que quieras contarme de tu vida —hablé dando pie a que lo hiciera—. No te sientas incómoda, todo se acabará dando —remarqué al verla tensarse—. Yo te diré todo lo que te interese, para que me conozcas mejor —sonreí—. ¿Desde cuando tienes la pasión por el surf?

Esa fue la primera pregunta por la que empecé, sabiendo que se relajaría y volvería la Jana más espontánea y sin pensar tanto en sus respuestas. Y así fue, en cuanto empezó a decirme que desde bien pequeña soñaba cuando iba a la playa en subirse a una tabla, cuando la primera vez que consiguió hacerlo en una que le dejó un amigo sintió la libertad y la unión con el mar…

Me explicó que vivía con su madre y que estaba enferma, sin entrar en el detalle de su enfermedad y por el que yo no pregunté por respeto, haciéndome saber que ese era el motivo por el que tenía que estar pendiente de ella y no podía dejarla durante mucho tiempo sola.

Intenté digerir todas sus palabras, pero la tristeza que cubrió su cara me lo puso demasiado difícil para que así fuera. Entendía que su madre estaba fuera de control y no era ella misma, para quien padece una situación así es complicado mirar hacia el exterior y ver el daño que causa con sus acciones. Claro que lo entendía y lo lamentaba, pero

lo que sufría Jana me hizo sacar todo mi autocontrol para retener todos los impulsos que me llevaban a querer saltar, decirle que lo sabía todo y que quería ayudarla para que su madre se recuperara. Pero no lo hice, para ello aún era demasiado pronto y lo último que quería es que se sintiera incómoda y quisiera dar por finalizada la velada.

Por cómo me habló de su casa y del recuerdo de su abuela me quedó claro que no estaba informada de lo que había hecho su madre. Más motivos tuve para llevar a cabo lo que iba a hacer, al ver la añoranza y el cariño en su expresión ante el recuerdo de su abuela.

—He hablado durante toda la cena de mi vida —negó sonriendo.

Así había sido. Los platos del postre reposaban vacíos encima de la mesa y en las copas el poco vino que quedaba en ellas.

—Ven conmigo. —Me agaché ante su cara de interrogación, quitándome el calzado e incorporándome, ofreciéndole la mano

—¿Ya nos vamos?

—No —reí moviendo la mano enfrente de su cara para que me la agarrara—. No suelo andar descalzo por la calle. Voy a contarte todo lo que quieras saber de mí, pero no aquí.

Incorporándose me la cogió, la mano, ya me hubiera gustado que fuera otra cosa, reí interiormente. La guie siguiendo los farolillos, acercándonos a la arena.

—Espera. —Me frenó agachándose y quitándose los zapatos.

Descalzos, sintiendo la arena fría bajo nuestros pies, así hicimos el camino directo hacia el agua mientras iba respondiendo a todas las

preguntas que quería saber.

—Este sonido —dijo cerrando los ojos.

—Paz ¿verdad? —Giré hacia ella.

—Sí —sonrió sin abrirlos.

Y no me pude resistir a la tentación de ponerme frente a ella, dejando el mar a mi espalda sin que se diera cuenta y besarla como necesitaba hacerlo.

En cuanto mis labios hicieron contacto con los suyos abrió los ojos de golpe, sorprendida, pero aceptando el movimiento de mi boca contra la suya, la que me acompañó dándome el placer de degustarla a conciencia mientras la atraía hacia mí con los brazos, descubriendo su sabor y su olor bien de cerca, por los que respiré profundo varias veces impregnándome de todo.

Algo tiró de mí hacia Jana en el momento en el que nos separamos, algo que tuve que controlar con todas mis fuerzas porque por el momento no quería avanzar más. Nuestros ojos se miraron con intensidad en la oscuridad de la noche, en un lugar que para los dos era especial.

—Te llevo a casa para que te quedes tranquila —susurré contradiciendo con mis palabras lo que necesitaba en realidad.

Asintió sin separarse de mis ojos y la agarré de la mano tirando de ella, caminando de vuelta. La noche llegó a su fin antes de lo que me hubiera gustado, pero me podía dar por satisfecho ante el avance que habíamos hecho y por la sensación que se me había quedado en los labios provocada por los suyos, con todo ello me paré enfrente de su casa.

—Dime tu número de teléfono —le pedí antes de que saliera.

—¿Para qué? —Ladeó la cabeza.

—¿Tú que crees? —Levanté una ceja—. Quiero tener contacto contigo y creo que te ha quedado claro esta noche, y si no te lo digo ahora: esto no ha hecho más que empezar —sonreí acercándome hacia ella, quedando a solo unos centímetros de su cara.

—Vale —susurró.

—Perfecto —curvé más los labios y acorté la poca distancia que nos separaba y la volví a besar, lento, suave, acariciándola para que ese fuera su último recuerdo de la noche.

Cuando nos separamos me facilitó su número y le hice una llamada perdida pidiéndole que lo grabara, lo que yo haría nada más llegar a casa.

—Jana. —La llamé cuando salió del coche.

—¿Sí? —Se agachó asomándose por la ventanilla.

—Si necesitas cualquier cosa —remarqué cada palabra—, estoy para ti cuando lo necesites. No dudes en escribirme o llamarme sea la hora que sea.

Con un gesto de agradecimiento y emocionada asintió. Y con esa despedida se alejó. Cuando entró en su casa salí de allí dirección a la mía, con una sensación de satisfacción que me tenía por las nubes y con el sabor y la suavidad de sus labios como recuerdo.

Capítulo 9: Jana

Desperté un tanto rara y con los sentimientos a flor de piel mientras me venían los recuerdos de lo vivido la noche anterior junto a Izan, ese mismo motivo fue el que me llevó a tardar en conciliar el sueño y por lo que me dieron las tantas de la madrugada dando vueltas a todo lo sucedido y es que… ¡me había besado!

Además de eso, me había hecho sentir de una manera muy especial, al menos así lo viví, consiguió que me estuviera sonrojando constantemente y que, además, esas mariposas del estómago que tan dormidas tenía, se despertaran de golpe causándome un cosquilleo tras otro sin darme apenas tregua.

Era Izan Williams, el mejor actor de Hollywood y además un hombre que tenía locas a un regimiento de féminas. ¿Por qué yo? ¿Qué vio en mí cuando soy una chica de lo más normal y nada despampanante? No lo entendía, la verdad, pero sentí en todo momento que me hablaba desde el corazón, al menos así lo percibí en todo momento. ¿Acaso era verdad eso de que existían los flechazos? ¿Fue esa primera mirada que cruzamos a pesar del incidente que se había provocado?

Me preparaba un café mientras me hacía mil preguntas cuando sonó la puerta y para mi sorpresa era un paquete para mí, algo que me hizo poner de nuevo en alerta y pensar que no podía ser de otra persona más que de él.

Abrí la caja y vi esas bolsas de papel tan bonitas y de una firma de surf que yo conocía y que era muy prestigiosa, me tembló todo el cuerpo, no tanto como cuando comprobé que en cada una de ellas había un bañador o bikini diferente, a cada cual más bonito.

—¿Te has metido a puta? —preguntó mi madre cuando me vio abriendo cada bolsa, dejándome sin aliento. No tenía límites y cada vez era más grosera e hiriente.

—Mamá, si es lo mejor que vas a decirme, no me hables, no sabes lo cansada que me tienes. —La miré con uno de esos bañadores en mis manos y sentada en el sofá donde estaba abriendo cada bolsa.

—Pues no es nada para lo que te mereces, no sabes lo que me tengo que morder la lengua, cualquier día me sangra.

—Todo lo que te dijo Patty es la realidad, ni más ni menos —le dije entre lágrimas y su reacción no fue otra que lanzarme un jarrón a la frente, esa que no tardó en ponerse hinchada.

Me quedé a cuadros, no me lo esperaba para nada, es más, no pensé que fuese a llegar jamás a ese extremo, no sabía ni cómo reaccionar tragándome las lágrimas por el dolor que sentí.

—La próxima vez te tiro algo que te haga más daño.

—Hoy encárgate tú de la comida, no vendré en todo el día. —Me levanté.

—Pues no te daré ni un dólar más de vez en cuando para que tomes un café.

—Debería de darte vergüenza escucharte a ti misma.

—Puta que eres una puta —reiteró desde el quicio de la puerta mientras me señalaba con el dedo y con cara de odio.

Ni le contesté, le hubiese dicho tantas cosas que luego me hubiese arrepentido por mucho que las sintiera, pero, yo no era así y mis valores no los iba a romper, menos aún con mi madre. No me iba a poner a la altura de ese ser en el que se había convertido.

Recogí todo y me dirigí a la cafetería, necesitaba mirar hacia el mar y respirar aire puro, ese que me faltaba. No podía asimilar lo que había hecho mi madre agrediéndome sin pensarlo. ¿Tanto odio había dentro de ella para hacer semejante barbaridad?

—Pero… ¿qué cojones te ha pasado? —preguntó Rebeka mirando fija hacia mi frente.

—Nada —dije con la voz entrecortada y a punto de derrumbarme a llorar.

—Espera, voy a por hielo, pero después quiero que me lo cuentes todo. —Su tono era de seria advertencia, suponiendo que algo había pasado.

No sabía si era buena idea hacerlo, pero tonta no era y obviamente me lo iba a terminar sacando.

Apareció con un café y una servilleta de trapo con hielos dentro.

—Ponte esto en la frente y cuéntame quién te lo hizo.

—Y a mí también. —Esa voz nos hizo sobresaltarnos a las dos—. Buenos días —prosiguió Izan con semblante serio mientras se sentaba.

—Solo me di un golpe. —Comenzaron a brotarme las lágrimas rápidamente. No me esperaba que apareciera y menos tener a los dos ahí esperando una explicación.

—Jana, por favor —me dijo Izan para que comenzara a contar por qué tenía el chinchón, y no tuve más remedio que hacerlo.

—Hija de puta es tu madre —salió de la boca a mi amiga y agaché la cabeza avergonzada.

—Hoy no vas a aparecer por tu casa, hoy te vienes conmigo.

—Izan no, esta no es tu responsabilidad.

—Claro que lo es, demasiado tarde para que me pidas algo así.

—De esta me hago tu fan número uno —le dijo Rebeka, consiguiendo sacarle una sonrisilla y casi que hasta a mí—. Voy a prepararos un buen desayuno.

—Gracias —le respondió él y luego me miró, agarró mi mano sobre la mesa y la acarició—. Todo tiene que cambiar, esa tristeza y ese dolor no puede seguir estando en tu vida como algo normal, menos voy a permitir que te roce ni el aire.

—Izan, no tienes por qué involucrarte en mis problemas.

—Jana, no me digas eso, no me valdrá de nada, estoy contigo al cien por cien. —Me acarició la cara—. Hoy te vienes conmigo, además no admito un no como respuesta.

—No puedo hacer eso.

—Le has dicho que no vas a aparecer y lo vas a cumplir.

—Pero Izan…

—Ni Izan, ni nada, Jana; no voy a permitir que te sigan haciendo daño y menos aún que te agredan físicamente, eso es lo último en el mundo y menos que te lo haga la persona a la que cuidas y a la que quieres de verdad —refiriéndose a mi madre—. Lo que te hizo, no se puede pasar por alto. No quiero, ni puedo verte llorar así. —Secó con sus dedos las lágrimas que iban cayéndome mientras con su otra mano sujetaba el hielo en mi frente.

—Estoy saturada —negué con tristeza—. Te acabo de conocer, mi vida está patas arriba y empeorando, no te mereces aguantar mi situación.

—Contigo que me echen a los leones —murmuró acercándose y dándome un beso en los labios.

—No digas eso —reí por la manera en la que me lo había dicho mientras me mordisqueaba los labios.

—Siento romper este momentazo de película, pero, aquí está vuestro desayuno —interrumpió Rebeka, causándonos una risilla floja.

—Gracias —respondimos al unísono.

—Bueno, sigo currando que esto se ha llenado como una feria.

Tras marcharse Rebeka se hizo un momento de silencio en el que solo hablaron nuestras miradas, esas que los dos éramos capaces de interpretar, al menos así lo sentía.

Me unté el guacamole casero en la tostada, no solía desayunar mucho allí solo tomar café, pero cuando lo hacía, siempre lo pedía.

—Está delicioso —murmuró tras probarlo.

—Es el mejor que he comido en mi vida, mira que lo intenté hacer igual, pero, no me sale nunca con esta textura y sabor.

—El truco está en la cantidad de cilantro que se le echa y la manera de triturarlo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Mi papá es de aquí, de esta ciudad, pero mi mamá es mexicana.

—Vaya, ni se me hubiera pasado por la mente. Mi mamá es cubana y mi padre era también de aquí de la ciudad.

—¿Así que llevas sangre cubana? —sonrió negando—. Ya sabía que algo de latina tenías, además de mezclar el idioma, cosa que a mí también me suele suceder.

—Con mi mamá hablo español y con las chicas también, porque casualmente sus mamás también son de Cuba.

—Eso me sucede con mi mamá, con ella hablo castellano.

—Es curioso que los latinoamericanos solemos decir al idioma español y los norteamericanos lo hacéis como castellano.

—Es verdad, sí que es curioso. —Me hizo un guiño y volvió a poner el hielo un poco más en mi frente.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

—Pregúntale a este —señaló con el dedo a su corazón y me sonrojé por completo.

—Pero nos conocemos de hace nada…

—Una mirada fue suficiente para caer rendido ante ti para el resto de mi vida. —Acarició mi mejilla después de volver a dejar el hielo en el cuenco—. No sé qué tienes diferente al resto del mundo, pero lo tienes y es todo lo que necesito para ser feliz.

—Creo que me voy a desmayar —murmuré causándole una sonrisilla y ahuecó su mano en mi cuello, luego se inclinó para acercarse más a mí.

—Sé que no me conoces de nada, pero solo te pido que confíes en mí y te enseñaré lo bonita que puede ser la vida.

—Dicho así, suena muy bien, pero yo no me veo con salida por ningún lado.

—Hasta que he llegado yo que te enseñaré la de caminos que pueden existir.

—¿Eres de verdad?

—Este —se volvió a señalar su corazón— está siendo lo más sincero que jamás ha sido, créeme por favor —volvió a pedírmelo.

—Lo hago, no sé por qué, pero lo hago.

—Me encanta ese tonito de voz, pero me gustaría escucharlo más feliz, me parte en dos verte así.

—Lo intentaré —me salió un suspiró que le causó una sonrisilla, pero amarga.

—Hoy voy a cocinar todo el día para ti.

—¿Todo el día?

—No te pienso llevar a tu casa hasta medianoche.

—Mi madre…

—Tú, tu madre no, tú; hoy vas a pensar solo en ti.

—Eso es un poco difícil —mi voz sonó triste.

—Repite conmigo.

—Izan —me reí.

—Hoy va a ser el día para mí. —Me hizo un gesto con la mano para que lo repitiera.

—No te puedo prometer nada.

—Repítelo conmigo. Además, no tienes opción, no te la estoy dando, solo quiero que te mentalices, así que repítelo.

—Hoy va a ser el día para mí —murmuré poniéndome roja como un tomate.

—Así me gusta. —Me volvió a besar.

Tras el desayuno, dejó el dinero sobre la mesa y le dijimos adiós desde lejos a Rebeka ya que andaba liada con un grupo de clientes.

Capítulo 10: Jana

—Izan, tenía entendido que vivías en Beverly Hills —murmuré cuando estábamos entrando con el coche en su chalé frente a la playa donde yo surfeaba, pero a un lado, relativamente también cerca de la cafetería.

—Me compré una mansión allí por un capricho que tenía desde hace mucho tiempo y por temas de trabajo, pero cuando salió a la venta esta me enamoré completamente, prefiero vivir frente al mar, estoy por temporadas allí.

—Que lio estar entre dos casas —se me escapó una sonrisilla.

—Nada, de lio nada; teniendo ropa y todo lo demás en ambas, puedo estar donde quiera. —Echó el freno de mano y salimos del coche que había dejado aparcado en la zona destinada a ello dentro de la propiedad.

Mi mirada se fue para el inmenso jardín al que no le faltaba detalle: una piscina infinita mirando hacia el mar y dentro de esta, su nombre en grande, por no hablar de la decoración balinesa en: sofás, tumbonas, sillas, mesas, era lo más bonito que habían visto mis ojos y, además, tenía un porche acristalado para que se cerrara en invierno que era una pasada. En ese momento aprovechó para decirme que ahí

desayunaba cada día, normal, yo también lo haría si lo tuviera.

La casa por dentro era de diseño, decir que era bonita era quedarse corta.

—Es espectacular —murmuré quedando en medio del salón que daba al jardín, y desde el que se veía la cocina americana que era más grande que mi casa y todo colocado al detalle.

—Me alegra saber que te gusta…

—Muchísimo, Izan, tienes muy buen gusto.

—Y unos diseñadores que me lo pusieron muy fácil. —Me puso una copa de vino blanco en la mano.

—No suelo beber nunca, pero un vino me vendrá bien. —Choqué mi copa con la suya.

—Lo sé, pero también sé que cuando lo haces es con vino y ahora vamos a tomar unos aperitivos, pero antes te enseño la parte de arriba. —Lo sabía todo, claramente siempre iba por delante, pero a mí me parecía de lo más bonito.

Si la cocina, el salón, el baño, los dos dormitorios de matrimonio para huéspedes y el despacho de la parte de abajo me dejó boquiabierta, la de arriba, me dejó sin poder cerrar la boca.

Toda la parte alta era su habitación con baño y vestidor, además con unas puertas correderas que daban a un balcón impresionante hacia el mar, desde aquí se podía ver donde me ponía yo a surfear y hasta la cafetería. Eran unas vistas espectaculares, jamás vi la playa así.

Izan me miraba sonriendo, sabiendo lo impactada que me sentía. Me

hizo un guiño y gesto para bajar mientras agarraba mi mano para sacarme de esa terraza que me dejó impactada.

—¿Puedo pedirte un favor? —pregunté un tanto sonrojada y frenándolo en seco.

—Claro, dime —contestó con una preciosa sonrisa y gesto de afirmación.

—¿Puedo tirarle una foto a la playa? No saldrá nada de tu casa, solo la playa, me encantaría tenerla de foto de portada del móvil.

—Puedes coger la casa entera si quieres, confío en ti, Jana, que no se te olvide. —Me dio una palmada en el culo que me hizo ruborizar aún más.

Salí al balcón, bueno, balcón lo llamaba él, pero era una terraza más grande que el salón y cocina de mi casa. Me pegué al muro y tiré varias tomas después de limpiar los objetivos del móvil para que saliese lo más nítida posible.

Con varias hechas, Izan me quitó el móvil de la mano y me colocó de espalda a la playa, pegando su cara con la mía y haciéndonos un selfi que quedó de lo más bonito. Sabía que, desde ese momento, se había convertido en mi favorita, los dos con mi lugar favorito detrás.

Bajamos para irnos al porche y después de invitarme a acomodarme en uno de los sillones que rodeaban la mesa, apareció Evelyn, su cocinera y la que le mantenía la casa limpia, una señora de cincuenta años de Ecuador, una persona muy amable que me presento Izan en ese instante.

Nos colocó unos aperitivos en la mesa que tenían una pinta que hacían babear, además, todo perfectamente colocado.

—Gracias, Evelyn —murmuré con una sonrisa.

—Todo un placer, señorita —dijo en un tono más que adorable y a la vez simpático.

—¿Qué es esto? —pregunté señalando a una de las bandejitas.

—Queso viejo español, con cebolla caramelizada y trozos de nueces, con un toque de Pedro Ximénez, también español. Lo suelo comprar en una tienda de Hollywood que además es una taberna española. Me encanta ese lugar, nunca me puede faltar una pata de jamón serrano. Señaló al plato en el que venían las lonchas que habían cortado de la pata.

—Está riquísimo, hacía muchos años que no lo probaba, desde que mi padre vivía.

—Pues todo tuyo y si hay que cortar más, se corta. —Acercó su copa a la mía y brindamos antes de hacerme un guiño con esa media sonrisa de lado que me hizo temblar por completo.

En ese momento me entró un mensaje de mi madre en el que me decía que debía estar allí antes de diez minutos para hacerle la comida o tendría más consecuencias.

—Ni le contestes. —Me quitó el móvil después de leer el mensaje—. No está en posición de amenazar de esa manera.

—Me siento mal si no lo hago.

—Lo haces por ella, pero hoy lo vas a hacer por ti. —Colocó el dispositivo al otro lado de la mesa antes de ponerlo en silencio—. Disfruta de tu día, te lo debes.

Suspiré con cara de pena, pero con sus manos estiró mi sonrisa.

—Sé que soy tonta, pero me duele, es mi madre.

—Una madre no hace ciertas cosas.

—Está mal.

—Pero le pones todos los medios para ayudarla y no quiere, no puede cargarse tu vida, Jana. Y por favor, repite, hoy es el día para ti.

—No me hagas repetirlo más —reí un tanto ruborizada y es que me ponía nerviosa.

—Repite…

—Hoy será el día para mí.

—Pues que no se te olvide o haré que te lo recuerdes continuamente. —Me acarició la barbilla.

Evelyn apareció despidiéndose de nosotros ya que se iba por dos días, solo la tenía interna cinco días a la semana y ahora le tocaba la salida de cuarenta y ocho horas de descanso.

—Se ve muy simpática.

—Es una gran persona, le tengo mucho cariño y la verdad es que es muy prudente, no se mete en nada y siempre tiene todo impecable. A veces le tengo hasta que reprender para que descanse, me la veo hasta dos veces al día limpiando lo mismo, pero es que es así y por más que se le diga… —sonrió negando.

—Igualita que mi madre —murmuré bromeando y consiguiendo que se le escapara una carcajada.

—Hoy es tu día, deja de pensar, pero muy buena esa —seguía riéndose.

El día estaba radiante, el sol brillaba con mucha intensidad y ese rincón era idílico. Me sentía como si estuvieras en un *resort* de lujo, para mí este ratito era como todas unas vacaciones y encima su compañía, debo de reconocer que por cada gesto se formaba un revuelo de mariposas en mi estómago.

Cogió su teléfono y tecleó algo que hizo que comenzase a sonar en el porche música *Soul*, consiguiendo sacarme una sonrisa. Era como si me fuese metiendo en el momento, en el lugar, como si estuviera en el agua y consiguiera desconectar. Fue todo un subidón, parecía que él supiera lo que necesitaba.

—¿Y si nos tomamos otra copa en la piscina?

—No tengo aquí ropa de baño, la dejé toda en casa, por cierto, te pasaste… —carraspeé.

—¿Me vas a estar dando las gracias todo el día? —Arqueó la ceja con su media sonrisa—. No te los mandé todos, dejé aquí un par de ellos por si te hacían falta.

—¿Un par de ellos? —me reí pensando que se había pasado mucho, con uno de ellos de regalo hubiera sido suficiente.

—Están en el primer cajón del baño, entra y elije cuál ponerte, pero una cosa, si decides hacer nudismo, yo también me apunto.

—¡No! —me reí muy nerviosa solo con imaginar verme en esa

situación.

—Bueno, vale, vale. —Ladeo la cabeza aguantando la risa—. Lo tenía que intentar. —Volteó los ojos.

—Voy a cambiarme, sinceramente, me apetece mucho darme un baño en esa piscina.

—Te dejaré que te hagas fotos, es más, te las haré yo —dijo en tono bromista, acariciando mi pierna mientras me levantaba para ir a ponérmelo.

—No hace falta que me sigas convenciendo —me reí—, desde que la vi soñaba con zambullirme en ella. Jamás estuve en una piscina infinita y menos que tenga como vistas la playa que considero parte de mi vida.

—¿Y me lo tienes que decir con esa tristeza? —Me apretó la nalga.

—Bueno —reí— estoy bien, pero no sé, me suelo poner muy nostálgica.

—El rosa me gusta más que el blanco. —Hizo un gesto hacia dentro con su dedo y entendí que se refería a la ropa de baño.

—Lo tendré en cuenta. —Le di un beso en la mejilla antes de entrar.

—Dos de firma y me dan un beso en la mejilla ¡Qué desgraciado soy! —murmuró en alto en plan broma.

—Repite conmigo, el día será maravilloso —dije girándome e imitándolo.

—Ojalá que el universo entero te escuche —contestó bien alto.

—Primero te lo tienes que creer tú, así que repite.

—El día será maravilloso y me ganaré un montón de besos osos.

—Ya te vale —me reí mientras proseguía al baño.

Fue encerrarme y abrir el cajón del mueble de lavabo y vi las bolsitas que reconocí rápidamente ya que eran iguales que las que me habían llegado.

Estos eran más bonitos, no para ponérmelos para hacer surf, pero sí para momentos como estos, de esos que iba a tener muy pocos por mi situación, yo pertenecía a otro mundo.

El rosa con brillito era un trikini precioso, igual de bonito que el blanco, pero en bikini. Eran iguales de tela y corte de arriba con un solo tirante, pero, el rosa tenía algo especial, coincidía con él en eso. Sería la sensualidad de tapar solo el centro del ombligo y dejar los lados de mi barriga al descubierto.

Había una nota que acompañaba los regalos y que aún no había abierto.

«Si me das las gracias por esto, te quito el bañador y te dejo desnuda».

Me tuve que echar a reír, esperaba algo más sentimental, pero reconozco que la risa que me sacó, con eso ganaba mucho más que cualquier romanticismo o halago que me hubiera escrito.

—Creo que sí, el rosa tiene algo —murmuré apareciendo ante él que se estaba fumando un cigarrillo y se giró…

—Creo que no existe chica en el mundo a la que le siente ese bañador

mejor que a ti. —Se levantó y me agarró por las caderas y me dio varios besos.

—No voy a decir la palabra esa por mucho que lo intentes —me reí.

—No lo puse para que me las dijeras. —Volvió a besarme.

—Voy conociendo tu ironía —sonreí apoyando mi cabeza en su hombro.

—Eres lo más bonito que ha pasado por mi vida, Jana. Y si esto lo ves ironía, es que no sabes interpretar los símbolos del amor.

—Es la primera vez que escucho eso…

—Lo dije en una escena de una de mis películas.

—¡Ya te vale! —solté una carcajada más fuerte aún.

Y sin esperármelo, me cogió como a una bebé recostada sobre su pecho y comenzó a andar hacia la piscina.

—¿De qué te ríes?

—Me has puesto nerviosa y dime que no me vas a tirar como a una niña, que yo ya tengo mi edad, aunque tú me lleves ventaja.

—Si me lo dices con ese tono tan dulce, me lo voy a pensar —dijo mientras se adentraba a ella conmigo en brazos.

—No lo harás, estás bajando como todo un señor.

Fue decirle eso cuando ni me dio tiempo a reaccionar que ya me había levantado con sus brazos y lanzado al fondo de la piscina. Me vi

volando en un pestañeo. Después de sumergirme de lleno, salí a flote rápidamente.

—¡Te debo una! —le grité riendo.

—¿Una nada más? —Vino andando hacia mí mirándome de forma penetrante y con su media sonrisilla.

—No te veía capaz de hacerlo —reía mientras le hablaba—, te juro que ya no sé cuándo estás irónico o no.

—Ahí está el truco. —Ahuecó sus manos en mi cuello y se acercó a besarme.

Sentirnos piel con piel, mojados y con esas vistas, era como si yo fuera la protagonista de su película, ni en mis mejores sueños. Lo deseaba tanto que hasta me asombraba a mí misma y me preguntaba cuándo comenzó todo tan rápido. Según él, desde que nuestras miradas se cruzaron…

Estuvimos un rato besándonos, ni nos tomamos esa copa que propuso en la piscina. Nuestros labios eran el mejor de los vinos…

Capítulo 11: Jana

Tras ese rato en el agua, nos fuimos a la cocina ya que él iba a preparar *sushi*.

—Pero esas barras están listas para cortar.

—Y poner bien bonitas en los platos.

—Dijiste que las ibas a hacer tú.

—¿Y quién te dijo que no las he hecho yo? Además, hay que cortarlo y prepararlo para que el plato quedé perfecto.

—Ay Dios, que me parece que te vas a pasar el día liándome —me reí.

—¿Solo el día? Te digo desde ya que tienes Izan para rato —puntualizó mientras cortaba las barras de *sushi*.

—¿Cuánto de rato? —me reí.

—Pues yo de ti, iría preparando tu vida.

—Creo que necesito esa copa de vino…. —señalé a las dos que había servido.

—Por nosotros —la chocó con la mía.

—Miedo me da —murmuré en alto antes de darle un trago y ver cómo le salía una sonrisilla.

La verdad es que me quedé sorprendida de como lo preparó, con mucho mimo y cariño, como las salsas en los cuencos blancos, la mesa era un deleite para la vista.

Cuando nos sentamos, me enseñó un video de esa mañana que había hecho con todo el proceso de elaboración del *sushi*.

—Tenías razón, lo has hecho tú.

—Gracias. —Me hizo un guiño.

—No deberías de decir gracias porque al igual que yo te podrías quedar en pelotas.

—Ahora mismo. —Se levantó para quitarse la ropa.

—¡¡¡Qué es broma!!! —Me levanté frenándolo y riendo a carcajadas.

—Ya me había hecho ilusiones. —Se sentó haciéndose el indignado.

Si de algo tenía que darle las gracias es de esos momentos de risas que me hacía pasar y que tanto echaba en falta. Izan tenía un carisma especial, arrollador…

La comida estuvo genial, comí muchísimos rollos ya que a cada cual estaba más bueno.

Disfruté de un almuerzo en el que no solo nos reímos sin parar, sino

que también iba descubriendo a un Izan que hacía que me olvidara por muchos ratos del resto del mundo, es más, no me devolvió el móvil ni se le veía con pensamientos de hacerlo, eso sí, él lo revisaba por si aparecía algo importante, cosa que prometió decírmelo si ocurría, pero el resto de las tonterías no quería que me afectaran.

Nos echamos en una de las hamacas dobles que había en el jardín, me recosté sobre él mientras me colmaba de besos y caricias que conseguían que la piel se me erizase.

Nos quedamos dormidos un buen rato, abrazados ya que la brisa era perfecta y la sombra que nos daba la palmera hacía que estuviésemos de lo más plácidos.

Sus besos fueron los que me despertaron, con una sonrisa de oreja a oreja abrí los ojos y es que no había mejor forma de abrirlos que de esa manera.

—Toca merendar. —Me acarició la espalda.

—La piscina me llama.

—Ve dándote un chapuzón mientras preparo la mesa.

—No —sonreí— te ayudo, luego me lo doy.

—¡A la piscina! —Comenzó a hacerme cosquillas y me deshice de él como pude y me lancé al agua. No aguantaba las cosquillas, me ponían nerviosa.

—Eres un tramposo —le grité desde dentro riendo.

—No, solo te hago reaccionar, es tu día, repítelo. —Me hizo un guiño y se marchó hacia dentro.

Me tenía loquita, pero la tristeza me embargaba al recordar mi vida y lo difícil que lo tenía en todo, era consciente de que lo de hoy no podría suceder muchos días por el hecho de que, a mi madre, me hiciese lo que me hiciese, no la iba a dejar tirada como un perro.

Aún no me había devuelto el móvil, pero veía como él estaba pendiente por si había una complicación, no una pataleta que a esas no les pensaba hacer caso, ni transmitírmelas. En el fondo sentía que me quería proteger en la burbuja en la que estaba metida y me aislaba del mundo.

Merendamos unas arepas que había preparado con plátano maduro y avena, que por cierto estaban riquísimas, y además venían con chocolate negro derretido.

—Te gustó mi *sushi* y también mis arepas, creo que estás cayendo rendida a mis pies.

—También me gusta tu piscina, las vistas de tu habitación, este porche, la cocina, vamos, la casa en general —aguanté la risa.

—Te puedes venir a vivir aquí si quieres.

—Claro y me traigo a mi madre.

—Ah no, entonces quédate en la tuya —murmuró causándome una carcajada por las caras que ponía.

Nos pasamos toda la tarde sentados en el sofá del porche y yo sobre su regazo, no me dejaba moverme de encima de él y no dejamos de besarnos con una intensidad en la que se notaba la comodidad que existía entre nosotros. No dejaba de ruborizarme y es que Izan me imponía mucho, además de gustarme, cosa que cada vez sentía más

evidente, incluso pensaba claramente que me había enamorado de él de manera fulminante.

Por la noche preparó una ensalada de frutas y mariscos que no había visto en mi vida pero que quedó espectacular, así como las tortillas de camarones que hizo y que me dejó de lo más encantada. Comí como nunca lo hacía, pero es que por muy llena que me sintiera, no podía parar de seguir cayendo en la tentación de esa fusión de sabores tan ricos.

Fue a las doce en punto de la noche cuando le pedí que me acercase a mi casa y accedió a duras penas. Quería que me quedase a pasar la noche con él y yo lo hubiese hecho encantada, pero, la responsabilidad moral me pudo.

Me dejó en la puerta de casa y me dijo que cualquier cosa lo llamase, acto seguido me devolvió el móvil y me dio un beso en los labios como despedida.

Capítulo 12: Izan

Las cuatro de la madrugada y todavía no había conseguido dormirme. Ya había perdido la cuenta de las vueltas que había dado en la cama. Si no hubiera sido por lo que me encontré cuando vi a Jana, el día con ella hubiera sido más que perfecto, pero de la manera en la que se dio lo enturbió un poco…

—Mierda —solté cabreado con la situación.

Lo había pasado por alto para no ponerla peor, para intentar que se olvidara de todo durante el tiempo que habíamos compartido, pero en ese instante, en la soledad de mi habitación, mi cabeza no podía dejar de idear soluciones a su situación. Me incorporé sabiendo que no podría dormir durante un buen rato y encendí la luz pequeña de la mesita de noche, acomodando la almohada para apoyar la espalda en ella.

Vueltas y más vueltas sin poder frenar a mi mente recordando su expresión cuando la encontré, sus ojos cubiertos de lágrimas, la tristeza que a lo largo del día consiguió sustituir un poco y lo del golpe que tenía en la frente… eso ya fue el remate que me enervó y me volvió loco.

Cogí el móvil de la mesita de noche y lo desbloqueé sin ninguna

intención, solo para intentar distraerme y dejar de pensar en lo sucedido. Llevaba cinco minutos distrayéndome con todo y nada, cuando entré en la aplicación de WhatsApp, en la conversación con Jana.

En la pantalla solo aparecieron dos mensajes de buenas noches, los primeros que nos habíamos enviado en cuanto llegué a casa, deseándole que descansara con una respuesta por su parte casi parecida. Entrecerré los ojos, extrañado al ver que hacía solo unos minutos que había estado en línea.

Yo: *Pequeña, ¿no puedes dormir?*

Tecleé con la esperanza de que lo viera y me contestara, y así fue al cabo de cinco minutos, tiempo en el que no aparté la vista de la pantalla al ver que lo había leído y no me respondía.

Lo único que recibí fue un mensaje con varios emojis de caras tristes y uno llorando, provocando que separara la espalda del apoyo de la almohada, quedando sentado en la cama.

Yo: *Jana ¿qué sucede?*

Inquieto, así me encontraba cuando le envié el segundo mensaje, más de lo que había estado hasta ese momento porque desde que entré por la puerta de casa me sentí removido por dentro, sensación que no me había dejado coger el sueño y la que se había ampliado por su contestación con emojis. ¿Qué narices significaban?

Nada, no recibí respuesta. Me arrastré por la cama quedando sentado en el filo, apoyando los pies en el suelo. Al dejar pasar seis minutos y ver que no me respondía, salí de la conversación y pulsé el icono de llamada, buscando su número.

—Vamos —hablé en alto impaciente al escuchar los tonos sin que descolgara.

—Hola —por fin lo hizo sacándome un suspiro.

—¿Qué sucede Jana? ¿Ha pasado algo? —Insistí al ver que no arrancaba a hablar.

—Yo…

—¿Por qué me da la sensación de que estás llorando? Estoy perdiendo la poca paciencia que me queda. —Me incorporé caminando hacia la corredera, abriéndola y saliendo al balcón—. ¿Estás en la cama?

—No, en la puerta de casa —lloró.

—¿Cómo que en la puerta? —Apreté la mandíbula—. ¿Qué mierda haces ahí y por qué estás llorando?

Mi nivel de nervios ya me había sobrepasado cuando volví a entrar en la habitación para vestirme directamente, ya que no tenía pijama que quitarme porque no soportaba nada sobre el cuerpo una vez me dejaba caer en la cama.

—Mi madre ha bloqueado la puerta y no he podido entrar —me explicó con la voz entrecortada, hipando.

—¡Joder! ¿Has estado desde que te dejé en la calle? —Me recorrió de todo por el cuerpo ante la respuesta que ya sabía—. En menos de diez minutos estoy ahí, no te muevas.

—Izan…

Pero ya no atendí a nada, colgué la llamada, cabreado al máximo y

cuando acabé de vestirme con lo primero que pillé, salí cogiendo las llaves del coche y bajé corriendo hacia el aparcamiento mientras me cagaba en todo durante el tiempo que me llevó llegar hasta la puerta de su casa, lo que hice en menos de ocho minutos ya que no había tráfico y pude volar con el coche. Mierda de situación la que le había tocado vivir, no podía dejar de repetirme.

En cuanto llegué, apagué el motor y bajé del coche, cerrando la puerta de un portazo. Caminé rápido hacia ella que estaba sentada en un escalón de la entrada principal mirándome mientras avanzaba, con los ojos enrojecidos y con restos de las lágrimas que cubrían su cara, todavía húmedas.

—Ven aquí. —Me agaché para cogerla de un brazo y la levanté, abrazándola—. ¿Por qué no me has dicho nada antes? —susurré arropándola—. Ya está —intenté calmarla aferrada a mí.

—No quería molestarte, es mi problema —respondió cabizbaja cuando nos separamos.

—Eso no te lo crees ni tú si piensas que no es mi problema. Desde el mismo momento en el que me planté delante de ti con la tabla de surf en la cafetería, pasó a ser el mío también porque tiene que ver contigo. Te dije que para lo que necesitaras, fuera lo que fuera y a la hora que fuera estaba para ti. No vuelvas a negarme eso otra vez porque me cabrearé.

—Está bien —soltó un suspiro—, lo siento.

—¿Está dentro? —señalé la casa con un movimiento de cabeza.

—No, ha salido.

—Vamos. —La agarré de una mano y tiré de ella—. Cuando estés

cómoda me lo cuentas todo.

—¿A dónde?

—A mi casa, esta noche la vas a pasar allí… —Apreté la mandíbula con rabia contenida—. Ya veremos si no tiro la puerta de la tuya mañana.

Sin pronunciar más palabras, lo que agradecí porque estaba a punto de explotar, entramos en el coche y arranqué alejándome. Con unos minutos más de diferencia de cuando fui en su busca, entré con el coche en el aparcamiento.

—¿Te ha pasado alguna otra vez? —Giré hacia ella antes de bajarnos.

—No —negó mirándome—, nunca había actuado así.

Asentí tragándome todo lo que quería decir y abrí la puerta para salir. Cuando llegó a mi lado volví a agarrarla de la mano y caminamos hacia el interior.

—Siento haberte hecho salir a estas horas de casa.

—No digas tonterías. Tendrías que haberlo hecho desde principio o mejor aún, no tendrías que haberte ido —sonreí mirándola de reojo.

—Bueno, estoy aquí otra vez —habló con un intento de sonrisa.

Y tanto que estaba y seguiría estando, al menos durante unos días más, de eso me encargaría personalmente, pero todo a su tiempo. La llevé hacia mi habitación y entramos.

—Te voy a dar ropa para que estés más cómoda —dije acercándome a la cómoda, sacando un pantalón corto de deporte y una camiseta de

manga corta—. Lo siento, no utilizo pijamas. Te quedará un poco grande.

—Está perfecto, gracias —me sonrió.

—¿Quieres darte una ducha antes?

—No, estoy cansada, mañana.

—Ok, te dejo para que te pongas cómoda, te espero en el salón.

Con esas palabras la dejé a su aire para no presionarla y salí hacia donde le había dicho. Me dejé caer en el sofá llevándome las manos a la cabeza, pasándomelas por el pelo varias veces.

Su imagen apareció a mi lado sin hacer ruido al poco tiempo. Sonreí al ver lo enorme que le quedaba la ropa, dando varios golpes en el sofá para que se sentara a mi lado y así lo hizo.

—¿Cómo estás? —Le pasé un brazo sobre los hombros acercándola a mí—. Cuéntame cómo se ha dado todo.

—Bien —soltó un suspiro—, ahora muy bien.

Después de esa confirmación me explicó lo que había sucedido desde que la dejé en la puerta de su casa. El dato más importante ya lo sabía, que no era otra cosa que no había podido entrar, pero añadió pequeños detalles de las horas que había estado sola hasta que le escribí yo.

Su tono de voz triste me hizo apretarla contra mí. Cómo me jodía que tuviera que pasar por esa situación tan injusta cuando se dejaba la vida por su madre.

—Me alegro de que ahora estés bien. —Le di un beso en la cabeza sin querer hablar más del tema, sabiendo que en ese momento era mejor no seguir con ello—. Es muy tarde, tienes que descansar. Puedes elegir la habitación que quieras.

—Aquí estoy muy bien. —Se acurrucó más en mi pecho, ladeándose hacia mí y subiendo las piernas.

—Quieres que me quede contigo —aseguré.

—Sí —susurró.

—Pues vamos a mi habitación y nos tumbamos en la cama, estaremos más cómodos. —Me separé de ella incorporándome, llevándola conmigo—. No quiero que te sientas incómoda…

—No lo estaré —me sonrió tímida.

—Prometo mantener las manos quietas —dije queriendo hacer una broma.

Broma que en realidad me pasaría factura, pero esa noche no pensaba dar ningún paso más, bastante tenía por cómo se sentía. Para dar el definitivo necesitaba que ella estuviera bien y por mucho que intentaba sonreír, su expresión era demasiado apagada en ese momento y lo que necesitaba era sentirse protegida.

En cuanto entramos en la habitación la llevé a un lado de la cama, dándole un beso en la frente que me supo a poco y bajé al encuentro de sus labios, buscándonos. Un beso que saboreé sabiendo que por el momento era lo poco que iba a propiciar, muy a mi pesar, pero no era el momento, así me lo decían sus ojos tristes.

—Túmbate, ahora vengo —dije separándome de ella y yendo hacia el

lavabo.

Entré y cerré la puerta tras de mí. Delante del espejo apoyé las manos en la pica del lavabo pensando en mi siguiente movimiento. Soltando un suspiro me quité la ropa y me puse un pantalón de deporte corto que tenía colgado en la puerta.

Pues nada, me dije, sería una noche incómoda y movidita por el dichoso pantalón, por poca ropa que fuera. Abrí la puerta del baño y me apoyé en el marco de la puerta.

La imagen de Jana, tumbada y tapada hasta media cintura con una sábana fina me recibió. ¿Quién necesitaba decoración extra? Yo no, solo con ella adornando mi habitación tenía más que de sobra. Sonreí cuando dirigió su mirada hacia mí y empecé a caminar.

—Mañana no tengas prisa por levantarte —comenté tumbándome a su lado—. Es muy tarde y quiero que descanses, si oyes algún ruido fuera ni te preocupes.

Después de que asintiera alargué un abrazo y la atraje hacia mí, para que apoyara la cabeza en mi pecho. No tardé en apagar la luz y que la oscuridad nos envolviera.

—¿Puedo correr las cortinas oscuras? Es que me molestará la claridad por la mañana y me despertaré —susurró pasados unos minutos.

—Ya lo hago yo. ¿Hay algún detalle más que necesite saber?

—No ¿por qué?

—Lo digo por lo de la oscuridad, no vaya a ser que esté durmiendo con una vampira y esté tan tranquilo aquí tumbado contigo —respondí intentando no reír—. Aunque si quieres morderme dónde tú

quieras, no seré yo el que se queje.

El sonido de su risa fue como una recarga de energía para mí. Con esa sensación me levanté de la cama y corrí las cortinas, volviendo a tumbarme a su lado, cogiendo la misma postura.

—Gracias —susurró con voz adormilada.

—Descansa pequeña, mañana será mejor.

La apreté contra mí cuando pasó un brazo sobre mi pecho, instante en el que levantó la cabeza propiciando que nuestras bocas se buscaran, rozándome los labios. Sin tener suficiente con ese gesto la besé con ganas, las mismas que me pedía el cuerpo a esas alturas, teniendo que echar mano a un control que me hubiera gustado dejar libre cuando mis labios se saciaban con los de ella, con intensidad, mientras nuestras lenguas se acariciaban y buscaban sin querer separarse, apretando el agarre de mi brazo en ella. Cuando el beso acabó, cerré los ojos sintiendo su calor reposar otra vez sobre mí y la tensión del pantalón que ya empezaba a agobiarme y más porque cierta parte de mi cuerpo se había despertado en vez de adormilarse, añadiendo más incomodidad al sentirme prisionero.

Soltando un suspiro sabía que no podría aguantar mucho tiempo así, me refiero al pantalón, porque por lo concerniente a mi miembro excitado no me quedaba más remedio que relajarme para que bajara la tensión, tensión de la que ella no fue consciente. Agobiado sin hacerlo notar, daba por hecho que al final cuando ella durmiera más profundo tendría que quitármelo. Su respiración cada vez más pausada me tranquilizó mientras yo tenía los ojos como platos por la sensación a la que no estaba acostumbrado, no por dormir con alguien, sino por los dichosos pantalones que para mí eran una cruz.

Intenté no pensar en ello cerrándolos, no sé el tiempo que pasó hasta

que tuve que claudicar y hacer peripecias con las piernas para no despertarla, ayudado con el brazo que tenía libre para desprenderme de él.

Ahora sí, me dije solo con el bóxer sobre mi cuerpo. A partir de ese instante me relajé hasta el punto de quedarme dormido con una sensación placentera al tener a Jana sobre mí, por la cercanía de su cuerpo y su olor.

Capítulo 13: Izan

Cerca de las doce del mediodía, esa era la hora que marcaba el móvil.

Había salido de casa sobre las diez y media mientras Jana dormida en mi cama. Sin hacer ruido, le dejé una nota encima de la mesita de noche, debajo de su móvil apagado, la que vería nada más despertar si eso sucedía antes de que regresara.

En la nota solo le había escrito que había salido un momento para ir a una panadería a por el desayuno, que se tomara su tiempo para levantarse porque a la que quería ir estaba un poco alejada y tardaría en volver, ese había sido el mensaje. Hasta ahí todo correcto porque lo que le había puesto pensaba hacerlo, reservándome el verdadero motivo que me había impulsado a salir de casa y el que tuve claro desde que sucedió lo de la noche anterior.

Me lo había guardado para mí, el que le haría saber en cuanto volviera a su lado, pero por el momento era un paso que pensaba hacer por mi cuenta. El motivo de mi salida no era otro que ir a su casa y tener cara a cara a su madre, la que hacía quince minutos que había aparecido y entrado por la puerta.

Y aquí estaba desde hacía un poco más de cuarenta y cinco minutos, esperando dentro del coche en la puerta de su casa, aguardando el

momento para hacerme presente y ese ya había llegado.

Bajé del coche decidido, cerrando la puerta y caminando hacia la entrada. Llamé al timbre y esperé, lo que no tuve que hacer durante mucho tiempo porque enseguida noté que alguien estaba al otro lado y miraba por la mirilla, abriendo de golpe la puerta.

Sentí rabia, porque sabía sin necesidad de que esa mujer me lo dijera que, si hubiera sido la imagen de Jana, la puerta que permanecía en ese instante abierta frente a mí, seguiría cerrada si hubiera sido ella la que estuviera al otro lado. Ese había sido el motivo por el que había comprobado quien había al otro lado.

Una mujer con evidentes síntomas de cansancio, con los ojos enrojecidos y no por llorar precisamente, abriéndolos de par en par, me recibió. Detalle que me hizo saber que había reconocido a quién tenía delante. Más a mi favor para dejarla callada, me dije mientras sin decir nada, la aparté hacia un lado y entré sin que ella tuviera tiempo a reaccionar, manteniendo su asombro y sin decir nada.

—¿Está Jana? —pregunté con toda la ironía, parándome frente a ella, mirándola de frente.

—No. Yo… te conozco —Consiguió reaccionar con un pequeño grito.

—No me interesa ese dato —respondí serio y frío—. Me da realmente igual si sabes quién soy, ese detalle me lo paso por donde los dos sabemos.

—¿Qué…? —Agrandó los ojos—. Eres un actor muy famoso, pero no entiendo esto…

—No lo entiendes —sonreí de medio lado—. Déjame aclararte algunas dudas y poner las cartas sobre la mesa de una vez por todas… —dije

sin moverme—. Desde hace poco tiempo me están tocando los cojones de una manera que no pienso consentir, y no precisamente porque vaya en contra de mí nada, sino porque hay otra persona implicada que sufre y a la que le están haciendo daño intencionadamente. ¿Sabes de quien hablo Candy?

—No tengo ni idea, pero no vas a venir a mi casa a faltarme el respeto seas quien seas —me señaló.

—Para no saberlo te has señalado a ti misma —solté rotundo—. Que baremo más descompensado según tu punto de vista. Me sorprende escuchar esas palabras cuando tú eres la primera en faltar el respeto a tu propia hija, sin importarte lo que puede sufrir por ese motivo, la que se desvive por ti sin merecerlo. Si aún no te ha quedado claro, te lo diré con todas las letras. Estoy aquí por Jana, sí, no te sorprendas —solté con ironía cuando un jadeo salió de su boca—. Hasta ahora has pensado que tenías todo el derecho del mundo a tratarla como te ha dado la gana, déjame decirte algo y grábatelo porque no soy de repetir las cosas. Las digo una vez, después no doy más oportunidades y actúo directamente.

—No quiero hablar de esa —soltó con rabia y me encendí como se prende una cerilla.

—Vuelve a referirte a Jana de esa manera y te juro por mi vida que te interno mañana mismo y te alejo de ella. Apestas a alcohol y no dudo que todavía estás bajo los efectos de él y a saber de qué más por tus ojos. Eso eres, una alcohólica que no deja de joder a su hija, pero déjame decirte que eso se acaba aquí y ahora. Jana ya no está sola, ahora me tiene a mí y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para apartarla de ti si no cambias tu comportamiento. Para empezar, como me entere de que no puede volver a entrar en su propia casa…

—Es mi casa —gritó.

—Una mierda es tuya —sonreí de medio lado—. Te has encargado tú misma de sentenciarte. ¿No sabes que estás a punto de perderla?

—Eso es mentira —volvió a gritar, pero pude notar su desconcierto.

—Yo no soy como tú. Yo no miento, voy de frente siempre —di un paso hacia ella—. Esta casa dejará de ser de tu propiedad en un plazo corto de tiempo, menos del que puedes pensar ahora mismo, y en ese punto, la que te verás en la puta calle serás tú si no cambias de actitud. Yo mismo me encargaré de que eso suceda. Hazle algún tipo de daño más a Jana y será tu final bajo este techo y en todo lo referente a tu hija.

Desconcertada, sin saber si lo que le había dicho era mentira o realidad, así la dejé en el salón empezando a caminar por el pasillo, en busca de la habitación de Jana. La segunda puerta que abrí era la de ella, en la que entré y cogí varias mochilas que encontré en su armario, dejándolas encima de la cama y sacando ropa suficiente para varios días.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —Apareció por la puerta.

—Alejar a tu hija de ti. —La encaré—. Tienes tres días, tres —remarqué— para replantearte tu vida y lo que quieres de ella. ¿Quieres seguir bebiendo y joderte la vida? Hazlo tú sola sin que impliques a nadie en ello. ¿Quieres matarte en vida? Es la tuya, no la te tu hija… a partir de ahora no te pienses que voy a consentir nada, absolutamente nada que haga sufrir a Jana porque antes te llevo yo por delante. ¿He sido claro?
»Vergüenza debería darte hacerle el daño que le haces a tu hija, la que se desvive en atenderte y no dejarte sola, a la que le estás jodiendo la vida. ¿Sabes? Con solo descolgar el teléfono ahora mismo, puedo hacer que en menos de diez minutos vengan a por ti y desaparezcas ¿es lo que quieres? No me toques los cojones que ya lo has hecho más de lo que yo lo hubiera permitido, si lo he dejado pasar ha sido por

Jana, pero ya no, has sobrepasado los límites.

—¿Quién eres tú para hacer nada de lo que estás diciendo? —gritó.

—La pareja de Jana, la persona que la va a proteger de su propia madre y de todo lo que se le ponga por delante. ¿De cuánto dinero dispones para este mes Candy? Estamos a día ocho. Dime, ilumíname… recuerda, solo tengo que descolgar el teléfono.

—De doscientos noventa dólares. —Tragó saliva empezando a entender la situación.

—Doscientos noventa dólares —repetí—. Ingresas novecientos al mes y te queda eso. —Di un paso hacia ella—. Tu hija tiene que rogarte porque le des varios dólares sin importancia mientras tú malgastas todos los ingresos en tus vicios, ni siquiera pagas las facturas, dato que no sabe tu hija. He preferido tapar esos detalles ante sus ojos, lo que no tardará en saber en cuanto la vea. Demasiada mierda la que llevas arrastrando hasta ahora, no seré yo quien le mienta, si alguien no se lo merece es ella, de esa manera se dará cuenta de la realidad.

Y lo sabía a ciencia cierta ya que Brooklyn me había informado de la economía de esa casa y de todos los detalles.

—Es mi dinero. —Apretó los puños.

—Lo es, pero eres una enferma que no es capaz de ver ni de sentir nada por nadie. Demasiado triste y no lo pienso consentir —escupí con rabia—. No te ha importado dejar a tu hija desamparada de muchas cosas, de dejarla en la calle tirada mientras tú estabas a saber dónde gastando todo lo que se te antojaba. Apestas a alcohol. »Dentro de poco te quedarás sin techo en el que vivir y serás tú la que no puedas abrir la puerta de esta casa, de eso me encargaré personalmente. No quiero que te acerques a tu hija a no ser que te

plantes delante de ella y le digas con sinceridad que quieres curarte, dejando a cargo de ella todo el dinero, queriendo ingresar en un centro de desintoxicación.
»Y no me hagas tomar decisiones más drásticas porque lo haré en un parpadeo. Yo ni te tengo miedo, ni me supones nada para sentir lástima. A una persona que actúa de la manera que tú lo haces ni le concedo el beneficio de la duda y ya he llegado a mi límite como te he dicho. Tu hija no se aleja de ti porque te quiere, un sentimiento que tiene arraigado al ser su madre y al haberte conocido de otra manera que nada tiene que ver con el ser en el que te has convertido, pero yo no, búscame y me encontrarás.

Con esas palabras giré dándole la espalda y empecé a meter la ropa de Jana en las mochilas. Dando varios viajes al armario y una cómoda que tenía al lado de la cama, saqué todo lo que creí que pudiera necesitar y si le faltaba algo, ya me encargaría de comprarle lo que fuera, pero a esa casa no volvería durante unos días.

Cuando acabé me colgué las mochilas y pasé por su lado sin mirarla, directo hacia la salida, pero antes de hacerlo dije mis últimas palabras…

—Candy, recuerda —hablé sin girarme, mirando hacia la puerta, con el pomo en la mano—. Como distinga un gesto de tristeza en Jana, por pequeño que sea, como vea algún daño externo en ella como ayer, te las verás conmigo y no será como hoy, créeme que lo lamentaras.
»Ayer le quité el móvil para que no contestara a ninguna de tus provocaciones, lo que haré siempre que esté conmigo, no te mereces menos. Dudo que actúes igual y vuelva a suceder después de esto ¿verdad? —giré un poco mirándola con ironía— Tienes varios días para meditar bien los cambios que tienes que hacer en tu vida.
»Cuando tu hija vuelva bajo este techo, si no has cambiado en tu forma de actuar, seré yo mismo el que tome las decisiones pertinentes a ti, eso sin contar que en breve será Jana la que decida si permaneces bajo este techo ya que la casa la compraré yo, pero la dueña será ella.

Sin más salí pegando un portazo, rabioso y con ganas de lanzarme sobre algo. Tacharme de duro, de insensible, de lo que queráis… no lo era, en cierta manera era duro claro que sí, pero tenía mi corazón. Lo que no estaba dispuesto a consentir era un sufrimiento más por parte de Jana, ni uno, me repetí mientras llegaba al coche y abría el maletero, soltando las mochilas con la misma rabia.

Miré hacia la casa viendo como su madre me miraba desde una ventana. Piensa bien tus siguientes pasos, dije en alto sin que me escuchara, fulminándola con la mirada.

Sin más, entré en el coche y arranqué alejándome de allí. Por fin pude respirar y sentir un poco de alivio. Me había quedado a gusto, solo esperaba que lo que acababa de hacer tuviera el efecto que Jana se merecía. Con esa sensación conduje dirección hacia la pastelería para llevarle el desayuno.

Capítulo 14: Izan

Con las mochilas colgadas y con una bandeja entre las manos entré en casa, directo hacia la cocina. Después de dejar la bandeja en la nevera, subí hacia mi habitación. A pesar de la hora que era, la una y cuarto del mediodía, la casa estaba en calma y no me encontré a nadie a mi paso.

Abrí la puerta despacio por si Jana seguía durmiendo, pero cuando lo hice la habitación estaba iluminada por la luz del día, con las cortinas corridas y con ella sentada en el balcón, de espalda hacia la puerta.

Caminé en esa dirección dejando las mochilas a los pies de la cama, apoyándome en el marco de la corredera.

—Buenas vistas ¿verdad? —hablé haciendo que se girara hacia mí.

No dudaba que lo eran para ella también, ya que desde esa altura tenía una buena panorámica del mar.

—Izan —se incorporó—, pensaba que habías ido a la otra punta de California a por el desayuno —sonrió.

—Bueno, qué puedo decir, soy un sibarita para según qué cosas. —Le devolví el gesto acercándome a ella—. ¿Me has echado de menos? —

La agarré de la cintura, inclinándome hacia ella.

—Sí —me sonrió sonrojada.

—Yo también —susurré, acortando la distancia que me separaba de sus labios.

La besé saboreándolos a conciencia mientras la apretaba entre mis brazos y la levantaba en alto.

—Dime que pare —solté un jadeo sin querer hacerlo, lamiéndole los labios.

—¿Tengo que hacerlo? —contestó soltando un suspiro.

—Joder, quiero que estés bien. —Apreté la mandíbula y me lancé otra vez hacia su boca sin poderlo remediar.

Contrólate, fue la palabra que retumbó en mi cabeza muchas veces porque antes de nada quería hablar con ella y explicarle lo sucedido y la situación. A la mierda, rectifiqué cuando enredó sus piernas en mi cadera y pasó sus manos por mi nuca, apretándome a ella. Ya lo había postergado demasiado y conseguí apartar todos mis pensamientos, llevándola entre mis brazos a una hamaca que había a pocos pasos sin dejar de besarla.

—Estoy bien, estoy contigo —aseguró para dejarme tranquilo cuando nos separamos, acariciándome el pelo.

—No se hable más —sonreí de medio lado.

—Nada de hablar —me devolvió el gesto.

—Bueno —carraspeé—, eso lo haremos después.

—¿Después de qué? —sonrió traviesa, lo que me acabó de encender.

—De esto —confirmé con mi siguiente movimiento lo que los dos sabíamos de sobra.

Dejándola en el suelo cogí el borde de la camiseta de manga corta y se la saqué, dejando al descubierto la parte alta de su cuerpo. Su pecho subía y bajaba acelerado, su mirada tímida me recibió y yo, me empapé de la imagen que tenía frente a mí, mientras hacía presión hacia delante para que se dejara caer con mi ayuda en la hamaca.

Ante su atenta mirada y sin poder apartar los ojos de ella, me quité la ropa hasta quedarme completamente desnudo frente ella. Sus ojos me incendiaron aún más cuando recorrieron cada parte de mi cuerpo, provocando que mi erección saltara libre y sin obstáculos ante ella, captando su atención.

—¿Te gustan las vistas? —Levanté una ceja buscando un fin con mis palabras.

Y lo obtuve cuando se ruborizó mordiéndose el labio inferior, asintiendo sin dejar de mirarme.

—¿Más que las que tenía antes? —Me agaché sacando el móvil del pantalón que me había quitado, buscando en mis archivos la música que quería que nos acompañara en bucle en ese momento.

Satisfecho cuando empezó a sonar me incorporé acercándome a ella, inclinándome sobre la hamaca hacia su cuerpo.

—No hay comparación —respondió con un jadeo cuando mi lengua lamió uno de sus pezones, jadeo que me impulsó a hacer desparecer esa parte de su cuerpo dentro de mi boca.

No la había no, «en ningún sentido» pensé oliendo su piel, sintiendo su suavidad, mientras jugaba con el botón de su pezón que se había excitado y sobresalía para mi disfrute, lo que sucedió con el otro en cuanto llevé mi boca hacia él.

Con sus manos acariciando mi pelo subí al encuentro de sus labios, fundiéndonos en un beso en el que dejamos salir la desesperación que sentíamos en ese momento, con las ganas que nos sobrepasaban para dar el paso definitivo.

Me incorporé sobre los brazos y cómo me alegré en ese momento de todas las tablas que hacía con el deporte, dejando mi peso suspendido sobre su cuerpo, mirándola con atención, sin perderme ningún detalle. Apoyé un codo sobre la hamaca dejándome caer un poco sobre ella, mientras mi otro brazo dirigía mi mano hacia lo que quería descubrir.

—¿Cómo estás por el sur? —Curvé los labios.

—Creo que estás a punto de comprobarlo —soltó un suspiro por el roce de mis dedos acariciando desde su clavícula hasta su estómago, con un destino claro.

La volví a besar con intensidad cuando mi mano se perdió por debajo del pantalón, buscando el camino por debajo de su braga hasta llegar a mi objetivo. En cuanto mis dedos hicieron contacto con su zona íntima su cuerpo se tensó, abriendo las piernas para darme mejor acceso a su humedad. Eso fue lo que me recibió, su excitación, la que arrastré dándole placer, provocando que soltara varios jadeos cerrando los ojos.

Mis movimientos cobraron intensidad, varios de mis dedos se perdieron en su interior y eso fue suficiente para separarme de ella, necesitando no solo su roce, sino sentir su sabor por todas partes.

Con un movimiento rápido la desprendí de la ropa, dejándola expuesta ante mí. Y con la misma velocidad me dejé caer de rodillas en el suelo, arrastrando su cuerpo hasta el final, a la posición perfecta para dejar caer mi cabeza al encuentro de su humedad.

Loco, así me volví en cuanto mi lengua hizo una pasada recorriéndola entera, descubriendo esa zona que la hizo agarrarse a la hamaca y removerse necesitando que siguiera. Lo siguiente que hice después de eso, fue levantar la cabeza por unos segundos, sonriéndole travieso, hasta que mis labios y lengua volvieron a hacer contacto con su vulva, sin dejar de moverlos en los puntos que la volvían loca también.

Agarrándola con fuerza por la cadera, atrayéndola más a mí, me embebí de toda ella sin cesar en mis movimientos, hasta que explotó en un orgasmo que saboreé de bien cerca. Satisfecho subí hacia arriba rápido, poniéndome de rodillas sobre la hamaca, levantando su cuerpo en la posición correcta para entrar en ella.

Lo que no tardé en hacer, despacio, lento, mirándola a los ojos mientras me introducía dentro de ella sintiendo y disfrutando de la presión que ejercía en mí, apretando la mandíbula e imponiéndome hacerlo despacio para que notara cada centímetro de mi miembro recorrer su interior, para que sintiera como avanzaba y me acogía.

Antes de entrar del todo, me paré unos segundos, hasta que lo hice de golpe los últimos centímetros, haciéndonos soltar un jadeo a los dos.

En ese punto ya no pude parar ni tomármelo con calma, en ese punto, la agarré de las piernas levantándolas en el aire y moví su cuerpo para el disfrute de los dos. Entrando y saliendo, sus pechos seguían los movimientos balanceándose.

Mis ojos bailaron entre ellos y la parte de su pubis que quedaba ante

mis ojos, viendo como mi miembro entraba y salía, húmedo por nuestras excitaciones. Apretando la mandíbula siguiendo mi movimiento dentro de ella, el que acompañaba como podía ya que la tenía sujeta de las piernas y no tenía mucha movilidad, solté el agarre de una de sus piernas y llevé mi mano hacia su clítoris.

Noté el momento exacto en que se tensó más, y no por roce de mis dedos en él, no, lo noté en mi miembro al contraerse ante las caricias circulares y arrastrando lo que quedaba a mi alcance sobre su clítoris, mientras mi miembro la llenaba sin cesar y sin descanso.

La llevé hasta el límite, provocando que con un jadeo fuerte se corriera conmigo en su interior, mientras mis dedos alargaban su orgasmo sin frenar sus movimientos, hasta que la sentí relajada y satisfecha, momento en el que volví a agarrarla de las dos piernas y presioné su cadera contra mí, buscando terminar con el placer que estaba sintiendo, el que alargué todo lo que pude y sin descanso, provocando que se volviera a excitar.

El momento llegó, aliviándome mientras me negaba a dejar de salir, desesperado, entrando dentro de su cuerpo fuerte, mientras echaba hacia atrás la cabeza ante su mirada, soltando un jadeo al dejar libre mi orgasmo. Sin ganas de que acabara, me quedé unos minutos dentro de ella, bajando la mirada al encuentro de la suya.

Con las respiraciones desacompasadas, nuestros ojos no se apartaron y en los de ella pude sentir y ver con claridad todas las emociones que la recorrían en ese momento.

Salí de su interior igual de despacio que había entrado y me incliné hacia abajo con una intención. Al contacto con mi lengua su cuerpo volvió a tensarse al tener el clítoris inflamado, el que recorrió mi lengua y todo lo que abarcó de su zona, impregnándome del resultado de lo que habíamos hecho.

Satisfecho, lamiéndome los labios cuando me incorporé, gesto que encendió sus ojos, me dejé caer sobre ella, buscando un hueco apoyándome en la hamaca para mover su cuerpo y ponerlo sobre el mío. Con ella encima de mí, la agarré de la cabeza y busqué sus labios, con necesidad, sin saciarme de todo lo que tuviera que ver con ella.

Busqué con mi miembro su zona íntima, frotándome contra ella, provocando que ella intensificara el roce de nuestros labios y el movimiento de su cuerpo al encuentro del mío. Agarrándola del culo, la apreté contra mí hasta que mi miembro encontró el camino hacia su interior.

Soltando un suspiro de satisfacción los dos, así nos quedamos durante unos minutos, conmigo en su interior, negándome a perder su contacto. Hasta que mi miembro se tensó más dentro de ella y nuestros cuerpos volvieron a fundirse en otro orgasmo con ella sentada encima de mi cadera, mientras la ayudaba a buscar el placer de los dos, con mi boca buscando desesperada sus pechos y labios, alternándome por todas las zonas a las que podía llegar desde esa posición.

—Vamos —hablé medio adormilado después de dos buenas raciones de sexo, en la hamaca.

—¿A dónde? —Levantó la cabeza, apoyando las manos sobre mi pecho, dejándola caer sobre ellas.

Así seguíamos estando, con ella encima de mí, pero había llegado el momento de empezar el día o la tarde porque el tiempo había corrido. Primero bajando a comer, los dulces de la pastelería a esas alturas serían de postre para merendar.

—Vamos a comer algo, hoy tengo la intención de hacerte gastar

muchas calorías y energías —dije haciéndole un guiño—. Después, una buena siesta e iremos a la playa a hacer surf ¿qué te parece?

—Perfecto —sonrió y ese gesto sí que fue perfecto para mí.

Nos incorporamos, nos vestimos y entramos en la habitación. En cuanto lo hicimos se paró en medio mirando las mochilas que había en el suelo al lado de la cama, reconociéndolas.

—¿Qué hacen mis mochilas aquí? —Me buscó con los ojos.

—Ahora te lo explico. —La cogí de una mano y abrí la puerta, caminando dirección hacia la cocina.

Con su mirada interrogante al no haber hablado más, entramos y empecé a preparar algo para llevarnos al estómago, con ella a mi lado sin dejar de observarme mientras me ayudaba, esperando una explicación.

—No solo he ido a la pastelería esta mañana, por eso me he retrasado… —empecé a decir.

Y ya no tuve freno al contarle todo lo que había sucedido, absolutamente todo. Si alguien se merecía sinceridad y que no le ocultaran nada, esa era Jana y yo no tenía intención de que por mi parte recibiera medias verdades ni mentiras.

Le expliqué mi llegada a su casa, la sorpresa y recibimiento por parte de su madre y todo lo que hablamos dentro de esas paredes, cada palabra pronunciada, cada grito, y el motivo de que sus dos mochilas estuvieran en mi habitación.

Su cara pasó por varios estados, desde la sorpresa inicial, siguiendo por los nervios que acompañó con movimientos, finalizando con el

agradecimiento reflejado en sus ojos y la emoción final cuando me agarró de la cintura frenando que siguiera cortando unas verduras.

Solté todo y le correspondí al abrazo, dándole un beso en la cabeza.

—No sé qué decir —dijo emocionada.

—No tienes que decir nada. Solo necesitas saber que nunca más te vas a ver sola en la situación que te ha tocado vivir. No pienso dejar que vivas más así, ni mucho menos que vuelva a suceder esto. —Le di un beso en la frente, en el chichón que tenía.

—No quiero ni pensar cómo se habrá puesto. —Levantó la cabeza hacia mí.

—¿Eso importa? Ya te digo que a mí no —sonreí queriendo que se fuera la preocupación en su mirada—. No tienes que preocuparte, créeme que le han quedado muchas cosas claras y si no reacciona, solo tiene un problema.

—Me voy a quedar sin casa —tragó saliva.

—Eso no sucederá mientras yo viva —le aclaré levantándole la barbilla con una mano, ya que el detalle de la compra de la casa no se lo había dicho—. Esa vivienda será tuya, ya he empezado a moverlo todo.

—Izan… yo. —Se le cubrieron los ojos de lágrimas.

—No digas nada más, solo quiero verte feliz, tranquila, disfrutando de la vida como te mereces. Que estés en el punto de no tener preocupaciones y que disfrutes de la edad que tienes Jana. Pero no has mencionado lo más importante. —Quise quitarle peso a todo, levantando las dos cejas en una expresión que quise que fuera graciosa

ante sus ojos, lo que conseguí—. Tenemos varios días por delante juntos ¿sabes lo que eso significa?

Con esas palabras mientras me correspondía con una carcajada, arrastré varias lágrimas que se le habían escapado de los ojos, besándola calmado. Un beso que tuvo el fin de reconfortarla, lo que conseguí cuando nos separamos y me devolvió una sonrisa preciosa. Eso necesitaba ver en ella, aseguré en mi cabeza, más que feliz al ver ese gesto que provocaba de todo en mí, pero que dejé apartado.

Entre los dos preparamos la comida y dimos buena cuenta de ella, volviendo hacia la habitación, dejándonos caer sin ropa en la cama sin otra intención que dormir plácidamente una siesta sintiendo el roce de nuestra piel.

Bien entrada la tarde, con los últimos rayos de sol, con las tablas de surf a cuestas y preparados, bajamos por la entrada a la playa privada de mi mansión. Sí, disponía de una propia, por ese motivo esa casa en particular era mi escondite alargando el tiempo posible en ella, dejando la de Beverly Hills para cuando no tenía más remedio por temas de trabajo y cercanía.

Y desde el momento en el que encontré a Jana, con más peso esa casa se convertiría en la principal para estar lo más próximo a ella que pudiera.

Disfrutamos de la privacidad y de las olas. La imagen de felicidad de Jana durante todo el tiempo que estuvimos en el mar hizo que mi pecho se ampliara con una sensación que no quería soltar.

Antes de irnos, de salir del agua, la acerqué a mí devorándola por todo lo que provocaba en mí. Pidiéndole que esperara dentro del agua, salí con las dos tablas dejándolas en la arena y volví a su encuentro corriendo, tirándome de cabeza y nadando hasta llegar a ella.

La atraje hasta a mí, agarrándola del culo para que me rodeara con las piernas y nos fundimos en un beso que nos llevó a lo inevitable, que una de mis manos apartara la braga de su bikini y bajara mi bañador, para que mi miembro buscara su lugar preferido. El calor y la presión que recibió dentro de ella conforme avancé quedando en su interior, hasta el final, haciendo presión mientras nuestras bocas se buscaban con desesperación.

Allí, bajo el manto de la noche cubriéndonos, dimos rienda suelta a la pasión que sentíamos, mientras mi miembro entraba y salía sin descanso, mientras nuestros suspiros y jadeos junto al rumor del mar de fondo, hicieron de ese momento más especial, uno que no olvidaríamos jamás por el lugar en el que estábamos, uno que volvería a repetirse siempre que tuviéramos la ocasión de llevarlo a cabo.

Un cierre perfecto de día, eso es lo que tuvimos con el telón de fondo del mar.

Capítulo 15: Jana

Escuché un ruido seguido de un «auch» que me hizo abrir los ojos de forma fulminante mientras me incorporaba rápidamente sobre la cama, pareciendo así que había salido de la escena de *La niña del exorcista*, en plan poseída. Hasta podía notar mi respiración agitada.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada y arrastrándome hacia el otro lado de la cama cuando lo vi agachado tocándose los dedos de los pies. Parecía que se había dado fuerte.

—Sí, solo le di un golpe a la pata de la mesita de noche, cualquier día la quito, no es la primera vez, seguro que pilló celos por meterte en mi cama. Si es que es muy difícil tener contento a todo lo que me rodea.

—¿Te duele? —pregunté aguantando la risa por lo que había acabado de decir.

—Tranquila, solo fue el momento. —Me hizo un guiño, pero no se movía.

—Déjame ver. —Me incorporé de la cama y fui hasta él, momento en el que aprovechó para rodearme con sus manos y volverme a lanzar al colchón con él encima.

—No es nada —murmuró dándome un beso tras otro y mirándome con esa media sonrisa, que, de buena mañana, ya me ponía a mil por hora.

—Pues bien que te has quejado —reí nerviosa.

—Quería llamar tu atención. —Mordisqueaba el lóbulo de mi oreja consiguiendo que se me erizara toda la piel y sintiera esos deseos que él me provocaba continuamente. Me hacía pasar al calentón de forma fulminante.

—Pues la estás llamando y no precisamente por eso. —Noté como estaba totalmente excitado por el volumen de su miembro que rozaba sensualmente mi zona y que conseguía que mi deseo se volviera más intenso.

—¿Mucho? —La sensualidad de su rostro me ruborizaba por completo y me costaba mantenerle la mirada.

—Muchísimo —reí girando mi cabeza hacia un lado, momento que aprovechó para mordisquear mi cuello y ponerme más encendida de lo que estaba.

Sentía que me deseaba con todas sus fuerzas, lo podía notar con cada caricia, beso, la intensidad con la que me miraba y con que siempre tenía captada su atención. Jamás me había sentido así antes, pero, me daba miedo, si era solo la fogosidad de los primeros días y luego se aburría de mí para pasar a una nueva conquista.

Aunque no quisiera, esas ideas se me pasaban constantemente por la cabeza y me hacían entristecer. Izan me gustaba demasiado, no me importaba nada de lo que tenía, solo él, sería feliz hasta viviendo en una furgoneta en cualquier rincón del mundo con una playa cerca.

Con Izan entraba en esa conexión de olvidarme hasta de mi nombre, de mi vida, de todo, era increíble en lo que me transformaba estando junto a él.

Me estremecí cuando fue bajando hasta mi zona íntima y comenzó a juguetear con ella de tal forma que terminó de encender todos mis instintos, esos que jamás hasta ahora me habían despertado de esta manera.

Con sus manos ordenó que me abriese más, le gustaba verme de esa manera y disfrutar de lo que me hacía sin que nada se interpusiera a su vista.

Jadeé sin descanso, ahogada en una tormenta de placer que provocaba cada movimiento de sus dedos y lengua. Agarré con fuerza las sábanas mientras me retorcía hacia atrás para luego caer rendida ante un orgasmo con el que se abría la veda del día.

—Tienes muy poco aguante. —Besaba y acariciaba mi barriga.

—Será el poco nivel que tengo —se le escapó una risilla.

—La próxima vez te haré sufrir más. —Se fue colocando entre mis piernas para penetrarme.

—Puedo soportar cualquier tortura. —Solté el aire al notar que ya había entrado hasta el fondo, viendo como se le forjaba esa sonrisilla.

—Eso es bueno saberlo. —Se movía lentamente provocando un montón de sensaciones en mi cuerpo, todas de alto nivel de excitación.

Comenzamos la mañana a lo grande, no menos cuando después de ducharnos juntos, bajamos y en el porche ya nos tenía Evelyn un desayuno de esos de película.

—Gracias —murmuré cuando me sirvió el café.

—De nada, señorita. —Su tono de voz era de lo más gracioso, me caía muy bien y por sus miradas percibía que era mutuo.

—Guacamole…

—Sí, además a ella también le sale muy bien. —Me dio un pan tostado para que me lo preparase.

—Tiene muy buena pinta.

—Ahora me dirás como está de sabor.

—Muero —dije cuando di el primer bocado—, está riquísimo y hasta diría que superó al de la cafetería, pero de esto que no se entere Rebeka o no me lo pone más.

—No osaría a eso.

—¿Vas advirtiendo por la vida?

—Solo cuando me tocan los tesoros más valiosos.

—Gracias por la parte que me toca. —Apreté los dientes poniendo cara de terror.

—¿Y esa cara?

—Es que nunca me dijeron cosas tan bonitas.

—Entonces es que nunca te quisieron bien. —Me dio otro pan tostado

con guacamole ya untado por él.

—¿Me quieres engordar?

—No, solo quiero que te alimentes bien.

—Luego me haces quemar calorías —carraspeé mirando al pan y pellizcando un trozo.

—A eso se le llama equilibrio.

—Ah bueno, entonces lo voy entendiendo —respondí con ironía y se le dibujó una preciosa sonrisa en su cara—. Por cierto, ¿me vas a devolver el móvil? —De nuevo me lo había quitado.

—No, cuando te llegue algo interesante entonces lo haré.

—Las niñas habrán dado los buenos días en el grupo.

—Hasta hace diez minutos no, pero déjame revisar. —Lo cogió de debajo del suyo que estaban a un lado de la mesa—. Pues sí, hace cuatro minutos te entró un mensaje de ellas.

—¿Y qué dicen?

—Eso lo miras tú, yo solo abro los que tienen que ver con tu madre. —Me lo dio.

—Bueno, hablan para quedar mañana a comer, coinciden en el día libre, me quieren invitar.

—Pensándolo bien, podrían venir aquí a pasar un día de piscina.

—No, eso es un embrollo para ti.

—Para nada, ponles la ubicación y diles que mañana vengan de barbacoa.

—¿Seguro? —pregunté emocionada, ya que me hacía especial ilusión que conociesen este jardín que daba a la playa.

—Segurísimo y encantado. —Me hizo un guiño y esbocé una sonrisa.

Las chicas se volvieron locas de contentas, como ya suponía, y soltaron muchas bromas que le fui leyendo a Izan, como que ya estaban nerviosas por pasar el día en casa del actor más codiciado de Hollywood.

Izan tenía un gran corazón y era una persona muy cercana, se le notaba por sus actos, esos que hablaban por sí solos, además era una persona muy predispuesta y nada le molestaba, siempre estaba con esa media sonrisa que hacía que, por momentos, me sintiera cada vez más cómoda.

Evelyn apareció con un paquete en sus manos diciendo que había llegado a mi nombre. Miré a Izan que se puso a disimular mirando hacia otro lado, yo sabía que no podía ser de nadie más que él.

—¿Quieres dejar de enviarme cosas? —protesté negando mientras sostenía el paquete en mis manos y luego lo coloqué sobre mis piernas para abrirlo.

—No sé de qué me hablas —negó haciendo la gracia.

—Sí lo sabes —murmuré emocionada al comprobar que era de una perfumería muy bonita a la que solo iba gente con dinero, no pobres como yo, evidentemente—. No debías…

—Lo de las gracias sigue en pie, te aviso por si no quieres verte desnuda —advirtió provocándome una risa nerviosa.

—Ya me has visto de sobra como me trajeron al mundo, pero no me haría gracia que lo viese Evelyn. —Me eché en la mano un poco de ese perfume de Narciso Rodríguez llamado *Musc*—. Jo, qué bien huele, me va a dar pena hasta gastarlo.

—De eso nada, siempre tendrás otro cuando lo acabes.

—Pero Izan, yo estoy feliz con tus regalos, por no decir un derivado de la palabra que pone en peligro mi ropa —nos reímos—, pero no es necesario. Llevo toda la vida sin tener este tipo de cosas y no me hacen falta, aunque reconozco que me hace ilusión, pero no deberías.

—A ver si te aclaras porque me vas a volver loco —reía disfrutando del desayuno y de mi cara al abrir otra de las bolsitas.

—Madre mía, ¿otro perfume de Narciso? —Abrí la boca incrédula.

—Sí, pero es de otra edición, huele fenomenal también.

—¿Y esta bolsa? —me pregunté abriéndola y era un kit de maquillaje de Chanel todo en tonos muy naturales, menos la barra de labios, que era roja. Lo miré a modo riña.

—Ya no hay nada más, te lo prometo —asintió con la cabeza mirándome y aguantando esa sonrisilla.

Me levanté y me fui a sentarme sobre él, dándole un bonito beso.

—Estaba tocando fondo cuando te conocí, fuiste eso que nadie espera en la vida para coger energías y ver todo de otro color, a pesar de la oscuridad que ocasiona mi problema en casa. Mi mayor regalo has

sido tú, no te voy a ser falsa y decirte que veo esto como un amor para siempre, pero que los momentos que pase a tu lado los voy a llevar siempre en mi corazón.

—¿No me ves como algo a largo plazo y de futuro? —Se le formó la tristeza en la cara.

—Izan, yo te veo como todo lo que deseo en mi vida y no por lo que tienes o eres profesionalmente, sino por lo que me haces sentir a tu lado, pero, reconozco que no tengo nada para ofrecerte, que no soy nada en comparación con esas mujeres con las que has estado…

—Ellas no me llenaron como tú, no vuelvas a decir eso, para mí eres todo lo que siempre he buscado sentir y créeme si te digo que en mi casa nunca he metido a ninguna mujer. Espero que eso te haga sentir diferente y especial, porque yo sí quiero un mundo contigo. —Acarició mi mejilla.

—Que sea lo que dios quiera, pero que todo momento a tu lado siempre lo aguardaré en mi corazón.

—Te amo, Jana, te lo digo de verdad.

—Yo también, Izan —Me abrazó echándome sobre su pecho—. Bueno, vamos a seguir desayunando que el amor no alimenta.

—Pues a mí sí. —Me dio una nalgada cuando me levanté para sentarme en mi asiento.

Ese te amo me había llegado como algo de verdad, no podía esa mirada y ese tono ser fingido por muy actor que fuese. Lo veía relajado a mi lado y siempre pendiente de mí. Era obvio que tras ese personaje mediático había una persona con un corazón increíble y con mucho amor para dar, al menos a mí me lo transmitía continuamente.

Después de desayunar nos fuimos a la calle a comprar a ese lugar español que tanto le gustaba y además había una carnicería cerca en la que quería comprar la carne para la barbacoa del día siguiente.

—Me da uno de estas blancas y rojas —se dirigió a una mujer que estaba vendiendo ramos de flores en un puesto de lo más bonito.

—Son preciosas…

—Para ti, mi princesa —dijo poniéndolos en mis manos y la mujer sonrió al verme sonrojarme por completo. Pensaba que era para su casa y de nuevo volvía a sorprenderme.

—Deja de comprarme cosas —murmuré riendo mientras nos dirigíamos hacia el coche ya que íbamos cargados con bolsas de carne y de productos de la tienda española.

—Lo tendré en cuenta. —Metió las cosas en el maletero, pero por su gesto era obvio que iba a seguir haciéndolo. Era algo que le nacía, detallista a más no poder y si encima tenía posibilidades que no le ahogaban al gastar, pues más fácil lo tenía.

Puso un tema en el coche llamado *Surfin´USA* de The Beach Boys, un tema de esos clásicos de muchos años que me encantaba y que nos pusimos a cantar a todo pulmón lo que duró el camino.

Con él me sentía libre, sin duda estaba experimentando algo tan bonito en mi vida que me hacía sentir que flotaba a varios palmos sobre el suelo.

Evelyn cogió el ramo de flores y lo colocó en un jarrón de cristal con piedrecitas, poniéndolo en el centro de la mesa del porche mientras nos decía que en nada tendríamos la comida puesta ahí mismo.

Subí a cambiarme de ropa y a ponerme un bañador con un pareo. Hacía calor y sabía que después de comer terminaríamos dándonos un chapuzón y durmiendo en una de esas hamacas bajo un palmeral.

Él se quedó abajo en su despacho contestando unos emails, mientras yo aproveché para asomarme al balcón y disfrutar de la vida que tenía mi playa, esa que estaba llena de gente y en un rincón aglomerado todos los surfistas disfrutando de su pasión, nuestra pasión.

Capítulo 16: Jana

De nuevo en el porche con la mesa puesta para la comida; salteado de setas con champiñones y unos bistecs de atún encebollados que tenían una pinta espectacular, además, esos platos siempre estaban preparados con mucho amor. Tanto Evelyn como Izan eran muy meticulosos con la presentación, cosa que me gustaba y hasta aprovechaba para tirarle fotos ante una media sonrisa de ese hombre que estaba convirtiendo mi vida en un cuento.

Por supuesto el vino blanco no podía faltar y es con el que brindamos antes de comenzar a comer.

—Por esa sonrisa tan bonita que tienes, no quiero que la pierdas —murmuró acercándose no solo a brindar, sino también a darme un beso antes del primer trago.

—Por ti, Izan, por todo lo que estás haciendo por mí.

—Por los dos, no se te olvide que la calidad de tu estado de ánimo depende del mío. Por cierto, tu madre se pone en línea mucho pero no escribe, creo que entendió todo, al menos la parte acosadora que ejercía sobre ti.

—La echo de menos —murmuré y se me forjó la tristeza.

—Es bonito echar de menos, pero ahora tiene que entender que no estaba haciendo lo correcto. Y sonríe, no se te olvide que es lo que me da vida.

—Vale. —Me esforcé en regalarle una sonrisa, se lo merecía por completo.

El plato estaba delicioso, la fusión de todo era una explosión para el paladar y en mi cara se notaba, cosa que se reflejaba en la de Izan que me miraba sonriente al saber que lo estaba disfrutando.

Evelyn apareció por el porche muy nerviosa.

—Señor Izan, mi hija empezó con las contracciones para dar a luz, la llevan hacia el hospital.

—Recoge todas tus cosas que aviso a Jason para que te lleve, tómate esta semana libre y no te preocupes por nada.

—¿Seguro, señor?

—Claro —respondí yo nerviosa por esa noticia y los dos se rieron—. No te puedes perder el nacimiento y los primeros días de tu nieto.

—Es una niña —dijo emocionada.

—Pues ya estás tardando —le respondí y se adentró con toda la emoción.

—Su hija tiene veinticinco años y se llama como ella —me dijo Izan.

—Pobrecita, se la ve muy nerviosa, eres muy buena persona y has tenido un gesto muy bonito con ella.

—Soy humano, aunque te cueste creerlo. —Me acarició la mejilla.

Jason no tardó en aparecer y ella se despidió emocionada de nosotros, le deseamos un feliz nacimiento y que todo fuera de maravilla.

Izan sacó el postre que era una tarta helada con chocolate fundido dentro y por fuera de vainilla y nata. Por favor, ¡qué buena estaba! y es que a mí los helados me encantaban y eso que no los comía mucho ya que en mi casa para esas cosas como que no llegaba, para ron y whisky sí, pero no para un helado al mes. Quise quitar ese pensamiento de la cabeza porque sabía que se me iba a reflejar la tristeza en la cara y no quería hacerlo sentir mal, no se lo merecía.

—La piscina nos llama —dijo cogiendo las dos copas que había puesto de champán, llevándolas al borde de esta donde las colocó y me pidió que le sacara una foto.

Se colocó dentro apoyado sobre el filo con una de las dos copas en la mano, quedó preciosa.

—¿Te gusta? —Se la mostré.

—Me encanta, ahora entra tú y colócate igual que yo, con la copa en la mano y en la misma posición.

—Vale —dije emocionada y lo imité para la foto.

Me la tiró y se fue hasta la mesa donde se puso a hacer algo con el móvil antes de venir.

—Ya estoy —murmuró acercándose a mí y colocándose a mi lado mientras chocaba su copa con la mía.

—Bueno, te estaba observando, no es que te hubieses ido muy lejos.

—He puesto como foto de perfil de Instagram la mía y la tuya también te la puse igual.

—¿Has entrado a mi Instagram? —pregunté incrédula.

—Solo a ponértela, no miré nada —carraspeó acercándose más a mí y besándome.

—Si eso me lo hace otra persona, pensaría que estarían violando los derechos de mi privacidad, pero por lo que te voy conociendo, es algo que hiciste con ilusión y sin ningún otro pretexto. Gracias.

—¡Te acabas de quedar en bolas! —Me agarró y comenzó a quitarme el bañador mientras a mí me entraban mil carcajadas.

—Se me había olvidado de que no podía dártelas —reía sin parar y nerviosa de ver que ya casi me lo tenía quitado.

—Tú y yo, solos, el mar de fondo sin nadie que nos moleste y el champán, ¿para qué quieres el bañador?

—También es verdad. —Estaba roja como un tomate, pero me encantaba que me manejara de esa manera.

—Y, además. —Me pegó bastante a él cuando me tenía desnuda—. ¿No es maravilloso poder sentirse sin ropa?

—Ya te digo. —Notaba todo su miembro erecto y es que él no había tardado nada en quitarse también el bañador.

—Te he pillado la ironía —sonrió moviendo más fuerte su miembro contra mí.

—No respondí con ironía, lo hice con la realidad… —se me escapaban las risillas.

—Si me lo dices con esa carita no te puedo creer, cualquier día me da una sobredosis de azúcar.

—Pues mi dulzura te engatusó.

—Bueno, tienes razón. —Apretó mis nalgas contra él —. Pero también fueron muchas otras cosas.

—¿Cómo qué? —Me salió la voz de lo más morbosa y es que me tenía a mil por hora. Ni respondió, me penetró sin dejar de mirarme intensamente con esa media sonrisa. ¿Cómo se podía ser tan jodidamente sensual?

Me movía sobre él de una manera magistral, sentía esa fogosidad llena de deseo, eso era lo especial, que me hacía sentir muy deseada.

Salió rápidamente para no mancharme ya que no se había puesto preservativo.

—¡Nuestros hijos se están ahogando! —Señaló a su líquido que había terminado esparcido por el agua.

—Esos son capaces de venir a por mí. —Salí de la piscina corriendo y riendo, mientras me dirigía a por la manguera que abrí y comencé a lavar mis partes por si las moscas.

—¿Vas a abandonar a tus pobres hijos? —gritó desde la piscina.

—¡No soy yo quien los que los lanzó al agua! —Me doblé de la risa liándome en una toalla—. Por cierto, echa bastante cloro —me senté

en una hamaca mirando como se ponía el bañador y salía tan feliz.

—¿Un café?

—Sí, por favor. —Junté mis dos manos a modo de ruego.

Me dio el bañador y se marchó hacia adentro sin perder esa sonrisa que se había convertido en mi bendita locura.

Pasamos toda la tarde tirados en una hamaca y luego nos fuimos a duchar ya que me dijo de ir a cenar a un restaurante muy bonito.

La sorpresa llegó al ver un short negro con un lazo delante sobre la cama, además de unas preciosas sandalias blancas a conjunto con una camiseta de la firma Guess.

Nos duchamos juntos y le di mil veces las gracias, total, ya estaba en pelotas de nuevo mientras me enjabonaba y ponía nerviosa por segundos, además de ruborizada y es que esa manera de mirarme…

Me quedaba precioso el conjunto que había elegido para mí y como no, me había regalado. No dejaba de decirme lo guapa que estaba mientras terminaba de arreglarse y, obviamente también lo estaba él. Era bellísimo y tenía una planta impresionante.

Salimos de la casa en uno de sus coches y noté como seguidamente se ponía otro detrás que era de su seguridad, iban los dos.

—¿Dónde vamos para llevar seguridad?

—Suelo llevarla de vez en cuando. —Apretó mi rodilla mientras con su otra mano conducía—. De todas maneras, no vienen con nosotros, ahora cogerán el desvío opuesto.

—Se me olvidaba que eres Izan Williams —hice un carraspeo aguantando la risa.

—Muy graciosa mi niña. —Me dio otro apretón en la rodilla.

—No he dicho ninguna mentira. —Lo miré de lado.

—No te he dicho nada.

—Estás con un aire muy misterioso. ¿Dónde vamos?

—Te he dicho que vamos a cenar a un sitio muy bonito, señorita impaciente.

—Es que tengo un pálpito.

—¿Un pálpito? —Levantó la ceja y se le escapó una sonrisilla.

—Sí, como una intuición de que escondes algo.

—Hombre no es bonito llevarlo suelto.

—No me refiero a eso —me reí—. Es como si fuéramos a un sitio que no sé, no es lo que me espero.

—Puede ser…

—¿Y?

—Tendrás que descubrir si tu pálpito es cierto o no.

Llegamos como a una especie de mansión e increíblemente, las puertas las abrió Izan con un mando, adentrándonos en unos jardines donde

había dos señores sentados en un porche y que no dudaron en levantarse.

—No me digas que son tus padres —murmuré bajándome y viendo como venían hacia nosotros.

—Papá, mamá; aquí os traigo a la futura madre de vuestros nietos.

—Izan… —murmuré riñéndole.

—Hija que bonita eres, me llamo Sophie y él es John. —Me dio dos efusivos besos y luego su marido.

—Yo soy Jana. —La voz me salió temblorosa.

—Lo sabemos, lleva unos días el muchacho que cada vez que habla con nosotros por teléfono es para hablarnos sobre ti —carraspeó en plan graciosa.

La verdad es que me quedé en blanco, no sabía ni cómo actuar, ni que decir, ni mucho menos esperaba que me presentara de esta manera a sus padres sin yo ser consciente de que sabían de mi existencia. Por otro lado, me sentía halagada y más especial aún de que hubiese decidido presentarme a su familia, eso era algo que decía que sus palabras eran demostradas con hechos.

Nos sirvieron una copa de vino y sobre la mesa había una gran cantidad de entremeses también cuidadosamente colocados.

Estaban jubilados, los dos habían tenido un despacho de abogados de mucho prestigio en la ciudad. Ambos ejercieron la profesión que según decían tanto habían amado, pero ahora estaban disfrutando de la libertad del fruto de sus años trabajados.

—¿Y tú que carrera has estudiado? —preguntó la madre.

—Bueno, solo hice hasta el bachiller, mi situación familiar no me permitió estudiar una carrera.

Izan cambió el tema inmediatamente antes de que siguieran preguntando y comenzó a decir que yo era toda una profesional de surf, no permitiendo que entraran a más, imaginé que sería para no hacerme sentir mal.

Lo que me di cuenta rápidamente es que la madre no dejaba de mirarme cuando no la veían y lo hacía de arriba abajo. Juraría que hasta con un tanto de desprecio, pero, cuando sabía que el hijo miraba se ponía a sonreírme y hacerme caricias en el brazo. Me daba la sensación de que estaba haciendo un papelón y que realmente no le caía bien, pero bueno, estaba muy susceptible y podría ser cosa mía.

Unas tres horas estuvimos en aquella mesa comiendo, charlando y yo, bueno escuché mil anécdotas que contaron sobre su hijo y que a mí me encantó saberlas.

Salimos de allí e Izan parecía muy contento de que los hubiera conocido, pero si os digo la verdad, algo me hacía sentir que a su madre le había caído como una bomba, pero bueno, lo mismo eran cosas mías, tampoco la conocía hasta el punto de poder saberlo.

Llegamos a la casa y nos fuimos directos a la cama, esa que de nuevo provocaba una reacción de lo más sensual en nosotros y hacía que nos atrajésemos como dos imanes.

Dormir rodeada por sus brazos era algo tan protector que me hacía caer rendida de lo más plácida.

Echaba de menos a mi madre, esa era la realidad, pero algo me decía

que Izan estaba haciendo lo correcto para intentar cambiar la situación.

Amor, eso es el que notaba en él…

Capítulo 17: Jana

Izan no estaba en la cama cuando abrí los ojos, ni siquiera en la habitación ni en el baño, así que supuse que estaría abajo preparando el desayuno y no me equivoqué cuando aparecí por la cocina y me crucé con esa preciosa sonrisa que me regalaba de buena mañana.

—¿Qué hace un chico como tú preparando un desayuno para una chica como yo? —Me acerqué hasta él y cogí un trozo de naranja que estaba recién pelada en un cuenco.

—Pues ponerte la vida un poco más bonita y enseñarte de que tú también te mereces que te cuiden. —Acarició mi nalga y me habló al oído.

—Bueno, pero yo también sé preparar desayunos y no me cuesta hacerlo.

—Lo sé, pero a mí tampoco. —Me hizo un guiño, me dio un beso y colocó dos platos en mis manos para que los llevase al jardín.

Esto para mí era como un sueño y la verdad es que lo estaba viviendo a tope, con miedos, recelos, pero también dejándome llevar porque no había un ápice que me hiciese sospechar de que solo quería pasar un rato conmigo, todo lo contrario.

Nos sentamos a desayunar en una mesa con cafés, zumos de naranja, tostadas, tomate, jamón ibérico y frutas ya cortadas en varios cuencos, casi nada, ni en los mejores hoteles…

—Recibí un mensaje de Evelyn y todo fue perfecto. Su nieta nació sana y muy bonita. —Giró el móvil para enseñarme la foto de la bebé.

—Es una muñequita, me encanta.

—Seguro que la de nosotros sale igual o más bonita —murmuró haciéndome reír nerviosa.

—¿Tienes ganas de tener hijos?

—Claro, uno ya tiene su edad, pero, hasta ahora no tenía claro cómo.

—No te entiendo…

—Pensé en ser padre soltero hasta que llegaste tú.

—A veces no sé si me hablas en serio o bromeando —me reí.

—Detrás de cada broma hay una gran verdad.

Negué sonriendo y quedándome de igual manera, pero eso sí, me dejaba a cuadros con esas cosas que decía y es que era lo más parecido a un príncipe azul que había conocido en mi vida. Nada que ver con los chicos con los que había estado, que no fueron muchos, el indeseable de mi ex y un par de ellos que me duraron lo que duró el verano.

Después de un relajado desayuno y recoger todo, comenzamos a preparar el porche y el jardín para la barbacoa, faltaba poco para que

llegaran las niñas.

Estaba muy nerviosa por ver a Rebeka y a Patty, las echaba de menos y es que estos días habían sido un tanto raros.

La gracia fue verlas aparecer con Jason. Miré a Izan agradecida al saber que se había encargado de todo.

—Dame las gracias y las recibes en pelotas —murmuró causándome una carcajada.

—Por favor, esto parece la casa del mismísimo presidente del gobierno —gritó Rebeka acercándose a nosotros.

—¿Y a ti que te pasa? —le pregunté a Patty que estaba con muy mala cara.

—Te lo digo yo —respondió Rebeka—, que anoche en su guardia pilló a su amor con otra enfermera lavándose la boca.

—¿Lo pillaste con otra?

—Con otra más para su colección —volvió a responder Rebeka ante la afirmación con la cabeza de Patty.

—Vamos a tomar una primera copa de vino que me parece a mí que hoy vamos a necesitar descorchar muchas botellas —murmuró Izan levantando la ceja.

—Yo la necesito hasta el borde —dijo Patty con tristeza.

—Ni se te ocurra echarte a llorar.

—Ya te lo advertimos mil veces.

—Rebeka —la reprendí, ya que no era momento de echar en cara.

—Jamón, queso y chips —dijo Izan en un intento de cambiar de tema.

—Es de una tienda española que tiene productos muy buenos que traen de allí —dije para también ayudar en ese intento de que la conversación no siguiera.

—Por cierto, Izan. —Miré a Rebeka porque por ese tono y entrada, sabía que iba a soltar una de las suyas.

—Dime. —Este también se lo vio venir arqueando una ceja y tenía su media sonrisa preparada.

—¿No tienes un hermano o un primo que quiera una medio cubana tan bella como yo? —preguntó y hasta Patty echó una carcajada.

—No, pero si eso lo mandamos a pedir por encargo —nos produjo una risa a todos.

—Claro y también un nuevo cerebro para Devis —respondió Patty con tristeza y le tiré un trozo de pan para que cambiara la cara.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan bruta?

—Ni que te hubiera tirado el vaso —negué riendo y me acerqué a abrazarla, sabía que estaba muy tocada ese día.

—Estoy muy mal.

—Lo sé, cariño, pero con esto espero que te des cuenta de que eso no iba a ninguna parte.

—¿Y qué hago sin él?

—No lo tenías, estabas condicionada a esos encuentros fortuitos. Ahora tienes que seguir con tu vida y ser feliz, lo tienes todo, pero él te estaba limitando.

—Lo sé, pero no me veo sin él.

—Niña, bébete esa copa y luego otra —le dijo Rebeka para que se animara.

—Tengo bastante reserva —murmuró Izan asintiendo y siguiéndole el juego.

—Yo lo que necesito es cerrar los ojos y no abrirlos en un año.

—Sí hombre, ese viviendo la vida y tu perdiéndote un año de ella, de eso nada —le apreté la mano—. ¿Nos damos un bañito?

—Yo quiero una foto como las vuestras —dijo Rebeka haciéndonos reír—. La voy a poner también de perfil.

—Venga, claro —contestó Izan.

—Qué bien me cae este hombre —se puso a aplaudir como una niña pequeña.

Nos fuimos a la piscina e Izan nos puso sobre un lado del borde que daba sombra por una palmera las bebidas y las tapas, además de que nos tiró un montón de fotos a las tres juntas.

Nos dejó allí plácidamente escuchando música y disfrutando mientras él fue a preparar la barbacoa, no quiso que lo ayudásemos.

—Es muy buena persona, jamás pensé que fuese así en las distancias cortas —dijo Rebeka—. Y encima se le nota que bebe los vientos por ti.

—Es verdad —dijo Patty.

—Estoy viviendo un sueño, pero luego miro la realidad de mi vida y me da miedo.

—Creo que este va a poner a tu madre en su lugar.

—Pero la responsabilidad es mía.

—Tú eres muy buena y noble, le permites todo a tu madre y no le plantas cara.

—Pero Rebeka, está enferma, no se entera de nada.

—Si está enferma pues que se interne, pero no puede destruir su vida y llevarte a ti por delante.

—Ya…

Patty estaba en su mundo, casi ni hablaba, nos escuchaba, pero parecía ida. La abracé muchas veces porque sentía el dolor que ella estaba atravesando y es que había estado muy ciega con ese hombre.

Pasamos un día precioso de barbacoa, copas, piscina, merienda y al llegar la noche trajeron varias pizzas de un italiano que estaban a cada cuál más buena.

Por la noche me despedí de ellas con un abrazo y dándole ánimos a Patty, cosa que sabía que era difícil por la situación en la que se encontraba y es que nunca se lo vio venir, cosa que nosotras hicimos

desde el primer día.

Nos fuimos a la cama y le agradecí a Izan todo lo que hacía por mí, además del trato tan inmejorable que le había dado a mis amigas. Todo eso a consecuencia de saber también que por dárselas terminaría desnuda, pero ¿a quién le amarga un dulce?

Capítulo 18: Izan

Las ocho y cuarenta de la mañana, comprobé la hora en el móvil mientras me secaba con la toalla después de salir de la piscina. Me había levantado temprano para hacer deporte, el que había dejado parado unos días por la compañía de Jana.

El tiempo había pasado demasiado deprisa y por desgracia teníamos que volver a nuestras rutinas. Durmiendo en la cama, así la había dejado desde bien temprano en la última mañana que amanecería en mi casa, al menos hasta que volviera a traerla en momentos en los que los dos pudiéramos.

Si por mí fuera no saldría de aquí o de dónde yo me encontrara, pero era lo que había en ese instante. Subí rápido hacia la habitación, ya que había llegado el momento de que volviera a su casa, con la intención de darle un despertar que sumara a sus recuerdos cuando no estuviéramos juntos.

Dos horas, ese era el tiempo que tenía antes de presentarme a una cita a la que no podía faltar, que no era otra que, formalizar los trámites de la compra de la casa, de la que se había encargado hasta el momento Brooklyn. Mi presencia esa mañana no podía ser sustituida por nadie ya que hacía falta mi firma para dejarlo todo cerrado.

Cuando llegué frente a la puerta, abrí con cuidado, sonriendo al entrar y ver a Jana enredada entre las sábanas con la poca claridad que se colaba a través de las cortinas oscuras, la suficiente para que mis ojos vieran su silueta. Sin hacer ruido fui hacia la corredera y descorrí un poco las cortinas.

Satisfecho sin que entrara mucha luz, llegué junto a ella. Mis ojos recorrieron su cuerpo desnudo, todo lo que la sábana dejaba al descubierto. Con hambre y no del estómago, me quité el bañador que era lo único que llevaba y me subí a la cama, arrastrándome hacia ella, acariciando con mis manos y labios su cuerpo.

Se removió cuando sintió los movimientos que hice, sin abrir los ojos todavía, lo que no tardó en hacer cuando le levanté una pierna y me metí entre ellas para llegar a mi objetivo. Estaba tumbada de lado y de esa manera abrió los ojos adormilada, soltando un jadeo cuando mi lengua lamió toda su zona íntima, de punta a punta, dejando caer sobre mí la pierna que no apoyaba en la sábana.

—Buenos días —dije divertido al ver como tomaba el control de la pierna y la separaba para no aprisionarme—. Son buenos ¿verdad?

—Uno de los mejores —soltó un suspiro y un jadeo al succionar su clítoris—. Estás frío y mojado —se quejó removiéndose cuando me froté el pelo reaccionando a sus palabras, salpicándola de agua.

—Mojada estás tú y más que lo vas a estar. —La besé en la ingle—. Disfrútalo.

Esas fueron mis últimas palabras antes de devorar esa parte de su cuerpo que no tardó en excitarse, impregnándose de humedad entre mi saliva y la de su excitación. Hasta que no la llevé al orgasmo no paré, lamiendo, pellizcando con ayuda de mis dedos y frotando cuando me dedicaba a otra zona, con la intensidad que su cuerpo

reclamaba según se fue alterando cada vez más.

Satisfecho cuando acabó, me incorporé en la cama quedando de rodillas, girándola boca abajo y arrastrándola hacia mí. Mis manos levantaron su cadera dejando su culo expuesto ante mis ojos, el que agarré masajeándolo, llenándome las manos con él mientras me inclinaba, besando y lamiendo su espalda hasta llegar a esa zona que mordí a conciencia.

Mi nivel de excitación en ese punto estaba al máximo, goteando de deseo por lo que no tardó en suceder, buscando el ángulo perfecto como necesitaba en esa misma posición, haciendo que apoyara los codos en la cama. No pude resistirme más cuando empezó a frotarse contra mí buscando su placer, mientras mis ojos seguían todos sus movimientos empapándome en todos los sentidos. Fue todo lo que necesité para llevar mis dedos hacia esa zona y meterlos en su interior, arrastrando sus fluidos ante su desesperación al no cesar con su roce en mi miembro contra su clítoris. Apreté la mandíbula y de un solo movimiento entré en su interior, provocando que de nuestros labios saliera un jadeo, ella al sentirse llena y excitada, yo, al sentir su calor, humedad y presión mientras mi miembro se tensaba al máximo.

A partir de ese instante nada fue calmado, cobrando una intensidad en mis movimientos que la hacían sujetarse a las sábanas para mantener la posición y seguir mi ritmo. No sé cuánto tiempo pasé así, reteniendo nuestros orgasmos, hasta que necesité otra perspectiva para verla de frente y salí de su interior girándola.

Sus ojos de deseo mientras se mordía el labio inferior, su cabeza echada hacia atrás cuando volví a entrar fuerte inclinándome hacia sus pechos… todo me sabía a poco con ella, motivo por el que alargué al máximo nuestro placer, hasta saciarnos los dos con un orgasmo, por mi parte saliendo en el último momento de su interior, dejándolo caer sobre su cuerpo mientras mi mano no podía dejar de moverse sobre mi miembro con la misma intensidad por el placer que sentía y por lo

que su mirada me transmitía.

Saciado e intentando recuperar el aliento, me dejé caer en la cama arrastrándola sobre mí, poniéndola encima y rodeándola con los brazos mientras nos recuperábamos.

—Buenos días —soltando un suspiro, sacándome una sonrisa.

—Y tanto que lo son. —Le di un beso en la cabeza, apretando mi agarre.

—¿Cuál es el plan de hoy? —preguntó pasados unos minutos acariciándome el pecho.

—Ha llegado el momento de que vuelvas a casa. —Le acaricié el pelo al sentir como se tensaba—. Todo irá bien, confía en mí.

—Lo hago y sé que en algún momento tenía que volver, demasiado me he escabullido hasta ahora —soltó otro suspiro, esa vez diferente.

—Has vivido, Jana, ni más ni menos. Y lo vas a seguir haciendo porque yo voy a estar a tu lado para recordártelo todas las veces que hagan falta. Esta mañana tengo una reunión urgente y no puedo faltar.

—Ya has retrasado demasiado tus obligaciones por mí. —Apoyó su barbilla en mi pecho, buscando mis ojos.

—Eso no es verdad. —Le apreté la nariz con varios dedos, provocando que me diera un manotazo riendo—. Tú eres lo más importante para mí, pero a partir de ahora estaré un poco ocupado porque tengo que ponerme a tope con el guion de la película. Esta mañana sin falta llamaré a Jeyden, mi representante, por si hay novedades, pero a pesar de lo que se me presente haré lo imposible y conseguiré sacar tiempo para estar juntos, eso no lo dudes. Y tenemos los teléfonos,

para que no se te olvide. —Levanté una ceja.

—Lo sé —me sonrió—. Toca moverse. —Se incorporó sobre mí.

—Como te muevas mucho en esa posición no salimos en toda la mañana de aquí. —Curvé los labios agarrándola de la cadera y haciendo presión hacia abajo, demostrándole a qué me refería mientras mi miembro se clavaba en ella recuperado y dispuesto para entrar en acción otra vez.

—Eres un hombre muy ocupado, no puedes faltar a tus obligaciones —soltó una carcajada y se deslizó rápido por la cama, esquivando mis manos con la intención de agarrarla y que volviera para terminar lo que había empezado.

Su carcajada llegando hasta el baño me hizo sonreír de oreja a oreja, mientras en la misma posición, tumbado hacia arriba y llevando los brazos por detrás de la cabeza, seguí su caminar y el movimiento de su cuerpo desnudo, hasta que desapareció detrás de la puerta del baño privándome del espectáculo.

Bajé la mirada hacia mi miembro, sintiéndolo por él, o no… me levanté de un salto cuando escuché el agua correr de la ducha y llegué rápido hacia allí, sobresaltándola en cuanto abrí la puerta de golpe y la atrapé entre los brazos, entrando con ella en la ducha.

Al final acabó lo que había provocado y de qué manera. Satisfechos otra vez los dos salimos duchados y nos arreglamos para bajar a desayunar, dejando las mochilas de Jana preparadas, las que se encargaría Peter de coger y llevarlas a mi coche, tal y como le pedí cuando nos lo encontramos de camino a la cocina.

Después de tomarnos nuestro tiempo para desayunar y de despedirse de todos los que nos encontramos, fuimos al coche y salimos de mi

casa dirección a la suya.

—Mantenme informado de todo —le pedí parado en la puerta, mientras mi vista iba hacia las ventanas de la casa.

—No te preocupes, lo haré —me sonrió acariciándome la cara, gesto que captó mi atención volviendo a mirarla.

—Ven aquí. —La acerqué y la besé—. Cuéntame todo lo que suceda dentro, todo, no quiero que te dejes nada Jana, prométemelo.

—Vete tranquilo —asintió—. Eso si puedo entrar —intentó sonreír.

—Lo harás. —Le hice un guiño—. No tengo ninguna duda.

—Voy a comprobarlo. —Esa vez fue ella la que se inclinó hacia mí antes de salir del coche, rozando mis labios y besándome, beso que atrapé con ganas hasta la próxima vez que la viera.

Cuando conseguimos separarnos, me bajé junto a ella y saqué las mochilas del maletero, las que se colgó caminando hacia la entrada. Me apoyé en el coche cruzando los brazos, siguiendo sus pasos y sonriendo cada vez que se giraba hacia atrás para decirme adiós con una mano.

Metió la llave en la cerradura y la giró, lo que comprobé en cuanto la puerta se abrió con la última sonrisa que me dedicó Jana antes de cerrar y volverse a despedir.

Satisfecho, me puse delante del volante y esperé unos minutos antes de alejarme de allí. Cuando pasaron diez minutos le envié un mensaje para quedarme tranquilo.

Yo: *¿Todo bien?*

Jana: *Todo en orden, estoy sola.*

Respondió rápido y solté un suspiro de alivio pensando en que al menos disponía de un tiempo de calma bajo ese techo.

Yo: *Aprovecha. Más tarde puedes ir a surfear, hoy había unas olas espectaculares* —le sugerí por si cuando apareciera su madre se sentía agobiada.

Jana: *Me quedaré aquí un tiempo y si lo necesito ya sabes que lo haré* —acompañó su mensaje con una cara sonriente.

Después de varios mensajes más y de volver a despedirnos, dejé el móvil a un lado y salí de allí hacia la dirección que me había enviado Brooklyn por mensaje.

El día lo pasé entretenido entre formalizar la compra de la casa, dejando todo preparado para la firma que faltaba, la de Jana, para que constara que pasaba a ser de ella.

Entre eso y varias llamadas con mi representante, el que me informó que el rodaje de la película se había adelantado y era inminente, concretando todos los detalles con él, bien entrada la tarde acabé de dejarlo todo cerrado porque en cuestión de un par de días tendría que meterme de llego en el papel principal que iba a hacer.

Durante todo ese tiempo fueron varios los mensajes que nos enviamos Jana y yo, en los que me informó de que su madre había llegado a casa bien entrado el mediodía como si ella no estuviera allí. ¿Qué quiere decir eso? Que la había ignorado y no se había dignado a hablarle ni a dirigirle una mirada.

Mantuve mi cabreo en silencio y lo desvié para distraerla a ella,

insistiendo en que saliera a desconectar de todo, comentándole, ya que se me había pasado hacerlo antes de dejarla en su casa, de que en una de las mochilas le había metido dinero para que hiciera con él lo que quisiera, que lo guardara para sus cosas y necesidades.

Fueron varios los mensajes por su parte recriminándome que hubiera hecho eso, pero sabéis qué hice ¿no? Pues eso mismo, pasé de largo, como si no fuera conmigo hasta que lo dejó estar porque no llegaba a nada, lo que causó que mis labios se curvaran al saber de sobra, sin necesidad de verla, que habría soltado bufidos al no hacerle caso.

Cuando acabé con todo, casi al anochecer, me dirigí hacia su casa con la intención de entrar y hacerme presente, para ver con mis propios ojos si Jana había adornado un poco la situación y confirmar por mí mismo como estaba el ambiente.

No es que dudara de su palabra, pero sabía lo prudente que era y ella sabía de sobra la manera en la que yo reaccionaba ante todo lo que le pasaba. Sin tenerme al lado, temía que hubiera dejado pasar por alto algún dato para no alterarme.

Capítulo 19: Izan

Segundo intento en tocar el timbre. Impaciente, así estaba viendo pasar el tiempo y que nadie respondiera desde el otro lado de la puerta, imaginándome lo peor. Me había asomado por una de las ventanas y no había conseguido ver nada y me extrañaba que Jana no saliera a mi encuentro cuando sabía con seguridad de que estaba dentro.

Tenía el teléfono en la mano para llamarla cuando la puerta se abrió de golpe, con una Jana sofocada recién salida de la ducha, lo que pude comprobar mientras se quitaba la toalla de la cabeza y se escurría el pelo.

—Ya estaba empezando a preocuparme —di un paso hacia dentro y cerré tras de mí, atrayéndola contra mi cuerpo y besándola, lo que llevaba deseando hacer desde que la dejé por la mañana.

—Lo siento, estaba duchándome. He escuchado el timbre y he corrido todo lo que he podido, creo que me he vestido con jabón por todos lados —rio.

—Eso no es problema—le hice un guiño—, tengo la solución perfecta.

—¿Qué solución? —Ladeó la cabeza con interés.

—Hay datos que no se dicen, es mejor hacerlos —sonreí—. Vístete, te voy a llevar a cenar a un sitio muy, pero que muy especial.

—¿Algo en concreto que tenga que ponerme? Tampoco tengo mucho dónde elegir, pero no sé…

—Como si vas en chándal. —Levanté una ceja encogiéndome de hombros—. Llegados a este punto preferiría que estuvieras desnuda durante la cena, no hasta llegar a ese momento, a eso me niego, pero tu imagen sin ninguna capa de ropa mientras los dos disfrutamos de la velada… se me ocurren muchas ideas para saciarme del manjar —rio avergonzada, contagiándome.

Era increíble como a pesar de todos los momentos que habíamos compartido, siguiera ruborizándose y avergonzándose por mis salidas, y esos detalles me encantaban aún más. Todo por verla en esa tesitura y feliz, como me lo demostraba su expresión en ese instante, cuando sus ojos iluminados e ilusionados no dejaban de mirarme.

—¿Estás sola? —Miré alrededor.

—No —soltó un suspiro.

—No te ha hablado todavía —aseguré viendo el cambio de su cara.

—Que va, se encerró en su habitación y ha salido solo en contadas ocasiones. Como si yo no existiera. En algún momento pensaba que pasaría por encima de mí y ni se daría cuenta —negó con la cabeza.

—Ya veo. —Apreté la mandíbula.

—Pero estoy bien. —Se acercó rodeándome con los brazos—. He estado tranquila hasta ahora. He salido a surfear durante gran parte de

la tarde y me he tomado un batido de fresa y plátano con mucha nata por encima, a tu salud —me sonrió y le devolví el gesto al escuchar sus palabras.

—No sabes cómo me alegro. —La apreté contra mí—. Ve a prepararte si no quieres que te saque con el pelo mojado, tal y como estás ahora mismo.

—No, que voy en pijama. —Se escapó de mi agarre y salió corriendo hacia su habitación, riendo.

No tardó en aparecer junto a mí otra vez, lista para irnos. Justo cuando Jana iba a abrir la puerta su madre apareció delante de nosotros, caminando hacia la cocina, como si allí solo estuviera ella y nosotros fuéramos invisibles ante sus ojos.

—Buenas noches, Candy —solté con ironía, bastante alto para que le llegara el mensaje—. ¿No sueles saludar a las personas que entran en tu casa? ¿No le hablas a tu hija?

—No sé quiénes sois. —Se paró e hizo un recorrido por nosotros con mirada despectiva—. No os conozco de nada.

—Claro, ni a tu hija que la has parido tampoco, ya veo —amplié la sonrisa irónica—. Déjame decirte que esta casa, desde hace bastantes horas, ya es propiedad mía y en breve pasará a ser de Jana. Tú no pintas nada aquí si no es por decisión de tu hija. Como veo que estás en un punto de no retorno y no sirvió de nada hablar contigo, mañana mismo quiero que salgas de aquí. Espero haber sido claro porque no lo voy a repetir.

Ante sus ojos abiertos de par en par, dejándola muda, agarré a Jana de la mano que se había quedado igual de sorprendida y tiré de ella sacándola de allí. En cuanto entramos en el coche se giró hacia mí.

—¿Ya es tuya?

—Lo es, ese es uno de los motivos que me han llevado a ausentarme desde por la mañana —le sonreí—. Pero no durará mucho porque mañana a primera hora tengo la intención de ir contigo para que firmes los documentos que te acreditaran como única propietaria.

—Izan. —Tragó saliva emocionada.

—Ni una palabra. —Le hice un guiño.

—No sé cómo agradecerte lo que estás haciendo.

—He dicho ni una palabra. —Levanté una ceja—. Pues a mí se me ocurren muchas ideas a cuál más placentera —reí contagiándola mientras arrancaba y salíamos de allí.

—Tomo nota. —Puso su mano en mi pierna.

—Mmm… interesante. —La miré de reojo sin dejar de prestar atención a la carretera—. Por cierto, también he liquidado todas las deudas pertenecientes a la casa. A partir de hoy están todas las facturas pagadas. Empiezas de cero y tranquila.

—Gracias, yo…

—Ni una palabra —repetí haciéndola reír, sintiendo su mirada agradecida ya que no había apartado la vista de la carretera.

—Izan… no sé si podré dejar que mi madre se vaya mañana, yo…

—Lo vas a hacer —aseguré rotundo—. Cuando mañana vaya a buscarte para lo de la firma, seré yo mismo el que le abra la puerta

para que salga. No dudes Jana, esto para ella es un choque de realidad y me acojo a la posibilidad de que sea un duro golpe que le haga abrir los ojos de una vez por todas.
»Si lo hace la ayudaremos, si no, ahí tendrás todas las respuestas que te estás haciendo ahora mismo por las dudas. No puedes flaquear porque de esa forma no la ayudas. Hasta ahora se ha creído que tenía el toro por los cuernos, necesita verse en la calle, no tenerte a su merced ni a su lado y que asuma de una vez por todas la mierda de vida que lleva y el daño que se hace a ella misma y a ti.

—Está bien —afirmó en un susurro—. Si estás conmigo lo llevaré mejor.

—Eso no lo dudes. Y ahora… olvídate de todo, solo disfruta.

Con esas palabras recorrimos el camino hasta mi casa en silencio, por mi parte subiendo un poco la música sin dejar de estar pendiente de cómo estaba; por la de ella, metida en sus pensamientos y dándole vueltas a su situación, detalle que no me hizo saber con palabras, ni falta que hizo solo viendo la tensión que tenía.

—¿A dónde vamos? —preguntó mientras tiraba de su mano, alejándonos de la casa.

Nada más aparcar y salir del coche, había tomado la dirección contraria a la que esperaba.

—A cenar —sonreí.

—Pero la cocina está dentro.

—Ajá, fíjate, no lo sabía —reí.

—Muy gracioso —se quejó dándome un golpe con la otra mano que

tenía agarrada a la mía.

—Vamos a un lugar especial, el que no dudo que te va a encantar. —La solté de la mano y pasé el brazo sobre sus hombros.

—Siempre me sorprendes, no lo dudo. —Se acurró contra mí.

—Es bueno saberlo —sonreí dándole un beso en la cabeza.

Caminamos a través del jardín y la llevé por el acceso a la playa. Ese era nuestro destino. Lo había preparado todo con ayuda de Brooklyn y Peter que me habían echado un cable sustituyendo a Evelyn. En cuanto la imagen que nos esperaba apareció ante nuestros ojos, Jana soltó un pequeño jadeo de la impresión, parándose en cuanto la vio.

—Izan, es precioso. —Me miró emocionada.

—No te mereces menos. —Le hice un guiño pidiéndole que se quitara los zapatos, lo que no tardó en hacer al igual que yo, dejándolos antes de pisar la arena directamente.

Al final de la tarima de madera que recorría unos metros sobre la arena, había encendidos farolillos haciendo un camino de luces hacia una mesa situada muy cerca de la orilla del mar. Mesa que estaba adornada a conciencia y rodeada por velas, con las bandejas tapadas encima de ella con lo que sería nuestra cena y varias botellas de vino esperándonos en la cubitera con pie que quedaba al lado.

No me hacía falta saber con palabras su emoción, la que expresó desde el principio con gestos. Desde el momento en el que lo ideé todo, sabía que no me equivocaba y que sería una velada especial, solo con nosotros dos y el murmullo del mar de fondo.

En cuanto llegamos a la mesa, la ayudé a sentarse ante su risa

nerviosa y yo hice lo mismo quedando enfrente de ella.

—Por nosotros —dije levantando mi copa, después de haberlas llenado.

—Por nosotros —me sonrió.

Chocamos y bebimos sin dejar de mirarnos.

—Contigo es todo como un cuento, me haces sentir tan especial…

—Como te mereces, como lo que eres Jana —confirmé sin dejar de mirarla, intensificando la mirada.

—No me mires así —negó sonrojándose.

—¿Cómo te miro? —Levanté una ceja—. Solo tengo dos ojos, si quieres me los quito, pero sería una pena no poder ver las vistas que tengo ahora mismo.

Después de soltar una carcajada haciendo varias bromas, seguí hablando mientras destapaba las bandejas, dejando a la vista una gran variedad de comida japonesa.

—Como te he dicho, mañana iremos a que firmes y formalices la adquisición de la casa, después pasaremos el día juntos.

—Suena muy bien —confirmó dando un sorbo de vino.

—A partir de ahí, al día siguiente tendré que empezar a ausentarme —la informé—. Empieza el rodaje de la película y tengo que estar en Miami. Me absorberá durante varias semanas que se harán bastante intensas. Después tendré varios días libres hasta que se vuelva a retomar el rodaje y no me separaré de ti.

—Esto es como una especie de despedida. —Curvó un poco sus labios, intentando sonreír lo que no consiguió ante mis ojos.

—Eso ni lo digas. —Me apoyé en la mesa, serio—. No quiero que salgan de tus labios esas palabras. Tengo que trabajar…

—Lo sé, no era mi intención dar a entender otra cosa.

—No te justifiques, sé el motivo de tus palabras, solo que no me ha gustado escuchar que es una despedida —le sonreí—. Sé por qué lo dices, créeme que también te voy a echar mucho de menos y no eres la única a la que le va a costar. No voy a llevar bien separarme de ti durante el tiempo que me lleve la primera parte del rodaje, pero es necesario.
»Me gustaría que para la próxima vez me acompañaras, sería una experiencia única para ti y para mí supondría mucho, pero hasta que llegue ese momento quiero que empieces a pensar en qué te haría ilusión hacer a partir de ahora. Ya no tienes el peso de pagar la casa, y esto… —dije dejando de hablar mientras sacaba la cartera de un bolsillo del pantalón, dejando frente a ella una tarjeta del banco— Como puedes comprobar es una tarjeta —remarqué levantando una ceja al verla ampliar los ojos—, con dinero, para ti, exclusivamente para ti.
»Tanto para los gastos iniciales de todo lo que venga de la casa a partir de ahora, como para que tengas una vida cómoda, la iré recargando. No me mires así, la vas a aceptar. —Di varios golpecitos con los dedos encima—. No quiero preocuparme durante el tiempo que esté liado Jana, hazlo por mí.

—Me encantaría acompañarte, no por la experiencia, con ver una película desde el otro lado de la pantalla tengo suficiente, sería solo por estar contigo—se le iluminaron los ojos—. La tarjeta no la necesito, de verdad Izan. Ahora estoy más calmada y centrada, además tengo bastante guardado del primer dinero que me diste,

cuando lo del accidente de mi tabla. Quiero empezar a buscar trabajo, voy a disponer del tiempo que antes no tenía. He hablado varias veces con Rebeka y Patty sobre lo dedicarme a dar clases de surf a niños y si con eso no tengo suficiente buscaré algo más, no tienes que preocuparte.

—Hazlo, me alegraré mucho si das ese paso y más sabiendo que es tu pasión, pero hasta que llegue y consigas tener un sueldo decente, esta tarjeta será lo que utilices. Como entre en el banco y vea que no tiene movimientos me enfadaré. Jana —dije su nombre advirtiéndola al verla negar con la cabeza—. Tengo la gran suerte y el privilegio de disfrutar de mi trabajo, el que me aporta grandes cantidades de dinero, como ya sabes y has visto. Dispongo de más del que necesito, no me niegues compartirlo contigo, te lo pido por favor. Lo hago porque quiero, porque eres importante para mí, te quiero. —Alargué la mano y cogí la suya, ante sus ojos emocionados—. Y a las personas que se quieren se las cuida, de la manera que sea.

—¿Sabes cuál sería mi gran sueño? —dijo apretando el agarre de nuestras manos.

—Dedicarte por completo al surf.

—Sí, pero desde hace mucho tiempo tengo una idea en la cabeza y si pudiera…

—¿Cuál?

—A parte del tema laboral que te he comentado y por el que empezaré a moverme desde mañana mismo…

—Mañana no, ese está reservado para nosotros. Pasado mañana.

—Sí, eso —rio—. Bueno lo que quería decir es que mi mayor ilusión es

presentarme a un campeonato de surf —me sonrió tímida.

—Hazlo —aseguré acariciándole la mano.

—Hasta ahora era impensable, a parte de la carga de mi madre estaba el tema de las tasas de inscripción y los gastos que pudiera acarrear.

—Ya no tienes ninguno de esos problemas —aseguré—. Quiero que vivas Jana, y yo estaré a tu lado para ver tu felicidad y compartirla contigo.

—Me lo pensaré. —Me miró con los ojos humedecidos.

—No hay nada que pensar. —Le hice un guiño.

—¿Tú no piensas las cosas? ¿No le das vueltas? —Ladeó la cabeza.

—Si hay algo que me hace ilusión, si hay algo que quiero… simplemente voy a por ello. —Me recosté en la silla—. Quiero que hagas lo mismo.

—Lo haré —sonrió de oreja a oreja.

—Joder, si fuera tan fácil convencerte en otras cosas como en esta —reí contagiándola.

A partir de ese instante nos dedicamos a disfrutar de la cena, entre bromas por mi parte, devolviéndome algunas ella con preciosas sonrisas que yo recibía de igual manera.

—Izan…

—Dime. —La miré llevándome la copa a los labios.

A esas alturas de la noche ya había caído una botella y media entre los dos. Yo me sentía un poco contentillo, pero nada que me supusiera algún problema, ella, tenía los ojos brillantes y dudaba que se pudiera levantar sin mi ayuda.

—¿Tú crees que le caí bien a tus padres? —preguntó sin mirarme directamente.

—¿A qué viene esa pregunta? —La miré con atención— ¿A quién no puedes caerle bien, Jana?

—Oh, a mucha gente —rio achispada—. Pero la gente que no conozco no me importa, me da lo mismo. —Jugó con una servilleta.

—Mírame —le pedí y lo hizo al momento—. A mis padres les caíste muy bien —aseguré porque lo daba por hecho—, pero si no fuera el caso, créeme que me importaría un bledo por no decir que me importaría una mierda.

—Lo has dicho igual —rio.

—Pues eso, tanto una cosa como la otra —reí con ella—. Ten una cosa muy clara Jana, al único al que tienes que gustar es a mí y no solo lo haces, voy muchísimo más allá. Ya te he dicho que te quiero, estoy enamorado de ti. Sé lo buena persona que eres, lo noble y todos los calificativos perfectos que podría decir sobre ti. No necesito más, me importa una mierda, como ya te dicho, el resto del mundo y cómo les caigas. Si en ese saco tengo que meter a mis padres lo haré.

—Pero si les cayera mal —insistió.

—Si eso sucede, soy yo su hijo, con ir a verlos cada vez que me apetezca tendré bastante siempre que respeten tu lugar, si no es así tendríamos un problema que ellos se buscarían solos. En una situación

así, si se diera, no te pondría en el compromiso ni te haría pasar un mal rato solo por querer pasar yo un tiempo con ellos.

—Vale —me sonrió.

—Y ahora, ven. —Me levanté de la silla, recto, pensando que no iba tan mal como imaginé.

—¿Ya nos vamos? —Hizo un puchero haciéndome reír.

—No. Agárrate que no quiero que beses la arena antes que a mí —reí ofreciéndole una mano, la que agarró y yo la sujeté por la cadera sin poder parar de reír los dos al verla inestable.

—¿A dónde vamos? —Quiso saber mirando alrededor.

—Impaciente, ahora lo verás.

Sin soltarnos, caminamos por la arena. Lo tenía todo pensado y hacia dónde íbamos, que no era otro sitio que una gran tela que estaba preparada encima de la arena, oculta por la oscuridad quedando alejada de la iluminación que rodeaba la mesa.

Capítulo 20: Izan

Unas vistas inmejorables, eso es lo que tenía frente a mí, pensé al ver el cuerpo de Jana tumbado encima de la tela, sin dejar de sonreírme. Nada más llegar se había lanzado a ella, casi tropezando en el proceso, lo que nos había hecho reírnos a los dos.

Pero en el instante en el que nos habíamos calmado, no podía dejar de admirar a la mujer que esperaba que me acercara a ella. Sin perder más tiempo me dejé caer sobre la tela, acercándola a mi cuerpo, buscando sus labios, los que hacía demasiado tiempo con los que no tenía contacto.

Un beso que empezó calmado, el que no tardó en acelerarnos mientras nuestras manos se movían recorriendo todo lo que abarcaban del cuerpo del otro.

—Tenemos que parar. —Se separó soltando un suspiro.

—¿Y eso por qué? ¿Quién lo dice? —Levanté una ceja.

—Yo lo digo —rio echándose sobre mí ya que estaba sentada en mi estómago—. Puede venir alguien, puede vernos cualquier persona que se acerque.

—Ni va a venir nadie, ni van a vernos. Quédate tranquila. Esta playa es privada ya lo sabes, solo para nosotros. Y he dado la orden de que no aparezca ni una sombra por la zona. ¿Te he convencido? —sonreí travieso mientras mis manos jugaban con el bajo de su camiseta.

—No —rio incorporándose, quedando sentada sobre mí mientras me daba varios golpes en las manos para que parara.

—Bueno —carraspeé—, como veo que las palabras no surten efecto, a ver si esto…

Dejé la frase incompleta, ni falta que me hizo acabarla cuando una de mis manos desabrochó su pantalón, colándose dentro, sorteando todos los obstáculos hasta llegar a donde quería. Moviendo su posición y contradiciendo a sus palabras se acomodó para darme libre acceso. En cuanto rocé su clítoris con varios dedos se removió encima de mí soltando un suspiro y cuando seguí avanzando, llegando hasta su vulva, se tensó con mi satisfacción al comprobar lo húmeda que estaba.

—Esto no está de acuerdo con tus palabras. —Introduje un dedo en su interior, moviéndolo y arrastrando su humedad.

—Esa parte es una traicionera —soltó un jadeo cuando volví a su clítoris, humedeciéndolo y frotándolo.

—Lo que sea, pero es a la única que voy a hacer caso. —Le hice un guiño bajando su cuerpo hasta a mí, besándola para que no saliera nada más de sus labios que no fueran los sonidos de su excitación.

Con ganas de tener vía libre la guie en los movimientos para que quedara tumbada sobre la tela, quitándole los pantalones y la camiseta, siguiendo con la ropa interior. Desnuda y expuesta ante mis ojos, la recorrí entera empapándose de su visión.

—Izan. —Se ruborizó.

A esas alturas estaba tan excitada que se olvidó de todo lo demás. No solo pude comprobarlo con mis dedos, también lo hice en el momento en el que levanté sus piernas para que quedaran flexionadas, abriéndolas sin poder apartar la mirada de su zona íntima que brillaba de excitación.

Sin poderme contener, bajé la cabeza a su encuentro, tomándome a conciencia el postre que no había probado y se había quedado olvidado encima de la mesa, mientras se removía sobre la tela agarrándome del pelo con fuerza, curvando la espalda y jadeando mientras mi lengua lamía todo a su paso y mis labios succionaban y absorbían todo lo que me encontraba.

La llevé al orgasmo sin descanso, en cuanto lo hizo, me incorporé desprendiéndome de la ropa igual de rápido de lo que necesitaba entrar en su interior.

—Delicioso. —Me relamí haciéndole un guiño, sonrojándola, mientras se mordía el labio al verme completamente desnudo.

Sin darme tiempo a moverme, se incorporó quedándose de rodillas y me agarró el miembro con sus manos, moviéndolo sin dejar de mirarme, hasta que se perdió dentro de su boca provocando que echara la cabeza hacia atrás, apretando la mandíbula por la sensación que me produjo el sentir su calor, su saliva y su lengua succionando y lamiendo mi glande y toda mi extensión.

Echando mano a todo mi autocontrol me mantuve de pie, tensando todos mis músculos mientras mis manos iban a su cabeza, agarrándola del pelo, acompañándola en sus movimientos que cada vez se aceleraban más. Solo saber que mi semen se mezclaba con su saliva,

viendo como sus ojos buscaban los míos sin parar…

Aguanté sin correrme todo el tiempo que ella quiso saciarse de esa parte de mi cuerpo que se quejó en cuanto con un movimiento la aparté de mí y la levanté, buscando sus labios que sabían a mí. Con necesidad de sentirla y sin dejar de besarla mientras nuestras lenguas se fundían con intensidad, la impulsé hacia arriba.

Me rodeó con sus piernas en mi cadera, mientras, yo amasaba su culo sin apartarme de su boca. Así caminé hacia el agua, con paso firme y decidido mientras una de mis manos se perdía entre su humedad, provocando que acelerara el movimiento de sus labios.

—De noche no me gusta. —Se apretó a mí en cuanto fue consciente del agua tocándole los pies.

—¿Cómo puede decir eso una surfista? —Levanté una ceja, divertido.

—Bueno… —Miró alrededor haciendo fuerza con sus brazos alrededor de mi cuello, como si quisiera subir—. Nunca he entrado de noche, me gusta ver lo que hay a mi alrededor.

—Lo que hay a tu alrededor soy yo. —Le mordí los labios.

Esas fueron las últimas palabras hasta que volví a adentrarme en el agua porque me había parado ante sus palabras. Con un pequeño jadeo por la impresión de la temperatura se agarró más fuerte a mí, pero sin decir nada más, hasta que paré cuando el agua nos cubría por debajo el pecho.

—Quiero hacerte mía en todos los lugares inimaginables Jana, y este es primordial para nosotros y lo sabes. Cada vez que entres con tu tabla en el mar —la posicioné para entrar dentro de ella—, cada vez que roces el agua —entré de un solo movimiento fuerte—, te

acordarás de mí y de este momento, de todas las sensaciones que vas a tener.

Sin más palabras la moví sobre mí, mientras entraba y salía de su interior, mientras nuestras bocas se volvieron a unir con la misma ansiedad e intensidad que sentíamos.

El vaivén del agua que provocábamos a nuestro alrededor, el olor a sal que nos devolvía, su cuerpo acogiéndome en cada movimiento que hacía casi sin esfuerzo por su humedad y la provocada por el agua… todo ello me llevó a la locura. No, no sería la única la que al entrar en el mar le viniera a la mente lo que estábamos viviendo en ese instante, faena tendría de no empalmarme cuando me viera solo en ese mismo lugar.

El final llegó muy a nuestro pesar y eso que al principio ella fue reacia a todo. Pensamiento que me hizo sonreír sujetándola fuerte con los brazos al haber quedado laxa encima de mí. Me agaché un poco hacia abajo, para que el agua nos cubriera hasta el cuello, sin salir de su interior.

El puto paraíso, me dije cerrando los ojos. En ese momento me sentí completo del todo, no necesitaba nada más que a Jana, el mar de fondo con mi miembro en su interior.

—No quiero irme —soltó un suspiro sin habernos movido.

—No querías entrar —reí.

—Haces conmigo lo que quieres. —Se despegó de mí sonriendo.

—Y no sabes lo que me gusta hacerlo —le hice un guiño—, y más que haré. —La besé lento, en un beso corto—. Pues no he visto espuma a nuestro alrededor.

—¿Cómo? —Ladeó la cabeza.

—Pues que cuando he ido a buscarte a tu casa has salido de la ducha corriendo y me has dicho que te habías dejado jabón por todos lados —reí al ver su expresión.

Después de ese comentario se escurrió de mi agarre e intentó hacerme una ahogadilla, detalle que no pudo siendo ella la que acabara debajo del agua. Jugamos como niños, entre risas, roces, besos, tragando agua porque tengo que confesar que en algún momento me pilló con la guardia baja al estar besándola.

—Dime que te quedas conmigo esta noche —le pedí cuando nos volvimos a abrazar dentro del agua.

—Sí —sonrió.

Con el mismo gesto por mi parte de satisfacción, unimos nuestros labios mientras la agarraba de la cintura y hacía que me rodeara con sus piernas. Así empecé a salir del agua, con ella en brazos hasta llegar a la tela que nos esperaba en la arena, en la que caímos acurrucándonos.

—Eres como un sueño —soltó un suspiro, abrazada a mi pecho.

—Tú eres un sueño hecho realidad pequeña, al que no pienso ni voy a renunciar.

Después de esas palabras nos quedamos en la misma posición durante un tiempo, hasta que sentí como se adormilaba y la ayudé a incorporarse. Nos vestimos y caminamos hacia la mesa, recogiendo todo lo que habíamos dejado.

No tardamos en llegar a la tarima de madera y recoger el calzado, caminando a través de ella con Jana haciendo esfuerzos por mantener los ojos abiertos.

—Ven aquí. —Me paré al llegar al jardín, sacudiéndole la arena seca, haciendo yo lo mismo en mí y cogiéndola en brazos.

De esa manera recorrí la distancia hacia la casa, directo a mi habitación, nada más entrar caímos en la cama, sin importarnos la sal que teníamos sobre el cuerpo.

—Vamos —dije sin dejar de mirar a Jana, apurando el café.

Acabábamos de terminar de desayunar y había llegado el momento de ponernos en marcha. El vamos que pronuncié fue para infundirle el valor que le faltaba porque llevaba un buen rato rehusando hacerlo.

Me incorporé y le ofrecí la mano, la que cogió con un suspiro mientras tiraba de ella.

—¿No vamos a recogerlo? —señaló los restos del desayuno.

—No. —Intenté no reír por cómo quería alargar el momento de entrar en su casa—. Si cuando vuelva sigue ahí yo mismo lo recogeré. No tengo ningún problema con eso. Ahora mueve este culito que me vuelve loco y tira para el coche. —De un movimiento rápido la puse delante de mí, agarrándola de él ante su intento de huida andando más rápido.

Bien, me dije, era exactamente lo que buscaba en ese instante. Montados en el coche no tardamos en estar frente a la puerta.

—Todo estará bien. —Llamé su atención para que me mirara ya que se había quedado mirando la casa.

Cuando asintió, abrimos y salimos, dirigiéndonos hacia la entrada. Nada más entrar en la casa nos recibió olor a café. Eran las nueve y media de la mañana y Jana se sorprendió por ello ya que su madre no se levantaba tan temprano.

—Puede que vaya a rectificar —giró hacia mí ilusionada.

Y no pude borrar esa expresión de su cara. Mi pensamiento era otro, el que me confirmó la aparición de su madre, desmotivando a Jana en su suposición. Lo hizo igual que el día anterior, sin mirarnos ni hablarnos pasó de largo tan campante. Hasta ahí había llegado yo.

—Buenos días, Candy —solté serio pasando a Jana, poniéndome a varios pasos por delante de ella—. Acaba con lo que estás haciendo y sal de esta casa —dije rotundo, sin flaquear.

La aludida giró en ese momento hacia mí con rabia.

—No eres nadie para echarme de mi casa. —Me señaló.

—Yo creo que no te enteras de la jugada —sonreí de medio lado—. Esta, la que era tu casa y tú misma has acabado por arruinarla como haces con todo, ahora es mi casa y en ella hago y actúo como más me complazca. No me hagas repetirlo porque no seré tan suave como hasta ahora. Ve a la que era tu habitación, recoge todo lo que puedas rápido, si no lo has hecho ya, lo que se quede aquí te lo haremos llegar a dónde tú digas. Tienes quince minutos para desaparecer de mi vista.

Fueron varios gritos los que obtuve como respuesta, pero no di marcha atrás, todo lo contrario, di varios hacia delante, hacia ella. En cuanto vio mi actitud y que no iba a retroceder en mi decisión, entró en su habitación hasta que Jana decidiera si seguiría siéndolo y pegó

un portazo fuerte.

—Ven. —Agarré de la mano a Jana que temblaba, con los ojos humedecidos.

—No me lo va a perdonar nunca —habló con varias lágrimas cayéndole.

—¿Y tú? ¿Tienes que perdonarle todo? ¿Hasta tratarte como lo hace? No, Jana, me importa una mierda lo que haga, lo único importante para mí eres tú dadas las circunstancias. Te quiero fuerte.

—Lo estoy intentando, pero es muy duro.

—Todo lo es. Lo que tú has tenido que vivir hasta ahora y lo que has soportado, créeme que lo es más. Confía en mí. Esto, lo que va a suceder ahora, dará pie a saber si hay alguna solución o no.

Sin decir nada más, apretó mi mano y esperamos callados. Su madre no tardó en salir con una mochila a cuestas, dirigiéndose hacia la puerta. Antes de abrir, miró hacia Jana, con odio y salió sin decir nada.

Jana se acurrucó en el sofá y la atraje hacia mí, arropándola del mundo entero. No soportaba verla sufrir de esa manera y me comía todo por dentro al sentir su tristeza y desesperación.

Así continuamos durante un tiempo, hasta que salimos cerrando tras de nosotros subiéndonos al coche. La firma de la propiedad la hizo en cuanto llegamos, con los papeles originales en manos de Jana como única propietaria de su casa.

A partir de ahí, en cuanto salimos, intenté distraerla todo lo que pude. Pasamos el día fuera hasta que a primera hora de la tarde fuimos a mi

casa y nos preparamos para hacer surf, cogiendo dos tablas.

—Te voy a echar mucho de menos. —Se dirigió a mí cuando llevábamos más de dos horas dentro del agua con el sol poniéndose, sentada en la tabla.

—¿Te crees que yo no? —Acerqué su tabla hasta dejarla junto a mí—. Ven aquí. —La agarré de la cintura y pasé su cuerpo a la mía, dejándola con las piernas a cada lado encima de las mías.

—Te quiero Izan. —Me acarició el pelo.

—Te quiero, pequeña, no lo dudes nunca.

Nuestras palabras tuvieron el final que necesitábamos cuando nuestros labios se buscaron, sin prisa, queriendo grabarnos ese último recuerdo, al menos durante varias semanas.

—Recuerda informarme de todo —le pedí apoyando nuestras frentes —. Empieza a moverte por tus sueños, cueste lo que cueste.

—Lo haré, te lo prometo —me sonrió y esa curva de sus labios como siempre me sucedía me llenó calentando mi interior.

Capítulo 21: Jana

Desperté con la extraña sensación de no tener nada y tener mucho a la vez…

No tener nada porque me dolía pensar en dónde podría estar mi madre, al igual de no tener en estos momentos a Izan a mi lado… también de tenerlo todo por tener la gran suerte de no haber perdido la casa de mis abuelos, eso me hubiera destrozado del todo la vida.

Era un sabor agridulce el que sentía y la necesidad de saber que ella estaba bien, todo era muy fuerte para mí.

Mi madre había estado en línea hacía pocos minutos, cosa que me ayudaba a tranquilizarme, aunque fuese un poco, al igual que Izan que ya se encontraba en Miami.

Encendí la tele mientras me preparaba un café y apareció una tertulia del corazón anunciando que en unas horas darían una bomba en forma de exclusiva acerca del actor Izan Williams.

Me precipité a ponerle un mensaje.

Yo: *Buenos días, Izan ¿Estás viendo lo que se está anunciando en el show del corazón?*

Izan: *Buenos días, mi vida. Ya me han informado, pero tranquila, seguro que alguien nos hizo unas fotos y las vendieron, no pueden decir otra cosa más que me vieron contigo ¿Estás bien?*

Yo: *Sí, pero lo dicen de una forma que asusta. Ten un buen día. Cuídate. Te quiero.*

Izan: *Yo también te quiero, princesa.*

Me senté con el desayuno a esperar a que dieran la noticia, cosa que cuando dieron paso a la invitada casi me da algo.

Yo: *¡¡¡Izan!!! ¡Mi madre está en la televisión!*

Izan: *Ya la estoy viendo, veo que fue lista. Tranquila.*

—Buenos días, Candy, eres la suegra de Izan Williams, ¿verdad?

—Buenos días, Marcela, así es, aunque no lo quiero ver ni en pintura.

—Su hija no pertenece al medio.

—No, mi hija era una chica normal a la que le gustaba el surf y a la que yo cuidaba. No trabajaba —dijo levantando un dedo —, la mantenía yo y ahora mira, me echan a la calle como a un perro y todo porque el actor ese la tiene comprada con esto. —Hizo un gesto con sus dedos de dinero —. La tiene como a su putilla, venga regalos y cosas de lujo para tenerla a su lado, además, es catorce años mayor que mi niña.

—Pero ¿la apartó de ti?

—Izan hizo algo raro y perdí mi casa de la noche a la mañana. Me

echó como si fuera un perro y me prohibió acercarme a mi niña, esa que parí y ahora ni me mira y me deja en la calle.

—Pero si la casa era tuya, no te pueden echar ni nada por el estilo.

—Ahí están implicados notarios y de todo, porque la casa ya no está a mi nombre.

—Eso tendremos que investigarlo, son acusaciones muy fuertes.

—Poco estoy contando, pero como me calienten vendré más veces y terminaré de contarlo todo en condiciones.

—Ahora puedes hacerlo.

—No, yo cuento lo pactado y, por cierto —se dirigió a la cámara — Izan con lo que me han pagado hoy tengo para comprar tres casas, así que te jodes, desgraciado. Me voy a Las Vegas a vivir con mi amor.

—Entonces denuncia que te quitó la casa y a tu hija.

—Sí, ese está en una secta de esas raras a las que ahora van los famosos, pero déjame decirte que se aburrirá de ella y luego en nada estará con otra y ¿quién recogerá a la niña? Su madre, a esa que echaron como a un perro.

Repitió y a mí me estaba entrando una ansiedad muy grande.

—Bueno, ahora se supone que él está rodando en Miami ¿se fue su hija con él?

—No, ese es muy listo, la dejó aquí encerrada en la casa para asegurarse de que yo no entraba mientras tanto, él se va a tirar a todo Miami Beach andante.

—No sé si le gustará mucho estar escuchando todo esto a Izan.

—¿Y te crees que me importa una mierda? —Hizo un gesto feo con su dedo corazón.

—Estamos intentando hablar con Izan, pero me dicen desde redacción que no está por la labor de dar ninguna declaración.

—Normal, le acabo de desmontar el carrito de sus mentiras y de sus maldades ocultas. A mí, que me costó mucho parirla y sacarla adelante ¡Sinvergüenza! —dijo mirando hacia la cámara.

Tuve que apagar la tele, no podía más, lloraba sin consuelo de ver eso que había hecho mi madre, eso sí que me iba a costar mucho perdonárselo y es que Izan no se merecía que hablasen así de él.

Izan me llamó un poco después, imagino que se quedó hasta el final viéndolo.

—Lo siento Izan —murmuré llorando al descolgar el móvil.

—No, mi vida, no tienes que sentir nada, no te quiero escuchar así, me jode mucho no poder estar a tu lado. Lo que diga ella no tiene peso ni credibilidad, es fácil de desmontar, ni te preocupes por eso.

—Como vea con esto un medio de dinero fácil, no habrá nada que la frene.

—La frenaran los mismos canales cuando se den cuenta del poco peso y el problema que tiene con el alcohol, es más, hoy no quedó muy bien ni creíble, ni te preocupes por eso, si no fuera ella, sería otra, eso sí, ahora sí que quiero que te mantengas más firme a un posible acercamiento con ella, no se lo merece, está jugando.

—Ahora mismo, tiene cerradas las puertas de mi corazón —murmuré con tristeza.

—Jamás pensé que escucharía eso de tu boca, me alegro de que comiences a ponerte como prioridad y aceptar que, todo tiene que cambiar por tu bien.

—Ahora voy a ir a tomar un refresco con las niñas, les he puesto un mensaje.

—Sal, despéjate, no llores. Mi vida, pronto estaremos juntos de nuevo.

—Te amo, Izan.

—Y yo, con todo mi corazón.

Era la una de la tarde cuando salí de mi casa topándome al abrir la puerta con que más de una decena de medios estaban ahí esperando a captar las primeras imágenes y palabras.

De repente un sinfín de preguntas me azotaron por parte de ellos.

—¿Eres la novia de Izan?

—¿Qué piensas de las declaraciones de tu madre?

—¿Es verdad que la habéis echado de la casa e incluso se le quitó la titularidad?

—¿Es algo serio lo que tienes con el actor?

—¡Qué me dejéis! —grité sin muchas fuerzas y parándome a punto de llorar—. No tengo que ver con este mundo, mi madre es una persona

enferma con un gran problema y yo, yo no quiero dar ninguna declaración ni ser parte de todo esto. Les pido por favor que me dejen, no estoy en un buen momento.

Con qué tono se lo diría que nadie más me siguió y me dejaron continuar sin que me molestaran. Creo que les di pena y que entendieron lo mal que me sentía en estos momentos que no sabía cómo afrontar todo.

Había quedado en la cafetería, ya estarían allí, además Rebeka ese día lo tenía libre, eso sí, incluso en esos días le gustaba ir a su trabajo a tomar algo, amaba a sus compañeras y estaba feliz ahí.

Las chicas se levantaron a abrazarme y no tardaron en intentarme dar ánimos, pero yo solo veía que mi cara estaba corriendo por todas las redacciones y programas y que era viral en las redes. Todo gracias a mi madre que se encargó de ello.

—A tu madre se le terminó de ir la olla y encima, se hizo con un pastizal que malgastará, según ella, en Las Vegas con su nuevo novio viviendo de hotel en hotel, es muy fuerte —sentí la rabia de Rebeka.

—Desde luego que lo de tu madre consiguió quitarme de la cabeza toda la mañana a Devis —murmuró Patty causándonos una carcajada. Era de lo más cómica y cuando menos te lo esperabas, soltaba una de las suyas.

De nuevo, al otro lado de la carretera donde comenzaba la playa, ya se veía otra fila de paparazis tirando fotos hacia donde estábamos nosotras, no quería ni imaginarme estar varios días así, me iba a dar algo.

—Te vas a tener que acostumbrar. —Levanté la cara rápidamente mirando a Rebeka.

—No, no quiero.

—Estás con Izan y creo que no te tengo que recordar quién es.

—Pero esto no es por estar con Izan, esto es por el morbo de la falsa noticia de mi madre que nada tiene que ver con la realidad y que lo deja en muy mal lugar a él y a mí, aunque quien me duele es él. No sé si me estoy explicando, estoy saturada. Bueno, realmente contó medias verdades en algunos temas, porque nadie le quitó la casa, ella la perdió y además…

—Para —me irrumpió Patty—, no nos tienes que explicar lo que ya sabemos de primera mano, relájate, estamos contigo.

—Gracias chicas…

Capítulo 22: Jana

Una semana llevaba sin Izan y con mi madre cada día dando declaraciones a los medios del corazón…

Era impotencia y dolor lo que sentía, rabia, mucha rabia…

Las chicas estaban muy pendientes de mí y cada día hacían porque nos viésemos un rato o venían a mi casa a cenar. Izan seguía en Miami rodando, pero siempre muy atento a mí.

Lo peor estaba por venir y aún no lo sabía…

Sonó el timbre de la puerta y pensé que era un paquete o algo cuando me encontré a la mismísima Sophie en la puerta, la mamá de Izan, con un regalo en las manos.

Me descolocó que apareciese por aquí, pero pensé que era para saludarme o yo qué sé, incluso que ese regalo venía de parte de Izan.

—Hola, pasa, Sophie —dije emocionada.

—Hola… —Entró directa y cerró la puerta dejando la caja de regalo a un lado—. Te voy a ser clara y sin rodeos, a mi hijo déjalo en paz, le estáis jodiendo la vida tú y tu madre, esa que consiguió que por

primera vez se viese envuelto en un escándalo sin precedentes. No tienes clase ni educación para estar con alguien como él y, es más, si no te apartas, voy a hacer que lo pases mal cada día de tu vida. Te lo advierto, Jana, no me hagas perder la paciencia y si se te ocurre decirle algo a Izan, te vas a arrepentir el resto de tu vida ¿Entendido?

—No he entendido nada, Sophie ¿Qué te pasa conmigo?

—Me pasa que él ama a otra, me pasa que has llegado tú y has roto una relación que era idílica. Izan está enamorado de una modelo de Miami que también lo adora a él. Me pasa que estás jodiendo la vida de mi hijo.

—Jamás le obligué a estar conmigo.

—Lo hace por pena. ¿No te das cuenta?

—¿Pena de qué?

—Déjalo o te juro que te vas a arrepentir el resto de tu vida, y procura no decir más que vine a traerte este regalo.

Se marchó dando un portazo fuerte y sobrecogiéndome el corazón. ¿Qué estaba pasando?

Me senté en el sofá temblorosa, llorando, sin entender nada, ¿amaba a una modelo de Miami? ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué ese odio hacia mí?

Sinceramente, no me la creía mucho ni iba a poner en alerta a Izan que estaba trabajando y no quería ponerlo nervioso.

Lo del regalo supuse que era una estrategia por si los medios la veían por aquí, para ponerlo como pretexto. Obviamente lo abrí por

curiosidad y era una caja vacía.

Izan me llamó esa tarde feliz contándome que su mamá le había dicho que había venido a visitarme para ver cómo me encontraba y traerme un regalo. Tuve que hacer de tripas corazón para no contarle la realidad y ponerle en aviso: que tal y como pensé del día de la cena, para esa mujer no era santo de su devoción.

No le conté nada ni a las chicas para que no entraran en cólera…

Los días siguientes mi madre fue desapareciendo de los medios ya que se habían dado cuenta del problema que tenía y que no había que hacerle mucho caso, eso después de que le hubiesen llenado la cuenta con el dinero suficiente como para pasarse el resto de su vida bebiendo.

La madre de Izan me llamó un par de veces para soltarme de todo por la boca. En ambas terminé cortando la llamada porque no quería entrar en su juego y poder soltarle todo lo que llevaba dentro.

Lo único que quería es que llegara Izan y hablar con él tranquilamente de todo para quitarme ciertas dudas de la cabeza.

Y por fin llegó la mañana en la que él regresaba a California…

Encendí la tele por inercia mientras me preparaba un café y no me podía creer lo que estaban anunciando y es que decían que iban a dar otro bombazo más fuerte y que desmontaría la teoría de la relación del actor con la joven surfista.

Madre mía la que se estaba liando, ¿y ahora que querían desmontar y que era eso tan fuerte? Viniendo de la tele ya no me creía nada más. Tenía la energía por el suelo y me sentía con pocas fuerzas, necesitaba tener a Izan cerca y abrazarlo fuertemente, para eso quedaban unas

cinco horas…

Dos horas después anunciaron que ya había llegado el momento y que tenían unas imágenes del actor que iban a encender todas las redacciones…

Y las había, un vídeo corto de la noche anterior en un restaurante de Miami Beach con una joven modelo, por lo que dijeron, con la que se le había relacionado varias veces.

Mis ojos se humedecieron al verlo ahí con ella, besándose como si se le fuera la vida, como si nadie más en el mundo existiera para él y se le veía de lo más cómodo.

Mi mundo se había acabado de desmoronar por completo, sentía que estaba en un barco a la deriva: sin madre, con una casa que no nos pertenecía por mucho que la hubiese puesto a mi nombre, con un amor que no era real y con todos los regalos que fueron para hacerme sentir especial hasta conseguir lo que quería, darse lotes de sexo.

No era nada para el mundo, no significaba nada para nadie, no era nada más que una pobre desgraciada viviendo de la caridad de los demás.

No quería vivir, nada tenía sentido, era insignificante para este mundo donde el amor, la lealtad y los valores más importantes escaseaban por completo. Mis energías se las habían llevado.

Y yo no quería seguir sufriendo…

Silencié el teléfono y cogí una botella de agua, tres cajas de pastillas sentándome en el sofá mientras lloraba por todo y comencé a ingerir cada una de ellas.

Había llegado mi hora, debía de escapar de este mundo cruel al que vine solo para sufrir, me quería ir con mi papá.

Cruel mundo cruel, vida de mierda, todo era feo a mi alrededor, nadie me había querido más que mi papá y mis abuelos, esos que ya no estaban.

La primera caja entró fácilmente, eso sí, comencé a tener ganas de vomitar, pero me obligué a seguir ingiriéndolas, no quería volver a hablar con nadie y mucho menos que nadie me frenara a irme a descansar en paz, había llegado mi momento y yo no tenía ni ganas ni fuerzas para seguir en este mundo.

Las imágenes de él con la modelo se agolpaban en mi cabeza mientras me seguía obligando a tomar cada una de esas pastillas, a la vez que iba entrando en un profundo sueño que fue desvaneciendo mi cuerpo sobre el sofá.

Capítulo 23: Izan

Me desperté desorientado, incómodo. En cuanto abrí los ojos sentí como si me cuerpo pesara toneladas y no recordaba cómo acabó la noche anterior.

¿Tanto había bebido? Joder, solté en voz alta casi sin fuerzas, incorporándome, quedando sentado en la cama. Cogí el móvil para apagar la alarma, comprobando que eran las siete de la mañana.

La noche anterior había asistido a una celebración por el final de la primera etapa de rodaje. En un principio no tuve intención de asistir. Estaba cansado por la intensidad de las dos semanas de trabajo, pero ante la insistencia de varios compañeros bien conocidos para mí, acabé aceptando, comentándoles que sería de las pocas en las que me verían.

Me despedí de Brooklyn y Peter hasta el día siguiente en cuanto me dejaron en el lugar, ya que la productora lo había dispuesto todo para los desplazamientos después de la fiesta.

No era de ir a muchas, pero alguna vez caían, como la noche anterior. Sin pensar más en ello me incorporé de la cama y fui hacia el baño, con la intención de darme una ducha antes de prepararme y salir de la casa alquilada por la productora, hasta que tuviera que volver.

Era hora de volver a California. Me quedaba un vuelo largo por delante y con eso en mente, salí junto a Brooklyn y Peter directos al aeropuerto con el tiempo suficiente para entrar directos al control policial.

Normalmente siempre iba con equipaje de mano, a no ser que el rodaje se alargara por más tiempo, pero para dos semanas como había sido ese caso, me llevé lo esencial. Tampoco necesitaba mucho más ya que una vez pisaba las instalaciones donde rodábamos, me vestían entero y al salir, al finalizar el día, me metía directo en la casa.

Sentado en el avión miré a través de la ventanilla. Había llegado el momento, sonreí en cuanto las ruedas del avión empezaron a moverse. Relajado cerré los ojos hasta conseguir dormir durante bastante trayecto del vuelo con Brooklyn y Peter haciendo lo mismo.

Sin retrasos llegamos cerca de la media tarde y salimos hacia la puerta principal donde Jason nos esperaba para llevarnos a casa, esa era mi primera parada rápida antes de hacer lo que tenía en mente desde el mismo momento en el que me fui de California.

En cuanto traspasamos la puerta circular, la imagen de Jason apoyado en el coche nos recibió, el que se incorporó caminando varios pasos hacia nosotros. Sin dejar de avanzar, mi sonrisa se borró cuando vi de cerca su expresión, más seria de lo habitual, lo que me hizo arrugar el gesto.

—¿El vuelo bien? —nos preguntó al llegar a él, mirándome directamente a mí.

—Todo bien —confirmé sin dejar de mirarlo con una pregunta no dicha, pero que mi expresión dejaba más que clara.

—¿Qué pasa tío? —Lo saludó Peter en el mismo estado que yo al quedar todos frente a frente.

—No sabéis nada. —Nos miró a los tres.

—¿Qué mierda tenemos que saber? —acabé preguntando nervioso.

—Izan —negó con la cabeza alargando mi nombre—. Doy por hecho de que no te has enterado por la sonrisa con la que has salido —habló Jason—. Vamos al coche, ahora os lo cuento.

Sin más, giró dejándonos a todos preguntándonos a qué cojones se refería, lo que no pronunciamos siguiéndolo hasta el coche, guardando el equipaje en el maletero y entrando, yo en el asiento del copiloto y Brooklyn y Peter en la parte trasera.

—Habla —le pedí impaciente girando hacia él en el asiento.

—Mejor que lo veas —dijo sacando su móvil y buscando lo que supuestamente tenía que ver.

En cuanto lo encontró, giró el móvil y lo puso de cara a mí. Las imágenes que aparecieron ante mis ojos me revolvieron el estómago y me hicieron quitarle el móvil de la mano de un tirón, mirándolas bien de cerca mientras la rabia y la impotencia recorrían todo mi cuerpo, sin reconocer a la persona que mostraban las imágenes.

—Joder —soltó Brooklyn que no había perdido detalle inclinado hacia delante, apoyado en mi asiento.

—¿Qué mierda es eso tío? —Se sorprendió Peter.

Yo me quedé sin saber reaccionar, parpadeando todo el tiempo sin salir de un estado de *shock*, el que me había provocado verme en un

video mientras le comía la boca a Camila, porque eso era exactamente lo que me devolvía el vídeo. Una de las modelos que siempre frecuentaban las fiestas que solían hacerse después de finalizar las etapas de los rodajes.

—¡Qué cojones…! —Conseguí reaccionar soltando toda mi rabia, dando varios golpes en el salpicadero del coche después de devolverle el móvil a Jason para no estamparlo y dejarlo inservible— No me acuerdo de una mierda. —Me pasé las manos por el pelo, estirando de él como sin con eso pudiera conseguir aclararme.

—Tío, ¿tan bebido ibas que no sabías lo que hacías? —preguntó serio Brooklyn.

—Joder, bebí, pero qué cojones sé, no me acuerdo, no llevé la cuenta —me lamenté.

—Esto ha corrido por todos lados, está en boca de todos. Eres tendencia en todas las redes y en los medios te puedes imaginar… —dijo Jason.

—¡¡Mierda, mierda y más mierda…!! ¡¡Joder!!—grité desesperado—. Llévame a casa de Jana directamente.

Esas fueron mis últimas palabras, las de mis amigos fueron intentando calmarme y dándome ánimos. ¡Una mierda ánimos!, pensé, sin todavía reconocerme en esa grabación, temiendo las consecuencias de lo que había supuesto tras su emisión.

Durante todo el recorrido me costó respirar, sintiendo una presión en el pecho con la que tuve que cerrar los ojos. Mi teléfono no ayudó a que mis nervios no se descontrolaran más. Sonó durante todo el camino y acabé poniéndolo en silencio mientras mis ojos veían que mi madre no dejaba de llamarme, que Jeyden, mi representante, también

insistía y eso sin tener en cuenta todas las llamadas en las que no reconocí el número, las que bloqueé directamente.

Agobiado a más no poder, así llegué a casa de Jana. Antes de que Jason parara el motor, abrí la puerta y salí corriendo hacia la puerta, empezando a picar sin que nadie respondiera al otro lado. Hice varios intentos de llamar al móvil de Jana, pero los tonos sonaban sin que ella descolgara, hasta que saltaba el buzón.

—A lo mejor ha salido —sugirió Peter.

Todos me habían seguido y estaban cerca de mí a la espera.

—¡Abre la puta puerta ya! —gritó Brooklyn sobresaltándome.

Mi mirada se fue hacia él, sin haberme dado cuenta que había ido hacia una ventana para mirar hacia el interior. En cuanto me encontré con su mirada no necesité más. Saqué las llaves de mi casa más nervioso aún, en las que tenía colgada una de la casa de Jana, la que me quedé desde principio al haber dos copias de ellas cuando formalicé la compra.

En cuanto la puerta se abrió mi vista se fue directamente hacia el sofá, dónde Jana reposaba tumbada. Salí corriendo hacia ella sin prestar atención a los gritos de mis amigos, desesperado porque la posición que tenía y la flacidez de su cuerpo indicaban que no estaba durmiendo tan tranquila.

—¡¡Jana!! —grité arrodillándome a su lado, zarandeándola— ¿Me oyes pequeña? Vamos, abre los ojos.

Sin poder dejar de tocarla y de mirarla, tuve la sensación de caer a un pozo sin fondo, como si la caída fuera tan tremenda que no sería capaz de ver la luz ni la salida, a no ser que Jana abriera los ojos en

ese instante.

—Izan, no lo va a hacer —escuché la voz de Brooklyn y parpadeé sin dejar de mirar a Jana.

Mi cabeza giró hacia él, despacio, encontrándome con su imagen. Levantando varias cajas de pastillas, así lo vi, lo que me hizo agrandar los ojos al máximo haciéndome reaccionar.

—¡Salir ya! —ordené incorporándome y levantando el cuerpo de Jana entre mis brazos, cogiéndola a peso y saliendo como si la casa se estuviera quemando hacia el coche.

—Id vosotros, yo pediré un taxi para ir a casa y cojo otro coche. —Escuché de fondo a Peter, pero no estaba ni para pararme ni para responder.

Los minutos en el coche, sentando en la parte de atrás se me hicieron interminables. Mi cabeza no podía dejar de pensar cómo había sucedido todo, en cómo cojones se había complicado hasta ese punto en el que estaba, mientras con un nudo en la garganta no podía dejar de mirar su cara.

—Jana, no me dejes. —No pude evitar llorar al pronunciar esas palabras, mientras apretaba contra mí su cuerpo laxo.

No me hizo falta decirle a Jason que corriera ante la situación que nos habíamos encontrado, más bien voló por la carretera directo hacia el hospital al que le indiqué, ya que tenía varios buenos amigos y de confianza en él.

Capítulo 24: Izan

Después del impacto que me llevé, desde el momento en el que entré corriendo con Jana entre mis brazos gritando por ayuda, no recordaba qué había sucedido después. Mi mente se había bloqueado de tal manera que no podía unir los recuerdos del tiempo que había pasado desde que me quitaron a Jana de los brazos.

Sabía por Brooklyn y Jason, que la habían entrado corriendo y que yo mismo había hecho llamar a uno de mis amigos médicos para poner en conocimiento lo que había sucedido, para que fuera él quien la atendiera, pero poco más. No era capaz de juntar todas las piezas desbordado y con miedo.

El golpe más duro que había tenido en mi vida me lo acababa de dar en todas las narices, y me encontraba en un estado que ni Brooklyn, ni Jason, ni Peter (que llegó a la media hora al hospital), fueron capaces de activarme. Lo único que podía hacer era dejar la mirada fija por la entrada por la que alguien tendría que salir para informarme, sin apartar los ojos de allí para levantarme de un salto en cuanto eso sucediera.

Habían pasado dos horas interminables, dos horas que me habían asfixiado. Tenía hasta ganas de vomitar por toda la mierda que había sucedido.

—Localiza a Camila —conseguí pronunciar con los ojos idos.

Todos estaban sentados a mi lado y no tardaron en mirarme soltando un suspiro al verme reaccionar.

—Me pongo a ello. —Se levantó Brooklyn, apretándome un hombro.

No hacía falta que le diera más datos, las imágenes que habían visto fue todo lo que necesitaron para saber a quién me refería, por eso y porque reconocían también su nombre al haberme acompañado algunas veces a esas fiestas en las que solo hacía acto de presencia y no tardaba en irme. Como ya he comentado la presencia de esa modelo era habitual en ese tipo de fiestas.

Eso precisamente tendría que haber hecho, largarme de allí pasados diez minutos. Aún era incapaz de entenderlo.

—Brook —lo llamé en alto cuando estaba a punto de desaparecer de mi vista, provocando que se parara y me mirara—. La quiero delante de mí. —Apreté la mandíbula.

—Contaba con ello. —Curvó los labios y desapareció de la sala de espera.

—¿Cómo estás? —me preguntó Peter aprovechando que había hablado.

—No estoy, simplemente. —Volví a dejar la mirada fija en el mismo punto que al principio.

—Esperemos que nos digan algo pronto —comentó Jason sin poder dejar de mover una pierna, lo que llevaba haciendo desde que habíamos llegado.

Ya no volví a hablar, no me sentía con fuerzas para nada. Dejé pasar el tiempo que me fue desesperando cada vez más, al no tener ni una mínima noticia del estado de Jana. No podía evitar ponerme en lo peor, no tenía ni puta idea de cuánto tiempo llevaba en el estado en el que la encontramos y mis pensamientos tomaban un camino que intentaba evitar, los cuales acababan por absorberme.

—¿Por qué no escribes o llamas a Noah? Si lo haces saldrá a decirte algo —sugirió Jason.

—No, se está encargando de ella —negué rotundo sabiendo que mi amigo hubiera salido si hubiera podido.

—Está bien —soltó un suspiro asintiendo.

Una hora más fue lo que tuvimos que esperar, hasta que vi a Noah caminar y mirar por la sala, hasta que me encontró yendo hacia él.

—Tío —me dijo cuando llegué a su lado, dándome un abrazo ya que ante la urgencia con la que nos habíamos visto al principio ni nos habíamos saludado.

Después de corresponderle al abrazo, me quedé ansioso ante él por saber lo que tenía que decirme.

—Está estable. —Unas palabras que me hicieron soltar un suspiro mientras me apretaba la frente, intentando aliviar un poco el dolor que sentía ante tanta tensión—, pero…

—¿Qué? —pregunté arrugando el gesto— ¿Qué significa ese, pero?

—Acompáñame —asintió y giró para que lo siguiera, lo que hice dejando atrás a Jason y a Peter, diciéndoles que saldría a informarles

en cuanto pudiera.

Hasta que no entramos en su despacho y se sentó mientras yo cerraba la puerta y hacía lo mismo frente a él, no volvió a hablar.

—Izan, como te he dicho está estable, pero su cuerpo no ha reaccionado bien.

—¿Qué mierda significa eso? —Tragué saliva.

—Le hemos hecho un lavado de estómago, pero no sabemos cuánto tiempo hacía que había ingerido la cantidad desorbitada de pastillas que me has dicho. Su cuerpo ha absorbido gran cantidad de ellas y no lo ha soportado. Está en coma inducido porque varios de sus órganos estaban fallando. Necesitamos estabilizarla y que reaccione a la medicación que le estamos suministrando para que contraataque a la que se ha tomado ella. Pueden pasar horas, días… no te lo puedo decir con seguridad, pero hasta que su cuerpo no reaccione y funcione bien hemos preferido tomar esa medida.

—En coma… —Fue lo único con lo que me quedé, parpadeando con la vista nublada.

—¿Estás bien? —Noté que se incorporaba y se ponía a mi lado, sentándose en otra silla.

—No —conseguí hablar pasados unos minutos, mientras las lágrimas caían libres por mi cara.

—Escúchame, que siga respirando por sí misma ya es algo positivo. No ha tenido un paro cardiaco, su corazón ha aguantado. Piensa en positivo. Es una mujer joven, de buena salud que ha recibido una bomba en su organismo, pero con la fuerza suficiente para enfrentarla.

—Dime que te crees al cien por cien lo que me acabas de decir. —Giré hacia él para no perderme detalle de sus gestos, los que me indicarían si me mentía para intentar que no me viniera más abajo de lo que estaba.

—Soy médico, siempre tengo esperanza tío. No puedo tirar la toalla hasta que todo está perdido y que Jana —se refirió a ella por su nombre ya que se lo había dicho al principio—, siga respirando y que su corazón siga latiendo es toda una proeza por la barbaridad que ha hecho. Has llegado a tiempo, un poco más y no lo hubiera contado.

—Joder. —Lloré desconsolado apoyando los brazos en su mesa, dejando caer la cabeza en ellos, mientras Noah se acercaba más y me agarraba de los hombros para consolarme.

No sé el tiempo que pasé descargando todo lo que llevaba dentro, no lo suficiente para la mierda que se había quedado en mi interior. Cuando conseguí retomar el control de mis emociones Noah me ayudó a levantarme para llevarme al lado de Jana.

En cuanto estuve en la puerta, Noah me dio un apretón en el hombro y se fue dándome privacidad. Entré en la habitación en la que estaba tumbada, con varios cables a su alrededor, inerte… la impresión fue tanta que mis lágrimas volvieron a caer libremente mientras caminaba hacia ella.

—¿Por qué lo has hecho pequeña? —Lloré desconsolado abrazándome a ella— No has entendido nada, ¿no sabes que no puedo vivir sin ti? ¿Que solo la idea de perderte acaba conmigo?

El silencio que recibí fue como una puñalada tras otra. Así permanecí al lado de ella durante minutos, horas, días… sin atender a nada más ni salir de esa habitación. Las llamadas y mensajes de mi móvil se acabaron en cuanto se agotó la batería, batería que no cargué

aislándome del mundo.

Estaba hasta los cojones de todo, lo más mínimo me molestaba y lo único que quería era que Noah en algún momento abriera la puerta de la habitación informándome de que los resultados de las pruebas que le iban haciendo salieran favorables y que era el momento de traerla de vuelta, quitándole el coma inducido.

Seis largos días fueron los que pasaron cuando mi único deseo se hizo realidad, días que se hicieron agonizantes y en los que permanecí sin moverme del lado de Jana.

—Buenos días. —Entró en la habitación Noah, la mañana del sexto día.

—Buenos días. —Correspondí levantándome.

—Traigo buenas noticias —me sonrió poniéndose a mi lado.

—Dímelas —le pedí.

—Ya puedes respirar tranquilo, vamos a quitarle en media hora la medicación para que abra los ojos.

—Joder, gracias —solté un suspiro abrazándolo de la emoción, el que me correspondió.

—Todo va perfecto, tío —me sonrió cuando nos separamos.

Después de intercambiar varias palabras más, salió dando aviso para que en el tiempo que me había dicho le retiraran todo. Me acerqué a la cama agarrándole la mano, haciendo presión sin poder dejar de mirarla emocionado, deseando ver otra vez sus ojos abiertos.

No sabía qué sería lo que recibiría cuando eso sucediera, pero en ese instante solo necesitaba verla bien, siendo ella y que volviera, después ya me encontraría y afrontaría lo que fuera.

Era primera hora de la tarde cuando el cuerpo de Jana empezó a reaccionar, conmigo bien cerca y con Noah que esperaba ese momento, pendiente de cómo se daría.

—Hola Jana —dijo Noah mirándola sonriente en cuanto sus ojos se abrieron un poco, no del todo.

Después de parpadear varias veces intentando enfocar la vista, habló. El sonido de su voz, sus ojos abiertos… provocaron que las piernas me temblaran agarrándola de la mano.

—Hola —respondió con voz débil.

—Me alegra conocerte por fin, siendo tú. Mi nombre es Noah, soy el doctor que te ha atendido.

—Ya… —Tragó saliva Jana tomándose su tiempo, aún desconcertada.

—Pequeña. —La llamé y no tardó en reaccionar a mi voz, girando un poco la cabeza hacia mí.

Sus ojos se agrandaron al verme a su lado, en cuanto fue consciente de que la agarraba de la mano la retiro y se alejó de mi contacto, lo que para mí supuso como si me diera un golpe seco en el estómago, dejándome sin respiración.

—Os dejo para que habléis —dijo Noah mirándome al haber visto ese gesto.

Asentí a mi amigo dándole otra vez las gracias, el que se acercó a mí y

me abrazó, susurrándome que si lo necesitaba lo encontraría en su despacho, si no, hablaríamos por teléfono por la noche.

Era consciente de todo lo que había sucedido y del motivo que había provocado que Jana ingresara de esa manera. Durante todos los días que había pasado en el hospital había sido mi paño de lágrimas y había soportado mis salidas de tono colmadas de rabia e impotencia.

—Quiero estar sola —habló Jana captando mi atención.

—Tenemos que hablar, no quiero alargarlo más.

—Yo no. —Giró la cabeza en la dirección contraria a mí—. Sé todo lo que tengo que saber.

—No, Jana, no lo sé ni yo, es imposible que lo sepas tú. Jamás te faltaría el respeto de la manera que viste, mírame.

Después de unos segundos luchando con ella misma para hacerlo o no, acabó mirándome con los ojos humedecidos.

—No te puedo decir que tengo una explicación para lo que hice y las imágenes que viste. Sería un hipócrita si lo hiciera, porque ni yo mismo sé qué mierda me pasó, pero no dudes de que lo aclararé todo. —La miré con la decisión en los ojos—. Creo que me merezco que hables conmigo, nunca te hice daño, siempre he estado para ti en todos los sentidos…

—Porque buscabas solo un fin —soltó llorando.

—Y según tú, ¿cuál es ese fin?

—Hacer conmigo lo que querías. —Desvió la mirada.

—No sabes lo que me jode escuchar esas palabras de tu boca. Me he desvivido con todo lo referente a ti y todo, absolutamente todo lo que he hecho y cómo he actuado ha sido porque me ha nacido del corazón. Te quiero, aunque ahora pueda sonarte a chiste, pero es la puta realidad y jamás, óyeme bien, jamás te haría daño de ningún tipo.
»Aunque suene prepotente puedo tener a todas las mujeres que quiera, pero te elegí a ti, ¿y sabes por qué? —Volvió a mirarme con las mejillas cubiertas de lágrimas, sin pronunciarse, aun así, continué—. Porque en mi puta vida ninguna mujer ha conseguido despertar en mí lo que tú hiciste desde la primera vez, nunca había sentido lo que siento por ti, Jana. Me creas o no, es la jodida realidad. Y no, no me voy a conformar con todo esto, quiero respuestas, quiero aclararlo todo, quiero tantas cosas hasta volver a llegar a ti que no voy a parar hasta conseguirlo.

—Te debo mucho Izan, yo… —dijo entrecortada— pero no puedo, ha sido muy duro verte con otra, ver como la besabas sin importarte nada ni yo. No sé qué pensar, creía que te conocía y ahora mismo ya no sé qué es verdad o mentira.

—No voy a presionarte —dije con lágrimas en los ojos provocándole más emoción—. ¿Necesitas tiempo? No hay problema, no me voy a ir a ningún lado Jana. Si te soy sincero yo también lo necesito, no por ti —aclaré porque vi el dolor que le provocaron mis palabras a pesar de lo que me estaba diciendo—. Solo necesito saber qué cojones pasó, me encantaría tenerte a mi lado averiguándolo, pero sé que en este momento es pedir demasiado.

—Lo necesito Izan. —Cerró los ojos.

—Lo tienes —dije pasados unos minutos, inclinándome hacia ella, dándole un beso en la frente.

En cuanto lo hice se tensó llorando más y por mi parte, dejé mis labios

sintiendo su piel cerrando los ojos, fuerte sin querer irme, lo que acabé haciendo, caminando hacia la puerta.

—Jana… —Me paré agarrando el pomo de la puerta sin girarme hacia ella—. Jamás vuelvas a hacer lo que has hecho, jamás pongas tu vida en peligro por nada ni por nadie… si te pasara algo, esté o no esté contigo… me matarías en vida y tú tienes un precioso futuro por delante por vivir. Grábatelo a fuego, jamás.

Con esas palabras salí de la habitación sin mirar atrás, con un nudo en la garganta y con ganas de seguir llorando, lo que no tardé en hacer en cuanto salí del hospital, pidiéndole las llaves del coche a Brooklyn que estaba en la sala de espera, el que no dijo nada al ver mi estado asumiendo que necesitaba estar solo.

Solo, me dije mientras una cascada de lágrimas corría libremente por mi cara. Estaba solo, pero no por mucho tiempo, apreté la mandíbula y me subí al coche con la convicción del siguiente paso que daría.

Capítulo 25: Jana

Una semana aislada del mundo, el que quise dejar, pero, por obra magistral de la vida, o mejor dicho de Izan, volvía a seguir respirando…

Y dos días desde que le pedí a Izan que se fuera.

Al principio de abrir los ojos no quería vivir, no tenía ganas de seguir sufriendo como lo llevaba haciendo desde hacía mucho tiempo. ¡Me quise morir!

Había llorado soltando todo lo que llevaba por dentro, hasta que algo se activó dentro de mí, una fuerza y un cambio de pensamientos que me hicieron poner los pies en el suelo, pero a pesar de ello, muchas veces no podía contener las lágrimas por la pena que tenía. Así me encontró una enfermera que al verme en ese estado no dudó en cobijarme entre sus brazos y darme un abrazo.

—Yo estuve a punto de hacerlo una vez. Mi marido me dejó por otra, con cuatro hijos a mi cargo de los que se desentendió por completo y yo, cobarde de mí y sin pensar en ellos, estuve a punto de tomarme un frasco de pastillas. Por suerte mi hijo menor apareció en ese momento, haciéndome ver la barbaridad que iba a cometer, ellos son mi vida entera. A veces, donde vemos un túnel sin salida, resulta que la había

y mucho más bonito que todo lo recorrido. —Acarició mi brazo —. Sé todo lo que te ha pasado, seguí tu historia con Izan, desde lo de tu madre hasta el vídeo que se retransmitió, así que imagino lo complicado que es para ti, pero quiero decirte que la vida es bonita y que no puedes soltarte de ella.

—Nadie en este mundo me quiere, ya dudo de todo —murmuré entre lágrimas.

—¿Qué nosotras no te queremos, hija de la gran puta? —Escuché desde la puerta y vi a mis amigas entrando, la enferma no pudo evitar reírse por lo que habían soltado.

Fue el mismo Izan el que las avisó de mi estado y no tardaron en aparecer por el hospital desde el principio, cuando aún yo no era consciente de ello. En los ratos en los que ellas aparecían, era en los únicos momentos en los que Izan se alejaba de mí para dejarlas a solas conmigo, según me explicaron.

—Claro que me queréis, pero me refiero a la que me debería de querer de verdad, como mi madre y no voy a mentir, no me merecía eso de Izan y sí un poco más de empatía y amor —dije con tristeza mientras la enfermera se apartaba para que ellas pudieran abrazarme.

—¿Dónde coño te pensabas que ibas sin nosotras? —me reprochó bromeando Rebeka mientras me abrazaba.

—No lo sé, solo sé que no tenía ganas de seguir con nada, todo me superó.

—Mira, a tu madre que le den bien dado y a Izan por el culo y que le duela —me respondió causándome una risilla.

Mis amigas, en esas que no pensé cuando me quería quitar la vida, mi

subconsciente imagino que frenó el que pensara en ellas para así no tener un motivo para quedarme. Sentir sus abrazos me llenaba de energías reafirmando mi cambio de pensamientos.

Les conté que había echado a Izan y lo que le había dicho.

—No es tan grande el palo que me llevé con Devis como el que me he llevado con Izan —dijo Patty—. Pensaba que te quería bonito y lo vuestro era un amor de película.

—Y tan de película, normal que esté considerado uno de los mejores actores de Hollywood, normal, porque no veas como lo borda, vamos, que con esta hizo el papelón de su vida —le respondió Rebeka.

—Ya no sé si hizo un papel o no, no quiero pensar en ello. Quiero salir de aquí, pero ya.

—Pues te irás cuando digan los médicos.

—Eso o me escapo.

—¿Cómo te vas a escapar alma en pena? —Rebeka se puso en plan madraza.

—Me ahogo…

—Mira llegó el doctor —murmuró Patty.

—Doctor me quiero ir —le dije sin pensarlo.

—No es recomendable, pero con la revisión de esta mañana todo me indica que estás bien —dijo Noah, el doctor amigo de Izan.

—Me voy a ir —afirmé ante la mirada de mis amigas.

—Te preparo el alta y el tratamiento, pero me tienes que prometer que vendrás a las visitas con el psicólogo.

—No las necesito. Tranquilo, no lo haré más y, además, he decidido que antes de morirme yo, me llevo a más de uno por delante —murmuré y escuché como a mis amigas se les escapaba una risilla y Noah hacía un carraspeo.

Me duché con ellas dentro porque decían que me podía dar un mareo. Después de que me dieran el tratamiento que tenía que seguir, nos fuimos de allí directas a mi casa.

—Mi pensamiento es diferente, algo ha cambiado en mí al poco de despertar.

—¿En qué notas la diferencia? —preguntó Patty curiosa.

—Pues que ahora tengo ganas de plantar cara, de venirme arriba, de luchar por mí y un montón de cosas más.

—Sí hombre, y lo dices llorando y con una cara de pena que no puedes con ella —respondió Rebeka poniendo en mis manos un vaso de zumo que me había preparado.

—Pero quiero hacerlo, nadie se va a reír de mí más, ni me van a tratar de segunda.

—¿Lo dices por tu madre o por Izan?

—Por los dos, lo digo por los dos, así que más vale que no se me acerquen.

—Yo creo que los dos son tu debilidad.

—Y la tuya Devis y no por eso lo perdonas.

—Después de enterarme que estuvo con medio hospital, no le doy ni los buenos días, es más, si le da un infarto no lo socorrería.

—Pues ahí lo tienes.

Se quedaron conmigo todo el día, hasta que no me dejaron en la cama acurrucada y casi dormida, no se fueron.

De nuevo los recuerdos de los momentos vividos con Izan se metieron en mi cabeza, de golpe, uno tras otro…

Lo amaba con todo mi corazón, pero a la vez me costaba pensar en él, me había hecho daño de una manera muy despiadada, demostrando que no tenía corazón y que todo lo que decía por su boca, era mentira. Me trató como a una más de la que se aburrió rápidamente.

Bloqueé todo lo que me dijo antes de irse del hospital, no podía aferrarme a nada y mirando solo por mí, lo mejor era seguir pensando de esa manera.

Necesitaba encontrar un trabajo, comenzar a vivir y dejar de lado todo. Empezar de cero una nueva vida, pero ¿cómo sería eso posible con un corazón tan dañado?

Antes de dormir no lo pude evitar y le puse un mensaje a Izan.

Yo: *No es tiempo lo que necesito, es comenzar de cero y dejar atrás todo lo que me hizo tanto daño. Te deseo que seas feliz. Gracias por los momentos bonitos que me has dado*.

Silencié el móvil y me giré entre lágrimas hasta quedarme dormida.

Capítulo 26: Jana

Un nuevo amanecer en mi vida repleto de dolor, pero ahora lo veía todo de diferente manera: la Jana de antes de lo sucedido, no era la de ahora.

Me había llegado un mensaje de buenos días de Izan en el que también me decía que su vida sin mí no tenía sentido, pero claro, sí lo tuvo cuando estuvo con esa mujer sin importarle una mierda lo que me estaba haciendo. Ahora no era momento de ponerme blanda, así había estado toda mi vida y aunque reconozco que me impulsaba a responderle, no lo hice.

Le deseaba la mayor felicidad, pero no a mi lado, en ese sentido lo quería lejitos, como a mi madre, por la que luché y me dediqué mucho tiempo para que ella no hiciera ni lo más mínimo por mí.

Salí a la calle para dirigirme a la cafetería a desayunar, tenía ganas de que me diese el aire.

—Jana, hemos sabido que has estado hospitalizada. ¿Es por la presión de todo lo sucedido en torno a tu madre y al escarceo amoroso de Izan con la modelo?

—Me tenéis hasta el coño —murmuré en voz baja, pero me salió del

alma, como dije, la Jana de antes no era la de ahora.

—Jana, ¿sabes que la madre de Izan declaró que su hijo está enamorado de todas las mujeres guapas? —Me frené en seco para dirigirme al micro del reportero que había lanzado esa pregunta.

—Claro, de tal palo tal astilla, sale a su padre que de siempre se supo que andaba envuelto en líos de faldas.

—Pues de eso no teníamos constancia.

—Pues ala, a hacer vuestro trabajo y averiguar. —Les hice un guiño.

Pobre padre que no tenía culpa de nada, ese dato me lo acababa de inventar, pero permitía las cosas que hacía la bruja de su mujer y esas declaraciones que ella dio iban con muy mala sangre, así que, si querían guerra, ya tenía la metralleta cargada.

Seguí andando mientras me hacían preguntas y otra llamó de nuevo mi atención.

—¿Qué te parece que tu madre esté continuamente en Las Vegas con su pareja gastando cantidades desorbitadas en las noches?

—¿A mí? Ni que fuese su administradora —sonreí y me adentré a la terraza viendo como todos iban a la acera de enfrente para seguir grabando.

Tenía ganas de llorar, pero, no, no lo iba a hacer, ya lo había hecho demasiado y se me iban a poner unas bolsas en los ojos que no habría forma en el mundo de que me desaparecieran.

—Hombre, tengo en la terraza la cosa más bonita de toda California. —Se agachó Rebeka comiéndome a besos y sacándome una sonrisa—.

Por esa curva tan bonita que te ha salido en los labios, ahora mismo te traigo el desayuno más completo de toda la carta e invita la casa. —Me hizo un guiño—. ¿Qué tal estás, bonita?

—No lo sé. —Me entristecí—. Me levanté queriéndome comerme el mundo, pero luego me vengo abajo y…

—Tienes que comértelo, haz de una puta vez algo por ti.

—Vale, pero no empieces con las riñas —nos reímos.

—Te traigo el desayuno, pero, como vea la tristeza en tu cara al regresar, me lo llevo de nuevo y te dejo sin guacamole.

—No, sin eso no —me reí aún más.

—Así me gusta. —Me acarició la cara y se marchó.

Desde luego que era muy afortunada por las amigas que tenía, las que olvidé en un momento dado cuando solo veía lo feo que había en mi vida, pero ellas eran mucho más que un tesoro, eran toda una bendición.

Y hablando de bendiciones, eso era el desayuno con el que apareció Rebeka y con el que se me fueron los ojos al guacamole, mi vicio.

—Para la sonrisa más bonita de toda California.

—Qué pesada eres con eso —me reí.

—¿Y lo que te ríes?

—También, pero, he de decir querida amiga, que mi sonrisa ahora es por culpa de esto —señalé al guacamole.

—Pero esto —lo señaló ella—, es gracias a que esta —se señaló a sí misma—, te lo ha traído con todo el cariño.

—Es verdad. —Me levanté a darle un abrazo—. Te quiero, amiga.

—Y yo, Jana mía, cariño.

—Y además vamos a salir en los medios porque los de enfrente no dejan de tirar fotos.

—Ahora dirán que estás liada conmigo —nos reímos.

—Eso estaba pensando yo.

Me quedé mirando hacia el mar mientras disfrutaba del desayuno y los recuerdos se me agolparon sin tregua. Me olvidé de los ojos que tenía puestos en mí para dar algún tipo de noticia, eso me importaba un pito, era yo, observando mi playa, sacando lo mejor de mí.

No entendía cómo podía decir Izan que no se acordaba de nada, pero ese no era mi problema, era el suyo por beber hasta perder el control e importarle un pito todo su alrededor, la verdad es que tenía muchos sentimientos encontrados.

Se me hacían nudos constantes en la garganta mientras recordaba todos los momentos vividos con Izan: cada detalle, mirada, roce… ¿Tan buen actor era? Al final iba a resultar que sí y no por vocación, ese lo llevaba en la sangre y hacía de toda su vida un espectáculo cinematográfico.

Casi una hora estuve allí. Antes de despedirme de Rebeka e irme al mercado a comprar unos filetes y verduras, recibí la llamada menos deseada, pero que no dudé en coger. Era la madre de Izan.

—¿Qué quieres? —pregunté en mal tono al descolgar.

—Como vuelvas a hablar mal a algún reportero de algún miembro de mi familia, juro que te joderé hasta el infinito.

—Señora, atenta: ¡Vete a la mierda! Y voy a seguir hablando peor, ahora te vas a cagar.

Colgué y me levanté despidiéndome de Rebeka, sabiendo que los paparazis y reporteros me iban a seguir, los que no tardaron en acercarse otra vez.

—¿Qué tal el desayuno? ¿Has podido hablar con Izan?

—No, he hablado con su puta madre, así que no me toquéis más las narices.

Estaba dando la peor versión de mí, pero ya me daba igual. Estaba cansada de que hablasen sin saber, de callarme con cada ataque y de sacar esa parte tonta de mí, eso se había acabado.

—No sé si le hará mucha gracia a Izan que te dirijas a su madre de esa manera.

—¿Ves en mi cara que me importe?

—La verdad es que no.

—Pues eso —sonreí con ironía antes de adentrarme en el súper.

Cuando salí estaban ahí de nuevo con muchas preguntas y revuelo por lo que había dicho, al menos esta vez lo formaba yo.

No contesté a nada más y estaba entrando en mi casa cuando recibí un mensaje de Izan.

Izan: *Me gusta ese carácter y que no te achantes por nada, si respondiste así por algo que te dijo mi madre, no te preocupes que te apoyo. Buenas tardes*.

No le respondí, ¿para qué? Ahora se iba a poner de mi parte, ¡venga ya! Lo hubiera hecho antes de comerse a esa tía y encima ante la vista de todo el mundo. ¿No pensó en la manera que me estaba humillando?

Saqué la comida de las bolsas ya que había comprado algunos zumos, café y algo más, a parte de la carne y la verdura.

Me pasé toda la tarde en el sofá viendo películas y teniendo claro que al día siguiente me iría a desayunar y luego me metería en el agua para hacer surf, nada de quedarme de manos cruzadas.

Colgué un anuncio de iniciación al surf ya que quería empezar a dar clases y a trabajar, tenía que comenzar por algo.

Mi sorpresa fue que por la noche ya tenía un grupo de seis jóvenes con los que comenzaría dos días después, así que me acosté de lo más pletórica y feliz por eso.

Capítulo 27: Jana

El día anterior Izan me había dado por mensaje los buenos días y las buenas noches, todo esto sin recibir respuesta alguna por mi parte.

Un nuevo despertar y lo primero que vi era otro mensaje de él. Parecía que no iba a parar en su insistencia, pero, aunque me escribiera cada día de mi vida no le iba a responder, no me nacía y no iba a volver a hacer nada por obligación.

Que me daba igual, de verdad que me daba igual cuantos mensajes me pusiera y cuanto me revolviera los sentimientos, pero la lealtad era la lealtad y a mí me había tratado como a una más. Eso de que yo era especial era una de sus tantas mentiras como cuando me hablaba de sus sentimientos hacia mí.

Fuerte, así me quería a mí misma, dejando de lado a la niña dulce, noble y sumisa que había habitado en mí y que todo era producto de un mal adoctrinamiento por parte de mi madre. Comenzaba a liberarme de toda culpa para asumir que fui una víctima en su vida, no por eso no me causaba dolor el no tenerla a mi lado, pero era mucho más fuerte el afán de quererme.

Me fui a la cafetería con todos los medios detrás, haciéndome mil preguntas como era normal. Esa vez con una sonrisa y unas gafas de

sol grandes, anduve ignorando cada palabra que salía por todas sus bocas.

—Mi niña preciosa —dijo levantándose Patty, que esa mañana la tenía libre ya que tenía turno de tarde y me había puesto un mensaje para verme.

—Estoy feliz, mañana comienzo a dar clases de surf a un grupo de jóvenes, cuatro chicos y dos chicas.

—Eso es precioso, de verdad, no sabes cuánto me alegro. —Me abrazó mientras me daba un montón de besos.

—¿Y tu corazón que tal anda? —Me interesé por la situación de Patty.

—A mil por hora, pero no lo quiero ni ver. Todos estos días por el hospital lo ignoré por completo, lo peor de todo es que parecía que le importase cero y siempre con su sonrisilla en plan orgulloso.

—Es muy mala persona.

—Ahora me estoy dando cuenta, tarde, pero lo estoy asimilando.

—Eso es lo que importa.

—Tengo que contarte algo, pero ahora cuando se vaya Rebeka —murmuró mirándola, ya que venía hacia nosotras.

Me quedé con la intriga mientras Rebeka me saludaba con todo el cariño y la efusividad del mundo. ¿Qué querría contarme que no quería que se enterase Rebeka, cuando entre nosotras se suponía que no existían los secretos?

—Pues eso, te cuento —dijo mirando como se iba—. El problema es

que Rebeka sabe lo que voy a decirte porque nos pasó a las dos, pero ella no quería que te dijéramos nada por el simple hecho de no ponerte en la cabeza más presión de la que ya tienes. Izan no deja de llamarnos para decirnos que no le demos la espalda, que va a demostrar todo y nosotras dos le hemos dicho lo mismo, que ya lo demostró con esa actitud que dice que no recuerda, que no queremos que se acerque a ti y que, si te aprecia un poquito, te deje en paz que demasiado mal has estado.

—No entiendo esa insistencia, después de lo que hizo cualquiera lo cree.

—Nosotras estamos como tú, no lo creemos en nada, pero él no para de insistir y hemos tenido que decirle que pare, que nos hemos enterado a la primera, pero que no queremos saber nada.

—A mí me manda mensajes de buenos días y noches, además de decirme un montón de cosas que tiene como sentimientos hacia mí. No le contesto ni lo haré por ahora y si lo hago, no le va a gustar lo que le diga, así que paso.

—Me gusta esa Jana que estoy viendo en ti. —Acarició mi mano.

—Gracias, cariño.

—El amor, qué asco de amor.

—Tú lo has dicho, además todos me salen rana. Mi ex mira, un descerebrado que me deja por otra con la que me puso los cuernos y encima se viene a vivir a mi calle. Antes viniendo hacia aquí con todos los paparazis encima, me lo crucé, pero bueno, yo me puse en plan orgullosa con una sonrisa de oreja a oreja, ese desgraciado no me va a ver mal.

—Así me gusta. —Volvió a acariciar mi mano por encima de la mesa.

Estuve un rato con ella y luego me fui hacia la playa donde me metí con mil paparazis en la arena captando como hacía deporte, pero bueno, yo entraba en conexión con el paisaje, el ruido del mar y ver cómo además de mí, había mucha gente en el agua que amaba el mismo deporte, era nuestra vida.

Surfeé durante dos horas antes de salir y secarme ante la mirada de los objetivos, recogiendo todo para regresar a casa a comer.

Hice pasta con tomate, sin más, no me apetecía otra cosa, además en ese sentido me gustaba sin muchos ingredientes para no perder el sabor original de ella.

Me senté a comer viendo la tele. Había un programa del corazón y con lo poco que me gustaban, ahora me estaba aficionando a ellos.

Como no, sacaron imágenes de Izan, pero antiguas, comentando que el actor estaba desaparecido del mundo y que no se le había visto por ningún lado. Confieso que me recreé en todas las imágenes que pusieron y que de mis ojos cayeron algunas lágrimas, las que me aparté con rabia.

Pasé la tarde preparando todo para las clases del día siguiente y tomé nota de cosas importantes que les quería transmitir a los chicos.

Por la noche salí con Rebeka que vino a por mí para ir a tomar un helado a una heladería muy famosa que había por la zona, eso sí, con los paparazis detrás y un nuevo mensaje de Izan dándome las buenas noches y diciendo que no quería un mundo sin mí.

—Yo no me doy por vencido —comenzó a cantar Rebeka cuando leyó el mensaje—, yo quiero un mundo contigo… —Cantaba por Fonsi

mientras yo me echaba a reír.

—Juro que vale la pena… —continué cantando.

—Si es que los hombres son muy malos —reía negando—. Lo quieren todo y encima se esfuerzan en cagarla.

—Ya te digo —reí—; bueno, por nosotras. —Choqué la copa de helado con la suya recordando que eso siempre lo hacía Izan con las copas de bebida que nos tomábamos, aunque fueran cafés o agua.

Después del helado dimos un paseo ignorando las cámaras que nos seguían y acabamos las dos en mi casa ya que se iba a quedar a dormir conmigo. A la mañana siguiente se iría a trabajar directamente.

Nos dieron las tantas charlando como cotorras y riendo, porque tenía cada cosa que solo se le podía ocurrir a alguien como ella.

Capítulo 28: Jana

—¡Vamos arriba! Que te invito a un buen desayuno antes de que empieces tu primer día de trabajo.

—¿Ya son las siete?

—Y cuarto —carraspeó.

Rebeka entraba a las ocho y estábamos al lado, mis clases empezaban a las nueve, así que me daba tiempo de estar una hora de relax allí mirando hacia el mar y disfrutando de un desayuno con guacamole que quitaba un poco las penas.

Los medios me esperaban como agua de mayo y es que cada vez se comentaba más que Izan estaba desaparecido y les extrañaba a todos no verlo.

Ni caso, no les hice ni caso; la verdad es que estaba tan cansada de tenerlos detrás de mí todo el día que me eran totalmente indiferentes, eso sí, siempre con una sonrisa lo más irónica posible, al igual que Rebeka que a ella sí que le gustaba verse en los medios.

Me senté y miré el móvil, como no, el mensaje de buenos días de Izan, además de decirme que no veía una vida sin mí, que estaba muerto en

vida.

Muerta me iba quedando yo por la locura que cometí… cada vez que pensaba en como fui capaz de hacer eso, me envenenaba por completo y me enfadaba conmigo misma.

No, no me quería ver como ese día jamás. Toqué fondo y no quería sentir esa sensación, no me lo merecía. Ahora debía comenzar todo de cero, empezar por las clases que me iban a dejar un dinerito.

Yo no tocaba la tarjeta de Izan ni loca, además, aún tenía los mil dólares que me dio cuando el incidente, esos sí los consideraba míos.

Me amargaba pensar que tuviese la casa por él y tenía claro que iba a comenzar a ahorrar dinero y aunque tardase veinte años, le iba a devolver hasta el último dólar como fuese.

—Deja de pensar —me dijo Rebeka, sentándose a mi lado cuando la terraza estuvo tranquila.

—Pienso bien y bonito. —Le saqué la lengua y conseguí que sonriera al verme de esa manera divertida.

—Así me gusta. —Se acercó y me dio un beso muy fuerte en la mejilla —. Y no te lo doy en la boca porque fijo que algún capullo nos capta al momento. —Se refirió a los paparazis que estaban en el otro lado de la cera de la playa.

—Tengo ganas de comenzar las clases —dije emocionada porque realmente ahora mismo era como una nueva ilusión para mí.

—Pues te queda un ratito.

—Sí.

—Ahora, que lidiar con adolescentes no es fácil.

—Seguro que lo será, quien ama el surf o se interesa por él, es que tiene buena calidad de corazón.

—Pues Izan surfea… —carraspeó.

—Ese es la excepción que confirma la regla. —Volteé los ojos sacándole una carcajada.

Me despedí de ella un rato después y bajé hacia la playa donde sorprendentemente ya estaban todos y eso que faltaban quince minutos para la hora.

—Hostias, la profe es la que estaba con el actor y le pusieron los cuernos —murmuró una de las alumnas y la miré con rabia, con eso conseguí bajarle la mirada y dejar a todos callados, aunque hubiera soltado de todo por la boca. Eso sí, a Romina, que así se llamaba, ya la tenía entre ceja y ceja, sí, me había vuelto de lo más antipática.

—Desde luego hija que siempre vas dando la nota —le dijo su hermano que también estaba inscrito.

—Bueno, prepararos y poner todo en la arena, vamos hacia la orilla que vamos a comenzar la iniciación.

—Pero ¿nos meteremos a coger olas? —volvió a decir Romina.

—Si claro, sin haber tocado una tabla en tu vida ahora nos adentramos y que la suerte esté de tu lado, claro que sí —negué resoplando y todos se echaron a reír—. Hoy vamos a aprender la manera de colocarnos encima de la tabla y subirnos a ella, eso sí, primero serán las técnicas claves para mantener el equilibrio y la

posición según la forma en la que la cojamos.

—No voy a tener que sufrir nada para tener una foto para el Instagram en plan surfista —murmuró quejándose uno de ellos.

—Si quieres te hago ahora mismo la foto con la tabla y te vas por donde has venido.

—Si hombre, entonces me deja mi piva que se cree que soy surfista.

—Otro mentiroso más. —Volteé los ojos y les hice un gesto de que atendieran.

La verdad es que me tuve que reír de lo lindo al ver las caídas que pegaban y las caras que ponían. Aprender mucho ese día como que no aprendieron, pero de que se lo estaban pasando bomba, era una realidad y solo había que verlos.

Es más, sinceramente hasta yo me lo había pasado bien y eso que comenzó mal con Romina poniéndome de los nervios, pero luego me di cuenta de que eran chiquilladas y que no se le veía mala intención.

La despedida fue mortal, no me dejaban andar, me decían que tenía que ampliar las clases dos horas más a partir del día siguiente y yo les decía que a sus padres no les iba a hacer gracia, cosa que todos al unísono dijeron que sí, que así se los quitaban de en medio más tiempo.

Ni dos horas después, todos en el grupo que habíamos montado por WhatsApp confirmaban que sus padres estaban dispuestísimos a pagar dos horas más. Lo que me reí fue lo más grande, me estaban dando vida.

Joder, esas dos horas de más durante todo el verano era un dinerillo y

es que les daba dos horas y por eso me sacaba con ellos 50 dólares a la semana por cada uno y ahora cien, no solo eso, eran seis, vamos que me iba a sacar un pastón con los niños pijos que venían a aprender con las mejores tablas del mercado, pero me caían bien y cada vez mejor.

Los despedí hasta el día siguiente, durante cuatro días a la semana así sería.

Como no, me llegó el mensaje de buenas noches del grandioso actor y además me decía que sentía que por momentos se iba apagando.

No le respondí, eso sí, ganas no me faltaron o peor aún, me aguanté contestarle que aquí la única que se había apagado fui yo, que sus tonterías se las contara a otra, pero no lo hice, no había mayor satisfacción que dejarlo en visto.

Después de pasar la tarde limpiando y preparando la comida para el día siguiente: una carne estofada con patatas. Antes de dormirme, no pude evitar pensar en su mensaje de buenas noches, en el que me había escrito que las estrellas brillarían para nosotros algún día.

¿Estrellas? ¡Estrellado! No entendía esa insistencia sabiendo que no le iba a contestar y que encima me dijera esas cosas, ¿acaso se pensaba que me iba a olvidar de la puñalada que me dio por la espalda?

Yo no quería ser la Jana que siempre fui, por eso estaba luchando con todas mis fuerzas para cambiarlo, a pesar de las lágrimas y el dolor que seguía sintiendo, y es que cuando nadie me veía lloraba de tristeza como si tuviera cinco años, sin encontrar consuelo. Pero me iba a vencer a mí misma, tenía que demostrarme que yo era mucho más que eso y que era hora de comenzar a vivir como quería y no como me imponían.

Ser fuerte, cuando es la única opción que te queda para no volver a caer en el abismo…

Capítulo 29: Jana

Ni caso les estaba haciendo a los paparazis que siempre andaban por mi puerta, aunque cada vez había menos.

Llegué a la cafetería haciéndole una burla a Rebeka que se vino corriendo a darme besos de felicidad, como ella los llamaba cuando me veía así y no en plan tristona.

Le conté lo bien que me fue el día anterior después del primer comentario y que hoy estaba con ganas de más, de disfrutar de esos jóvenes que no solo eran alumnos, sino también una forma de ver la vida y un completo aprendizaje.

—Te hizo mucho bien, se te ve en la cara.

—Sí y eso que al principio los quise matar —nos reímos—, sobre todo a Romina, pero como ya te digo, al final me ganó. Son todos adorables, con sus cosas porque son muy jovencitos, pero me encantan.

Me senté a desayunar con la intención de pagar el desayuno, quisiera o no la niña, pero ya tenía el cobro de mi primera semana doble con ellos y es que la tarde anterior todos hicieron el pago de las otras dos horas, así que me sentía rica, además de lo que tenía del incidente.

Para mí eso era mucho dinero.

El mensaje de buenos días no se hizo esperar y sus connotaciones de amor que desvelaban que seguía insistiendo en algo que no era momento, lo fue antes de hacer lo que hizo.

En ese momento sonó mi teléfono y era mi madre, dudé en si cogerlo o no, pero decidí que sí.

—¿Qué quieres?

—Comprarte la casa.

—¡Vete a la mierda!

—Te pienso hacer una buena oferta.

—No, porque te volverá a durar el tiempo que gastes el dinero que cogiste y créeme que no te la voy a vender por respeto a los abuelos, esos que tú no respetaste.

—Eres una puta.

—Y tú una alcohólica que da vergüenza ver.

—Ojalá te pudras en el infierno.

—Claro que sí, mami —dije con ironía.

—No te rías de mí o te enterarás.

—Vete a amenazar a otra, conmigo ya no puedes. No te quiero ni ver, que se te quede bien grabado.

—Que se te quede a ti que te pienso desheredar de todo lo que ahora poseo —me dio una risa.

—Eso no te va a durar ni dos días, pero, aunque te murieses podrida en dinero, prefiero que lo dones a una ONG a coger algo tuyo. Ya no quiero nada de ti, nada —dije antes de colgar y echarme a llorar de rabia.

—¿Otra vez llorando?

—Mi madre… —le conté lo de la llamada.

—Oye, pues te felicito, le hablaste como se merecía.

—Ya, pero me da rabia. Escuchar a mi propia madre que solo piensa en ella y con ese tonito, duele.

—La conocías, no es la primera vez, es lo habitual.

—Joder, pero nunca se está preparada.

Me dio un abrazo, sabía y entendía que estaba en un proceso conmigo misma que me iba a llevar a muchos altibajos.

Cuando llegué a la playa estaban los chicos de lo más felices charlando y esperándome.

No podían estar más alborotados. En realidad, ese día lo estaba hasta el mar, parecía que se habían aliado todos los astros en mi contra.

Yo tenía un leve dolor de cabeza, quizás a consecuencia de tanto alboroto, y por nada del mundo quería que me siguiera doliendo, porque eso es algo que me ponía de muy mala leche. No exagero,

cuando me duele la cabeza, siempre lo he dicho, es que no me aguanto ni yo.

Romina iba un poco por libre, no me hacía demasiado caso, y eso que yo trataba de imponerme a toda costa.

—Te lo voy a explicar una sola vez para que lo entiendas: tú no eres una profesional ni puedes intentar coger olas como si no hubiera una mañana, ¿o no entiendes que te puedes llevar a un revolcón?

—Eso es lo que quisiera ella—resopló Beth, la otra chica a la que le daba clases, mirando a uno de los socorristas de la playa que estaba para mojar pan, aunque para mí el único que estaba para mojarlo era el indeseable…

—Chicas, un poquito de por favor, que vamos a lo que vamos—les dije porque no me hacían ningún caso y a mí me entraban hasta escalofríos cuando eso ocurría.

Los cuatro chicos tampoco paraban de bromear entre ellos. Entiendo que era normal, porque a esas edades uno tiene la sonrisa boba todo el día en la cara y piensa que la vida va de competir por ser más chulillo que los demás.

Aparte, la presencia de Romina y de Beth también les desconcentraba, porque mirones lo eran y mucho, y hasta a menudo los sorprendía echando un vistacito a mi trasero, momento en el que yo también echaba algo… Echaba una serie de amenazas por la boca y palmeando en el aire, los ponía a todos firmes.

Minutos después, Romina seguía en el limbo, tanto que cogió su tabla y, más chula que un ocho, se puso de pie en ella, como si llevara toda la vida surfeando.

Ese fue el momento en el que me di cuenta de lo que estaba pasando, pues uno de los mejores surfistas de toda la playa, Mark, estaba a pocos metros de ella.

El asunto es que él salía, tras cabalgar una ola, y Romina entraba. A ciertas edades no se teme a nada y no se ve el peligro. Ella, que tendía a llamar la atención de todo chico guapo que estuviera en la playa, no se lo pensó. Ni corta ni perezosa, trató de hacerle ver que podía surcar las olas como la que más y, antes de que mis gritos pudieran pararla, se cruzó en su camino.

Yo no acerté más que a ponerme las manos en los oídos y a pensar que mi trayectoria como monitora de surf acababa de llegar a su fin, porque lo cierto es que el choque entre las dos tablas debió escucharse en toda California.

Mark, tan experto como era, saltó de la suya en ese terrible instante en el que ella desapareció de mi vista, bajo el agua.

Los segundos se me hicieron eternos, porque Romina se hundió, y entonces la cabeza me empezó a dar vueltas como si fuera un tiovivo, pero ella solita, sin el cuerpo y sin nada.

Y hablando de cuerpo, el de Romina fue el que sacó Mark, y lo hizo a la velocidad de la luz, a la misma a la que se puso mi corazón.

Mark debía tener unos veinte años y estaba más fuerte que todos nosotros juntos. Yo noté algo raro, la verdad, porque se suponía que ella estaba inconsciente y, sin embargo, bien que se le agarraba al cuello.

Entre vuelta y vuelta de mi cabeza, salí corriendo hacia ellos y él la tumbó en la orilla.

—Ha tragado mucha agua, hay que hacerle el boca a boca—me indicó, dispuesto a comenzar.

—¿Tú sabes? —le pregunté yo, pensando que ella había elegido la mar de bien, y nunca mejor dicho, porque Mark era el dueño de unos de esos gruesos y aterciopelados labios que reviven a un muerto.

—Sí, sí, no te preocupes. También tengo el curso de socorrista—me indicó mientras se preparaba.

Él estaba demasiado nervioso para verlo, pero ni a Beth ni a mí se nos pasó por alto que la jodida de la niña, justo cuando iba a empezar con la maniobra, le puso morritos.

Yo me quedé a cuadros, ¿es que se lo estaba inventando? El golpe se lo había llevado, pero para mí que Romina no había tragado agua.

Con todo y con eso, tardó en reaccionar a la maniobra, porque la niña lo que estaba era en la gloria, mientras a Beth le salía una risilla maliciosa, y mucha gente de la que había en la playa en ese momento hacía un círculo en torno a nosotros.

Cuando buenamente le pareció, comenzó a toser, más falsa que una moneda de tres euros, y entonces lo cogió del cuello.

—¡Mi héroe! —exclamó mientras el chaval se llevaba la mano a la frente porque había sudado la gota gorda.

—Menos mal que te despiertas, bonita. Qué susto me has dado…

—Y hablando de dar, ¿tú me vas a dar tu teléfono o tengo que volver a tirarme contra tu tabla? —le preguntó ella y él dio un salto atrás, a sabiendas de que era menor. Por Dios que parecía Bill Clinton bailando *La Macarena*.

—¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Te has tirado contra mi tabla a propósito? ¿Tú estás loca? —se asustó y negando con la cabeza, se marchó, como si la chica fuera el mismísimo diablo y le pudiera buscar la ruina, aunque esa última parte sí que era cierta.

Beth se le acercó y ella le sonrió maliciosa, lo mismo que a mí.

—¿Se puede saber lo que has hecho? ¿Tú estás loca? —le pregunté.

—Ganarme un morreo y de los de campeonato, ¿es que no lo has visto? Tenía que haber fingido un poquito más, que se me ha hecho corto.

—Pues yo la próxima vez me subo contigo en la tabla y que nos morree a las dos. —Se autoinvitó Beth, que era otra más larga que un día sin pan.

—A vosotras… A vosotras dos os voy yo a atar en corto, ¡y con una cuerda! Cielo santo, no es normal, lo que hay que ver—negué también con la cabeza porque los chavales eran más peligrosos que una caja de bombas.

—Es que no se las puede dejar solas—decían los cuatro chicos, mientras veían pasar a una socorrista con más delantera que Pamela Anderson y solo me faltaba ponerles un babero, ¡qué cruz!

Esa noche dormí de un tirón, el día no podía haber sido más movidito…

La madre de Izan me estaba tocando las narices esos días y me había puesto algún que otro mensaje al que solo le contesté con un Emoji del dedo corazón, cosa que le hacía ponerse peor aún y comenzar a mandarme audios de todo tipo.

Para Sophie era que yo ya no estaba ni me veía con su hijo, se pensaba que no le podía enseñar nada de lo que estaba pasando y nada que ver con la realidad, se lo podía reenviar tranquilamente, pero no me daba la gana porque mi propósito con Izan era dejarlo continuamente en visto.

Ya habían pasado cinco días desde la última vez que lo vi y por momentos sabía que me iba desprendiendo de esa necesidad de tenerlo entre mis brazos, no por eso dejaba de echarlo de menos ni lo deseaba, todo lo contrario, lo amaba con todas mis fuerzas, pero también cada vez tenía más claro que se acabó el que jugaran conmigo. Mis fuerzas y ganas de comenzar de cero y de vivir para mí, podían con todo.

Nunca pude imaginar lo que cambiaría mi vida de la noche a la mañana desde aquel momento que Izan partió mi tabla en dos con el coche.

Una nueva mañana y la tenía libre, y es que hasta el día siguiente no tenía de nuevo las clases de surf así que me fui a desayunar con Patty que tenía turno de tarde, para luego irme a hacer unas compras que me hacían falta para la casa.

—Siéntate que tengo un chisme en toda regla. —Dio unos golpecitos a la silla, pero en ese momento apareció Rebeka con nuestro desayuno y le di dos besos antes de sentarme.

—Ahora, cuenta —dije emocionada cuando Rebeka se marchó.

—La mujer de Devis le pilló con otra y fue al hospital a montarle un numerito y lo ha dejado en la calle.

—¡¿Qué dices?! —No podía cerrar la boca del asombro.

—Por lo visto fue un espectáculo el que se montó ayer en el hospital y no solo eso, que comenzaron a salir más amantes que decían que pensaban que eran especiales.

—Qué fuerte me parece.

—Asco, le estoy cogiendo asco a ese tío.

—Y yo que me alegro, sinceramente no me gustaba verte con él y sabía que todas sus palabras se las iba a llevar el viento, vamos, como a mí, ninguna de las dos nos dimos cuenta de que nos estaban engañando —negué volteando los ojos.

—Pues todo esto que nos haga más fuertes.

—Eso es, a la mierda los hombres —nos reímos.

Bueno, que era fácil decirlo, pero que las dos aún seguíamos con el corazón muy tocado, como decía la nueva canción de Karol G, *Mañana será bonito*.

Nos fuimos al súper, eso sí, antes nos detuvimos en una tienda de ropa que tenía preciosidades y a muy buen precio. ¿Qué tal sería darme un capricho? Pues genial y es lo que hice en cuanto mi mirada se cruzó con un vestido blanco muy veraniego que tenía un escote precioso.

—Te lo regalo —dijo Patty cogiéndolo.

—Que va, de eso nada, esto lo pago yo. —Hice el intento de quitárselo de las manos.

—Por Dios, que me apetece regalarte algo.

—Y a mí otras cosas y no por eso las hago, demasiado que me habéis invitado a millones de desayunos y comidas.

—Eres tonta desde que ibas en los huevos de tu padre. —Me lo quitó con fuerza y se puso delante de la cajera sin dejarme espacio para pagar ella.

—Gracias —le dije cuando salimos y le di un beso.

La comida la tenía hecha, así que después de la compra en el súper nos fuimos a mi casa y comimos, luego se marchó.

Capítulo 30: Izan

Una semana había transcurrido desde que me fui del hospital alejándome de Jana. Siete días completos en los que mis días se habían cubierto de tristeza. Los primeros me aislé hasta tal punto que no había salido de casa, pasando el tiempo entre mi habitación, la piscina y la playa sin querer tener contacto con nadie, hasta casi finalizar la semana que no tuve más remedio que hacerlo y de qué manera.

Y pensaréis… pues menudo chollo disponer de ello ya que viéndolo desde fuera tenía todo lo que se podía desear, pero no, os puedo asegurar que cuando la tristeza te embarga hasta el punto en el que yo la sentía, creedme que nada de eso tiene valor ni sentido. Hubiera cambiado en un pestañeo todo lo que tenía por tener a Jana junto a mí, solo a ella, fuera dónde fuera.

No atendí ni a llamadas, solamente había utilizado el móvil para lo urgente por trabajo, para enviarle mensajes a Jana para desearle los buenos días y las buenas noches insistiendo en algunos detalles de mis sentimientos, sin respuesta por su parte para mi pesar. Y varias veces cuando me fallaron más las fuerzas me había puesto en contacto con sus amigas, hasta ahí, todo lo demás me dio igual.

Pero lo sabía, era consciente de que Jana pasaría de mí por la decisión que había tomado y en el fondo me reconfortaba verla fuerte llevando

su convicción hasta el final, porque eso significaba que podía enfrentar lo que se le viniera encima, aunque me jodiera que pasara de mí estaba en paz y tranquilo ante esa actitud.

Cada vez que le había escrito lo había hecho con la añoranza, la ilusión y la esperanza recorriéndome el cuerpo. Solo quería que sintiera que seguía estando ahí, para ella, pero sin agobiarla. No sé si lo había conseguido, pero ese había sido el único fin de hacerlo.

Y no solo eso, había visto todas sus apariciones en las que los periodistas la habían acosado y agobiado, sacando una nueva Jana enfrentando la situación y comiéndose el mundo. Le estaba echando todo el valor y no podía sentirme más orgulloso de ella, incluso con lo referente a mi madre.

Con ella tuve más que palabras por los comentarios que hizo a la prensa acusándome de que era un picaflor y menospreciando a Jana, lo que me dejó totalmente descolocado porque sabía de sobra cómo era yo. No podía dejar de pensar en si no la había tenido en un pedestal, del que fue cayendo ante mis ojos por todo lo que vino después.

Y es que me di de frente con varias realidades que me tocaron los cojones hasta hacer lo que jamás pude imaginar. Durante los días que habían pasado no fueron pocas las cosas que habían sucedido…

—Brooklyn —dije su nombre llegando hasta él, mientras limpiaba uno de los coches, tres días después de mi despedida con Jana.

—¿Sí? —Giró hacia mí cortando el agua de la manguera.

—¿Qué hay de nuevo sobre lo de Camila? —Quise saber ansioso.

En ese punto todavía no tenía noticias por parte de él, para darle

encuentro, lo que haría en cuanto Brooklyn me diera la información que necesitaba desesperadamente. Me había martirizado yo mismo viendo en bucle el jodido vídeo y cada vez que lo hacía me desconcertaba más, cubriéndome de rabia sin entenderme a mí mismo. Necesitaba respuestas y hasta que no las consiguiera no pararía, me llevara por delante a quien fuera, aunque fuera yo mismo el perjudicado.

—Estoy en ello, casi la tengo. —Me miró preocupado.

—Deja de mirarme así. —Me aparté de él.

—Lo siento, no tienes buen aspecto, estoy preocupado —se excusó.

—No tienes que estarlo, estoy jodido pero vivo. —Apreté la mandíbula intentando interiorizar mis propias palabras—. El casi la tengo ¿qué significa? —Volví a ponerme de cara a él.

—Se ha movido bastante durante la semana y siempre que he intentado dar con ella se me ha escurrido. Imagino que está haciéndolo por la repercusión que ha tenido el vídeo. El móvil lo localicé el primer día, pero cuando me puse a rastrearlo dejó de funcionar mandando a la mierda mi intento. Estoy a punto de dar con ella, solo es cuestión de horas, bueno mis hombres. —Se refirió a los que trabajaban para él en su empresa—. En cuanto eso suceda me encargaré personalmente de ello, dejando a los demás a un lado.

—Vale —asentí soltando un suspiro.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que te lleve a algún lado? Te vendría bien salir de aquí.

—No, lo que necesito no lo puedo tener —solté con rabia.

—Todo se arreglará. —Intentó animarme, como había hecho desde que volví del hospital.

—Ya no sé una mierda. —Me pasé las manos por el pelo, nervioso—. Pero si algo te puedo asegurar es que voy a llegar hasta el final de todo.

—Lo haremos, no estás solo —aseguró acercándose a mí, apretándome un hombro.

—Lo sé —le sonreí girando hacia él—. Gracias Brook.

Después de asentirme caminé hacia el interior de la casa, directo a mi habitación. A partir de ahí todo cobró un nuevo sentido. Al día siguiente, el jueves desde bien temprano, Brooklyn vino en mi busca confirmándome que tenía localizada a Camila por dos días completos, en los que no se podía mover de donde estaba ya que tenía que asistir a un pase de modelos de una firma de prestigio, y no hacerlo le costaría más caro que soportar todo lo que se le echaría encima al aparecer ante la prensa.

De vuelta a Miami, pensé recostado en el asiento del avión. Allí estaba Camila y en cuanto tuve la información de Brooklyn no tardé en montar un viaje exprés con él y Peter a mi lado.

Los datos eran correctos y dimos con ella rápido, desde la distancia ya que llegamos a media tarde hasta su ubicación y estaba liada haciendo su trabajo. Las horas que pasaron hasta bien entrada la noche, dejando un margen de tiempo en el que la seguimos hasta el hotel en el que se hospedaba, se me hicieron eternas.

—Ha llegado la hora —hablé dentro del coche, donde Brook y yo nos habíamos mantenido esperando mientras Peter hacía guardia en la puerta principal para que no saliera Camila sin nosotros saberlo, ya

que hacía casi una hora que se había escondido en el hotel.

—No te digo de acompañarte porque no vas a querer… pero te puedo seguir hasta la puerta por si se ha colado algún periodista.

—Me la suda encontrarme con alguien, a quien se le ocurra hacerlo me lo llevo por delante —solté con rabia abriendo la puerta y saliendo —. Y no creo que eso suceda con lo que me habéis dado —negué con la cabeza provocándole una carcajada.

—Te espero aquí. —Fueron las últimas palabras que escuché de él antes de cerrar la puerta y caminar decidido hacia la habitación que me había dicho Brook, en la que encontraría a Camila.

Nervioso, en el ascensor me puse una gorra y unas gafas de pasta para pasar todo lo desapercibido que pudiera porque la opción de unas gafas de sol de noche y en el interior de un hotel hubiera dado el cante. Intenté no reír porque mi aspecto desde fuera era de risa, como pude comprobar en el espejo del ascensor mientras subía hacia la recepción.

Y es que no era solo una gorra, a Peter no se le había ocurrido otra brillante idea que adaptar la gorra con una peluca de color negro que me llegaba por encima de los hombros. Idea que surtió efecto en cuento pasé por delante de recepción sin que nadie me prestara atención, subiendo a la primera planta por las escaleras, la que era mi destino.

Normal que nadie me reconociera, pensé, hasta yo mismo no lo hubiera hecho. Delante de la puerta di varios golpes en ella, y esperé buscando la paciencia que a esas alturas me escaseaba, lo que no tuve que hacer mucho porque enseguida se abrió de par en par con una Camila agrandando los ojos en cuanto me quité toda la parafernalia que llevaba.

—¿Qué…? —pegó un pequeño chillido e intentó cerrarme la puerta en la cara, lo que no consiguió al bloquearla yo con la mano.

Sonriendo de medio lado, entré cerrando tras de mí. Sin salir del asombro ella tragó saliva y caminó de espaldas hasta chocar con la cama.

—No sé qué quieres, pero todo lo que se ha liado no ha sido mi culpa… —negó con la cabeza.

—Déjame que eso lo averigüe por mí mismo. —Se me borró la sonrisa —. Solo pretendo saber tu jodida versión de lo sucedido porque yo no tengo cojones a recordar nada.

—¿No lo recuerdas? —Se sorprendió.

—No —confirmé—. He perdido mucho, demasiado por las imágenes que captaron de nosotros y hoy en día todavía estoy preguntándome a cuento de qué vinieron.

—¿Por qué tanto interés en aclararlo? No le des importancia y esquiva todo como hago yo, se acabarán olvidando. No hay nada entre nosotros y no pretendo nada, solo seguir con mi trabajo.

—Porque he fastidiado lo que más quiero, por eso. Estoy enamorado, Camila. ¿Unes los cabos?

—No lo sabía, yo… si lo hubiera hecho te hubiera frenado esa noche —bajó la mirada hacia abajo—. Había escuchado rumores y visto algunas imágenes, pero por tu actitud pensé que no era nada serio, no sé…

—¿Frenado? ¿Me estás diciendo que fui yo el que me lancé a ti? —

solté desconcertado.

—No te acuerdas —confirmó lo que le había dicho.

—Ya te he dicho que no. —Me pasé las manos por el pelo.

Se dejó caer en la cama bajando la mirada, como pensativa y yo me mantuve sin hablar dándole esos minutos porque podía notar que todo lo que me había dicho hasta el momento era verdad. No se la veía una mujer aprovechada y vivía de su profesión.

La teoría que me había montado en la cabeza se desquebrajó en ese mismo instante, lo que acabó por hacerse trizas en cuanto volvió a hablar.

—Noté que había algo raro, no me cuadró, pero cómo iba a imaginar que…

—¿Qué quieres decir? —Di un paso hacia ella acortando la distancia.

—Izan, tienes que creerme, por favor, lo que te voy a contar, yo… no sé si lo harás.

—Hazlo, prometo ser objetivo y no perder los nervios. Nunca nos hemos conocido hasta hoy porque la noche de la que estamos hablando ni la cuento ya que no me acuerdo. Me estás mostrando una cara que por ahora me da confianza. Por favor, continúa.

Con una mirada agradecida se levantó de la cama y fue hacia un sofá que había al lado de una ventana, pidiéndome con la mirada que la siguiera para hablar. Así lo hice, me senté a su lado, girado hacia ella mientras los dos quedábamos frente a frente.

—No soy una cazafortunas, no me interesa la fama a no ser que me

sea dada por mi pasión: el modelaje. Conseguí mi sueño de hacerme modelo profesional con mucha honra y tengo una buena vida por ello.

—Lo sé, hemos coincidido en varias fiestas cuando finalizan los rodajes, siempre te invitan a ellas.

—Sí y es de agradecer porque me aporta más trabajo, del bueno, eh. —Me miró con la suplica en la mirada para que la creyera y asentí—. A ver cómo te digo esto, porque si en su momento me descolocó, aunque le quité importancia… ahora ya me ha dejado que no sé ni cómo explicarme.

—Empieza por el principio, solo necesito saber la verdad —le pedí transmitiéndole la calma que yo no tenía.

—Una hora antes de asistir a la fiesta llegué al hotel de hacer unas compras y una mujer me paró antes de entrar, tu madre según me dijo. —Tragó saliva.

—¿Mi madre? —Agrandé los ojos.

—Sí, me confirmó que era ella, hasta me enseñó algunas fotos contigo en su casa, diciéndome su nombre completo por si quería confirmar que era cierto, lo que hice en cuanto subí a mi habitación para quedarme tranquila y asegurarme que no era ninguna loca.

—¿Qué cojones…?

—Tu madre sabía que asistirías a la fiesta esa noche…

—Sí, yo mismo se lo dije cuando la llamé después de salir del rodaje, cuando la informé que al día siguiente volvía a California.

—Pues eso, que lo sabía. Se presentó delante de mí diciéndome que no

había podido hablar contigo otra vez para decirte que tenía las pastillas que se te habían acabado y le habías pedido. Yo no entendí mucho la situación porque no nos conocíamos de nada tú y yo, ni mucho menos para ese tipo de confianza, pero di por hecho que algún tratamiento que tomabas se te había acabado y que era realmente importante y al no poder contactar contigo llegó hasta mí.

—¿Un viaje tan largo solo por unas putas pastillas? ¿Después de haber hablado conmigo y no decirme que estaba aquí? ¿Por qué tú? —pregunté con voz grave sin poder frenar el decir todo lo que iba pensando, al límite de estallar por todo y por lo que vendría después.

—No lo sé, la verdad —negó con la cabeza—. Mis imágenes y mi nombre salen habitualmente en la asistencia de esas fiestas, ya lo sabes. Como bien has dicho siempre estoy invitada y me veo en la obligación muchas veces de asistir porque hay momentos en los que me quedaría descansando.

—Entiendo, las demás modelos van rotando —asentí—. ¿Qué más te dijo? —Me incorporé porque ya no podía mantenerme quieto, yendo de un lado al otro de la habitación.

—Solo que te las hiciera llegar. Le dije que yo solo podía verte cuando coincidiéramos en la fiesta y no podía entrar con pastillas. Sabes el control que hay al principio, aunque después dentro circule de todo, a saber, de dónde, pero de cara a la galería y a la prensa no dejan pasar ni el más mínimo detalle en la entrada, nadie quiere salir salpicado si sucede algo dentro. A puerta cerrada lo que sea, pero hacia fuera hay muchas restricciones.

—Lo sé. —Giré hacia ella—. ¿Qué putas pastillas eran? Porque desde que tengo uso de razón solo tomo paracetamol o ibuprofeno esporádicamente.

—Lo siento, no lo comprobé porque al decirle que no podía entrarlas solo sacó una y la metió dentro de un pañuelo. No vi cómo se llamaban y no sabía esos datos que has dicho, pero lo he dado por hecho al tenerte aquí y querer saber lo que sucedió, sin que tengas recuerdos de esa noche. Lo he visto todo claro por tu actitud y aún me cuesta de creer que tu madre obrara así… —bajó la cabeza afectada.
»Poco más te puedo decir, solo que ante mi negativa insistió y terminé accediendo, pidiéndome por favor que entrara a la fiesta y que te la echara disimuladamente en la bebida sin que nadie se diera cuenta para que yo no tuviera problemas. Así se quedaría tranquila y al día siguiente ella misma te daría el resto para que las tuvieras.

—Me drogó. —Me pasé las manos por la cabeza, desesperado, sin poder creerme lo que mi propia madre había hecho en contra de mí, había viajado expresamente para joderme la vida.

—Por lo visto sí. Hice tal y como me dijo, como también que no te dijera nada al hacerlo. No sé cómo lo di por bueno, simplemente no pregunté, era tu madre, joder —soltó con rabia apoyando la cabeza en sus manos, agachándose.

—¿Qué sucedió esa noche? Con nosotros. —Hice hincapié en lo último.

—Nada más que lo que salió en el video, te lo juro. —Se incorporó nerviosa—. Me acerqué a ti como suelo hacerlo con todos los que asisten a esas fiestas, pero sin ninguna intención, solo lo hago porque a veces he conseguido un buen trabajo por ese motivo. Siempre conozco a gente importante e incluso he hecho buenas amistades. —Tragó saliva.
»Estabas en la barra tomando algo sin prestar atención a la copa y vi la oportunidad perfecta para meterte la pastilla mientras hablabas con varios amigos. Hasta ese momento estuviste normal, pero al poco tiempo tu actitud cambió sorprendiendo a varios. En una de las veces que pasé por tu lado me agarraste de la cintura y me besaste. Yo a

esas alturas iba bastante achispada y me dejé llevar porque no voy a negar que eres un hombre atractivo y cualquier mujer se sentiría alagada.
»Después de eso nos sentamos en una mesa y empezamos a hablar de tonterías. Tú cada vez te desinhibías más y yo, no lo sé, me sentí a gusto. No suelo actuar así y mucho menos sabía que nos estaban observando y grabando, lo siento.

—No hace falta que lo remarques más, te he visto en muchas fiestas y en todas has sido correcta Camila —aclaré para que se relajara.

—Gracias —me sonrió tímida—. Ya solo me quedaba decirte que pasó lo que viste en el vídeo. Después de eso, al cabo de una hora más o menos, empezaste a venirte abajo, te relajaste tanto que te quedaste dormido en un sillón. Yo misma avisé para que te llevaran a tu hotel. Solo nos besamos, te lo puedo asegurar, no hubiera dado pie a nada más allí, ante tantas miradas. —Se frotó las manos, nerviosa.

—Gracias, Camila —dije y fue de corazón, descubriendo a una mujer con principios y muchos valores.

Caminé hacia la puerta dándole vueltas a todo, asumiendo la mierda que había detrás de todo lo que me había sucedido.

—Izan ¿qué vas a hacer? —Llamó mi atención con la puerta abierta, a punto de salir.

—Tomarme la justicia por mi cuenta, me importa una mierda hacia quien vaya dirigida, conmigo no juega nadie. —Apreté la mandíbula, girando un poco hacia ella—. Te vuelvo a dar las gracias, Camila. Que tengas un futuro prometedor en tu profesión, no sé si nos volveremos a ver, lo dudo, pero si eso sucede te saludaré tan normal. Me llevo muy buena impresión de ti.

—Gracias, igual te digo. —Escuché casi en un murmullo porque ya había salido y caminaba por el pasillo.

Corriendo, así bajé las escaleras, con rabia, ansiedad y asco, pero, sobre todo, con un destino aún más claro que el que me llevó a Miami al encuentro de Camila.

Capítulo 31: Izan

Brooklyn y Peter no salían del asombro desde que les conté la verdad de lo sucedido. Como idos hicieron el viaje de vuelta y yo, pues os podéis imaginar, la rabia estaba acabando conmigo y como no la sacara explotaría en cualquier momento.

Estaba tan desconcertado, no conocía una puta mierda a la mujer que me parió y el dolor que me había provocado con sus actos y con su premeditación no se lo perdonaría en la vida. Solo me faltaba saber si mi padre iría en el mismo saco, porque no dudaría en cortar todos los lazos con los dos.

Mis cojones solo los tocaba yo o quien yo quisiera. Hirviendo, así llegué a mi casa en California, una parada obligada ya que iba a presentarme en casa de mis padres yo solo.

En cuanto salí con el coche de mi propiedad, la ansiedad pudo conmigo, la que intenté frenar porque al llegar no iba a dar indicio de nada, queriendo saber hasta qué punto era capaz de llegar la mujer que decía ser mi madre, la que no actuó como tal buscando mi dolor y hundirme. Al menos esa era mi idea, después como se diera todo era otro tema.

Apagué el motor cuando llegué y necesité tomarme un tiempo antes

de salir. Mi mirada se fue hacia alrededor y rabia fue lo único que volví a sentir al verme allí. Soltando un suspiro salí, caminando hacia la entrada.

—Hijo. —Vino hacia mí mi padre en cuanto aparecí en el salón—. No sabía que vendrías.

—¿Está mamá? —pregunté sin cambiar el gesto serio con el que había entrado.

—Eh, claro, está arriba. —Hizo referencia a la primera planta, donde estaban las habitaciones—. ¿Sucede algo? ¿Alguna noticia nueva que tengamos que saber?

—Perfecto. Me lo reservo para contároslo a los dos —asentí y me senté cómodo en el sofá, mientras mi padre me miraba extrañado y salía en su busca.

En cuanto lo hizo cerré los ojos recostando la cabeza hacia atrás. Por mucha decisión que tuviera y la que llevaría a cabo, no dejaba de ser una putada muy grande el descubrir una mentira escondida de esa envergadura y de quién la había recibido. No pude evitar que me llegaran varios recuerdos de mi niñez, con los que apreté los ojos, impotente de rabia, sintiendo como mi vida familiar se había ido a la mierda y de qué manera.

En cuanto escuché sus voces los abrí, mirando hacia la puerta por la que no tardaron en aparecer.

—Cariño —dijo contenta al verme, caminando hacia mí—. Podrías haberme avisado, por las horas que son te quedas a comer ¿verdad? —Se paró delante de mí esperando que reaccionara, sin dejar de sonreír.

Si se extrañó o no, no lo supe porque no lo mostró, otro detalle que

afianzó la frialdad que tenía de serie porque no dudaba de que lo había hecho por la cara con la que la recibí. Me incorporé despacio sin dejar de mirarla, metiéndome las manos en los bolsillos.

—Hijo ¿estás bien? —Se acercó mi padre desconcertado al no reconocerme.

—Sí y no ¿queréis saber lo que me sucede? —Me salió una sonrisa irónica mirándolos a los dos.

—Tesoro, ¿qué te sucede? Si es que todo lo que está saliendo últimamente contra ti, no es nada bueno. Nunca habías sido noticia aparte de por tus películas y tus aficiones, y ahora todo el mundo sabe de ti.

—Y me pregunto por qué será… ¿alguna idea madre? —solté con guasa, pero no de la buena como podéis suponer.

—¿Yo? Qué voy a saber hijo. Lo que sale en esos programas basura, eso es lo que son para manchar el nombre de alguien como tú que no se lo merece —negó con la cabeza para reafirmar sus palabras.

—Izan —pronunció mi nombre mi padre, pidiéndome sin hacerlo que empezara a hablar.

—Os voy a contar una historia… —Caminé alejándome de ellos—. Resulta que un chico al que le suda la fama, pero que por su profesión no le queda otra que acarrear con ella… un día, inesperadamente, chocó con una joven que le robó el corazón desde el mismo momento en el que la vio ¿os suena? Seguro que no, continúo —me respondí a mí mismo sin dejarlos hablar.

A esas alturas los nervios de mi madre fueron visibles sin poderse estar quieta y mi padre, él solo me miraba entrecerrando los ojos sin

entender, al menos eso me pareció en ese momento.

—Como decía. Ese chico se enamoró perdidamente de una chica con unos valores y con un fondo que ya quisieran muchos tener ni una mínima parte de ellos. —Clavé la mirada en mi madre—. Resulta que esa chica, por desgracia, soportaba una carga muy dura. ¿Qué hizo el chico? Apoyarla y ayudarla en todo porque consiguió que ella lo aceptara, empezando una relación llena de amor. Lo que suelen hacer las personas cuando quieren a alguien. —No aparté la mirada de mi madre, intensificándola, motivo por el que tragó saliva. Un gesto que casi podría haber pasado desapercibido, pero para mí no.

»Resulta que todo iba bien, que la relación entre los dos avanzaba y que los problemas de la chica quedaban a un lado, nada podía con ellos… incluso el chico aplacó las dudas de ella cuando le comentó insegura si le había caído bien a sus padres ¿qué tontería verdad? La respuesta de él fue que estaba seguro de ello porque daba por hecho que unos padres siempre quieren la felicidad máxima para sus hijos, y al chico se le notaba desde lejos que así era. —Hice una pausa a propósito.

»Hasta que un ser sin corazón ni escrúpulos hizo todo lo posible por separarlos, llevando a uno de ellos a una situación vergonzosa, sin importarle sus sentimientos ni el dolor que le provocaría ¿Os sigue sin sonar? Esperad que aún no he acabado —dije con ironía.

»Resulta que la persona que menos se imaginaba el chico, le apuñaló por la espalda, su propia sangre. ¿Algo que decir Sophie? Porque sabéis de sobra que al que hago referencia es a mí mismo. Y perdona que no te llame mamá, pero desde hace unas horas para mí dejaste de serlo —solté con rabia, escupiendo cada palabra.

De los labios de mi madre salió un jadeo de la impresión, lo que no supe descifrar fue por cual de todos los motivos que había nombrado, ni me interesaba a esas alturas.

—Izan ¿qué estás diciendo? —Entrecerró los ojos mi padre y ahí me di cuenta de que él no tenía nada que ver con lo que había sucedido.

—Me acabas de confirmar que no sabías nada —asentí hacia él.

—¿Saber el qué? ¿Qué cojones está pasando aquí? —Dio un paso al frente nervioso, gritando.

—Tu querida mujer, se encargó de joderme la vida, a mí, al que supuestamente es su hijo. Veneno tiene en las venas y como comprenderás esto es un adiós definitivo —le confirmé a mi padre que agrandó los ojos—. Viajó hasta Miami, sola —remarqué al ver el desconcierto en mi padre—, seguro que se inventaría algo de cara a ti ¿estoy en lo correcto? —Después de la confirmación de mi padre con un gesto, continué como me pidió—. Provocó que me drogaran a saber con qué mierda en la fiesta del final del rodaje y de ahí mi escena bordada en el video que circuló con la modelo, la que también se encargó que grabaran.

—¿Qué hiciste qué? —gritó mi padre encogiendo a su mujer, acercándose a ella amenazante— ¿Cómo has podido? ¿En qué te has convertido?

—Mi tiempo aquí ha acabado y mejor que me vaya porque como esta se dirija a mí ahora mismo no controlaré —solté con rabia acercándome hacia ella también—. Te juro por lo más sagrado que como te vuelva a ver no respondo de mí. Me has jodido hasta el punto de aborrecerte.

Fueron mis últimas palabras antes de pasar por su lado y salir de allí. Asfixia, eso es lo que sentí hasta que estuché sus gritos.

—La culpa es solo tuya —soltó con asco—. ¿Cómo se te ocurre liarte con una mindundi? Tú, un actor de éxito y con dinero desorbitado. Eres tú el que me has llevado a hacer todo ya que la amenaza que le hice a esa buscona en su propia casa tampoco surtió efecto.

Con los ojos nublados por la ira me giré y caminé hacia ella, sujetándola de un brazo mientras se hacía más pequeña con expresión de miedo al verme así. Soltó un quejido que no correspondía a la fuerza que hice al cogerla ya que no fue mucha, pero por lo que se veía ella sí que era buena actriz.

—¿Qué has hecho qué? No tengo calificativos para describirte, eres una desgraciada y se me llena la boca al decirlo. Olvídate de que existo, para mí ya no lo haces. Como vuelva a saber que das un paso más dirección a Jana, como vuelvas a menospreciarla… te juro que lo lamentarás el resto de tu vida —escupí con rabia, soltándola de golpe.

Antes de darme la vuelta miré a mi padre para saber a lo que atenerme. Me fui conforme cuando asintió con cara de tristeza, pero aprobando todo lo que había hecho y dicho.

Sin mirar atrás llegué hasta el coche con la intención de no volver a pisar ese lugar en lo que me quedaba de vida. Abrí la puerta con rabia e iba a entrar cuando la voz de mi padre me frenó.

—Izan —pronunció mi nombre.

Me giré hacia él y lo vi caminar hacia mí, con la cara descompuesta y contraída.

—No sé qué decirte hijo, no sabía nada de toda esa mierda —se justificó.

—No hace falta que lo hagas, me lo has dejado claro —asentí—. Si me disculpas, no soporto estar más aquí. Cuando quieras nos podemos ver tú y yo donde sea, pero todo lo que he dicho ahí dentro —señalé con la cabeza la casa—, lo llevaré hasta el final.

—Lo entiendo de sobra y no sería yo el que te pidiera que lo pensaras. La barbaridad que ha cometido tu… Sophie no se la voy a perdonar ni yo. No sé por dónde saldrá todo esto a partir de hoy, pero no tengo estómago para vivir bajo el mismo techo con una persona con tanta maldad.

—Me alegra escuchar eso, no te merece —asentí.

—Estoy para ti siempre que quieras y necesites, hijo. —Se acercó dándome un abrazo, el que correspondí—. Todo esto me ha hecho abrir los ojos y hay algo muy importante que tienes que saber, demasiado tiempo lo he tapado y ha llegado la hora de decir la verdad.

—¿A qué te refieres? —Arrugué el gesto sin saber la otra bomba que estaba por estallarme.

—Ven —soltó un suspiro caminado hacia el jardín y lo seguí—. No sé cómo te tomarás esta mentira —continuó cuando nos sentamos en un balancín, cerrando los ojos—. Mi opinión nunca valió, nunca fue suficiente y fui un gilipollas que ha mantenido una mentira que tu madre me impuso y que me ha pesado cada día —negó con la cabeza —. Estoy cansado y sabiendo lo de hoy… no somos tus padres biológicos, hijo. —Me miró con la vista nublada—. Te juro que he estado tantas veces por decírtelo, pero cuando quería hacerlo tu madre se inventaba cualquier excusa, como para protegerte y que no sufrieras un golpe como ese.

—¿Qué cojones dices? —Agrandé los ojos.

—Lo que has oído, que no somos tus padres biológicos, pero quiero hacer hincapié que para mí siempre fuiste mi hijo, de verdad, aunque no tuviéramos la misma sangre. La adopción no fue todo lo legal que tenía que ser, a pesar de ello todo se tramitó por la ley como si lo

fuera, ya que sabes que con dinero se compra todo —negó con la cabeza.

—¿Me estás diciendo que tengo otros padres? —Me levanté de golpe, más nervioso aún.

—Madre, que yo sepa ella por aquel entonces no sabía nada de tu padre. La abandonó al poco de enterarse que estaba embarazada. Lo siento hijo, si me permites seguir llamándote así.

Me alejé de él dejándolo cabizbajo, sin poder frenar mis pasos. Estaba tan al límite que quería arrasar con todo lo que tuviera cerca. Me paré en cuanto sentí que no podía respirar, inclinándome, apoyando las manos en las rodillas. Una vida de mierdas y mentiras, eso es lo que había vivido y no había tenido ni puta idea de ello hasta ese momento.

En cuanto sentí que en esa posición me faltaba más el aire me incorporé intentando llenarme los pulmones de aire. No sé el tiempo que pasé, hasta me senté en la hierba al sentirme mareado por tantas impresiones. Acabé mirando a mi padre que tenía los ojos puestos en mí y sentí pena por él, esa fue la realidad, porque convivir con la víbora que había dentro de su casa no quería ni imaginar que había supuesto.

Soltando un suspiro me levanté y me acerqué a él, quedando de pie enfrente.

—¿Quién es? Necesito saberlo —le pedí.

—Contaba con ello, te ayudaré en todo —me sonrió triste—. No te puedo dar muchos datos, solo su nombre de pila y en el hospital en el que dio a luz, en el que naciste, pero estoy seguro de que es lo suficiente para que Brooklyn abra una vía de investigación que te

llevará hasta ella.

—Voy a encontrarla —aseguré—, pero quiero que sigas estando en mi vida —aseguré—. Me has demostrado mucho más de lo que piensas hoy. Para mí eres mi padre, con todas las letras.

—Hijo, lo siento tanto, yo… —se incorporó llorando, emocionado, y lo agarré de un brazo atrayéndolo hacia mí.

Nos fundimos en un abrazo soltando toda la rabia acumulada. A pesar de las palabras que le había dicho me costaría asumir toda la información, pero sabía que había una gran verdad en lo que le había dicho, que era mi padre, el que nunca me falló, el que siempre estuvo celebrando todos mis logros y levantándome cuando lo necesité. Sabiendo cómo manipulaba su mujer todo, sentí lástima por su vida, pero sabiendo que tomaría las medidas necesarias a partir de ese momento. Lo conocía, de él sí que podía asegurarlo, y sabía que no tardaría en divorciarse de esa mujer, a la que me negaba nombrar.

En cuanto nos separamos me prometió hacerme una visita pronto para explicarme con más calma todo. Nos despedimos al lado de mi coche después de facilitarme los datos que me había dicho de mi madre biológica y salí de allí.

Apreté el volante, ni os puedo explicar todos los sentimientos que había acumulado. Me sentía tan sobrepasado por todo… si hubiera intentado indagar sobre las palabras de Jana, cuando la sentí indecisa referente a mis padres en la cena que le preparé en la orilla de la playa.

Lo que no había conseguido ver yo ni descifrar, lo había hecho ella en solo unas horas que tuvo contacto con mi madre, porque tenía claro que su inseguridad desde el principio fue provocada por ella.

Capítulo 32: Izan

Fin de semana por delante y con otra semana de vacaciones hasta que empezara de nuevo el rodaje.

El sábado lo pasé medio ido y metido en mi mundo, después de todos los palos que recibí el día anterior no fue para menos. A Brooklyn, a Peter y a Jason, por la unión que tenía con ellos, los informé en cuanto llegué a casa. Después de sus sorpresas, después, solo tuve ganas de desaparecer pasando horas interminables en mi habitación.

Antes de que eso sucediera, en privado puse en aviso a Brooklyn de los pocos datos que me había podido facilitar mi padre sobre la identidad de mi verdadera madre. Le pedí que fuera lo más cauto posible, aunque sabía que no hacía falta hacerlo, como bien me remarcó.

Con todo en marcha y a la espera de sus noticias desaparecí para todos, hasta para mí mismo.

Tumbado en mi cama, el domingo por la noche, de la que poco había salido, estaba cambiando de canales porque en ninguno encontraba nada que me interesara ver, cuando un mensaje en mi móvil me hizo mirar hacia él.

Lo había tenido en silencio, pero opté por quitarlo por si Brooklyn me informaba de algo nuevo. Me incorporé en la cama y comprobé antes de que se apagara la pantalla que era un mensaje de un número que no tenía grabado y no reconocía. Lo cogí y lo desbloqueé, entrando en él:

Camila: *Buenas noches, Izan. Perdona que te moleste. Soy Camila. Si te preguntas como sé tu número lo he pedido expresamente para notificarte lo que te voy a decir ahora mismo, era urgente y tengo varios conocidos que tenían tu número y me lo han facilitado, sabiendo que en cuanto te enviara este mensaje no te molestaría más. Me conocen de sobra y les expliqué el motivo por el que quería hablar contigo… pon el canal ocho a partir de ahora y lo entenderás todo. Lo siento.*

Extrañado leí varias veces el mensaje e hice lo que me pidió intrigado. En cuanto la tele cambió de canal las palabras que escuché me dejaron atónito, haciendo que me incorporara en la cama, arrastrándome y quedándome sentado en el borde.

—Buenas noches. —Se presentó el presentador de uno de los programas del corazón de máxima audiencia—. Esta noche tenemos una primicia sobre el actor Izan Williams que no dudo de que os resultará interesante. Yo de vosotros estaría atento a la bomba que estáis a punto de saber, nos vemos en cinco minutos.

Desconcertado cogí el móvil y le escribí a Camila.

Yo: *¿Qué significa lo que acabo de ver?*

No obtuve respuesta ni se conectó más. Volví a prestar atención a la tele, subiendo el volumen y esperando a que los anuncios que habían metido terminaran, nervioso por lo que pudiera ver cuando volviera a aparecer el presentador. Por Dios, pensé, que no fuera una nueva jugarreta del destino porque no sabía si podría soportar tantos palos o

a quien me llevaría por delante.

—Buenas noches, ya estamos de vuelta —volvió a hablar el presentador—. Como ya os he adelantado, esta noche tenemos una primicia del actor que es tendencia ahora mismo. Nos hubiera gustado tener en el plató a la persona que hemos entrevistado, pero por su petición expresa, la entrevista fue grabada a puerta cerrada el día de ayer. Tomar buena nota, porque no tiene desperdicio.

Después de un minuto en el que metieron música y se veía de fondo al presentador que había hablado, la imagen cambió y apareció el mismo hombre con Camila enfrente de él, en otro escenario diferente, sentada recta y serena. Agrandé los ojos y me levanté de la cama corriendo, sentándome en el suelo al lado de la tele.

—Buenas noches, Camila.

—Buenas noches —sonrió ella.

—Déjame presentarte para quien no te conozca, aunque creo que será la minoría. La mujer que tengo el placer de entrevistar es Camila Brown, modelo de prestigio, muy reconocida en la prensa por sus innumerables trabajos. Antes de entrar en el tema que vamos a tocar quería preguntarte sobre cómo va tu carrera.

—Gracias —le sonrió nerviosa—. Muy contenta de poder dedicarme a mi pasión, sin tiempo para tomarme un descanso, pero feliz. Tengo muchos proyectos pendientes para una larga temporada.

—Me alegro, tu entusiasmo se refleja en los ojos al hablar de ello. Se nota que eres una chica sencilla. La impresión que das sin conocerte corresponde y se afianza en las distancias cortas.

—Muchas gracias —se sonrojó.

—Bueno y ahora vamos a entrar en el tema que te ha traído hasta aquí. Vienes a hablar de Izan Williams, el famoso y conocido actor. Los espectadores opinaran como yo, que las imágenes que salieron de vosotros dos nos impactaron. No es muy habitual por no decir que, ninguno de vosotros dos sois dados a ese tipo de acciones. Siempre mantenéis la seriedad ante las cámaras y por parte de Izan Williams no suele dejarse ver en esas situaciones, pero imagino que lo que tú nos cuentes nos dará una nueva visión.

—Lo primero que quiero decir es que si por mí hubiese sido hubiera seguido manteniendo silencio, pero después de saber unos hechos, no puedo consentir que señalen a una persona inocente con el dedo por un acto del que no fue consciente.

—¿A qué te refieres Camila? —preguntó el presentador con cara de interrogación.

—Como bien has dicho, tanto Izan como yo nos debemos a nuestro trabajo y todo lo que salga de esos límites no va con nosotros. Nuestra vida privada es eso, privada. Lo que voy a contar es algo que me ha costado asimilar y no quiero ni pensar cómo lo recibió la otra parte. La noche de la fiesta, Izan perdió el control de sí mismo sin saber lo que hacía por mi culpa, lo drogué…

—¿Me estás diciendo que drogaste intencionadamente a Izan Williams?

En mi habitación, delante del televisor, la puerta se abrió de golpe dando paso a Brooklyn y a Peter que entraron poniéndose a mi lado. Yo no pude apartar la mirada del televisor sin poder salir el asombro de todo lo que estaba escuchando. Agradecido al máximo con Camila al escuchar la entrevista completa.

Después de la última pregunta del presentador, sorprendido, Camila se dedicó a relatar todo lo que sucedió aquella noche, sin dejarse ni un mínimo detalle, tal como hizo conmigo. El silencio la acompañó mientras hablaba calmada. Cuando acabó dirigió la mirada hacia la cámara.

—Izan, lo siento, pero hay actos que no se pueden tapar y actitudes que duelen demasiado. Siento que esto haya salido a la luz, pero era demasiado injusto que destruyeran tu reputación y tu vida por algo tan malévolo como lo que sucedió. Las siguientes palabras las quiero dedicar a la única mujer que ama Izan… si me estás viendo o esto llega a tus oídos de alguna manera… déjame decirte que tienes o tenías a un hombre maravilloso al lado que de verdad te ama. Pocas veces en la vida sucede, y por eso, Izan se merecía esto que he hecho, porque es un hombre que no se merece lo que le ha sucedido. No tengo nada más que decir.

Parpadeé varias veces sin poder hablar mientras compartían unos minutos más de entrevista, hasta que el presentador la dio por finalizada. La tele se apagó ante mí, Brook había cogido el mando por lo que pude ver en cuanto me levanté porque me costó centrarme. Estaba como noqueado y sin saber cómo podría agradecerle a Camila lo que había hecho.

—Lo que ha hecho esa chica… —habló Peter y ahí conseguí reaccionar.

—Lo sé —solté un suspiro pasando las manos por el pelo.

—Ha limpiado tu honor tío —confirmó Brook.

—Joder, aún no me lo creo, no pensé que se atreviera a hacerlo, yo jamás se lo hubiera pedido…

Un mensaje en mi móvil cortó las siguientes palabras de Peter. Caminé hacia él que había quedado en la cama y vi que era otro mensaje de Camila.

Camila: *Te lo debía, Izan, es lo único que podía hacer. Espero que puedas ser muy feliz y reconstruyas lo que has perdido por mi culpa. Cuídate.*

Yo: *No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho Camila. Soy consciente de lo que ha tenido que suponer para ti ya que no apareces nunca en los medios de esta manera. Gracias de corazón. Te diría que te invito a una copa para celebrarlo, pero después de nuestra experiencia…*

Camila: *Mejor déjalo en un chocolate a media tarde, sí, y si vienes acompañado mucho mejor y más feliz me harás porque todo habrá acabado bien.*

Así nos despedimos, ella haciendo referencia a verme junto a Jana, y yo, deseando y rezando para que eso se diera.

Un frente menos del que preocuparme, pensé…

Capítulo 33: Jana

Cansada, así había pasado el domingo. No es que me supusiera mucho esfuerzo tantas horas de surf con los chicos porque por mí misma estaba acostumbrada a pasar horas interminables dentro del agua y salía fresca como una rosa.

—Tiene que ser que no estoy acostumbrada a lidiar con tantas hormonas a mi alrededor.

Esas fueron las palabras que me dije, reafirmándolas porque había sido una semana intensa. Me levanté del sofá para prepararme algo de cena pensando en las sorpresas que me encontraría al día siguiente que empezaba otra vez la rutina.

A pesar de los dolores de cabeza que me daban los chicos, no podía estar más feliz. Con una sonrisa, en ese momento porque cuando pasó le hubiera hecho varias ahogadillas a Romina yo misma, el recuerdo de todo y como ella acabó la clase cantarina por el premio que se había llevado, provocó que acabara riendo yo sola.

Así estuve todo el tiempo en el que me preparé la cena, una ensalada variada en la que eché todo lo que fui encontrando en la nevera y la que me comí en el salón mientras cambiaba de canales sin encontrar nada que me gustase.

Estaba mojando pan en la salsita que había quedado en el fondo del plato, que era mi perdición, cuando me llegó un mensaje de Rebeka.

Rebeka: *Por tu madre, ah no, por ella no, mejor por tus tablas de surf, pon ahora mismo el canal ocho, ¡¡yaaa!!*

Yo: *¿Qué pasa?*

Rebeka: *Nena, ¡qué dejes el puñetero móvil y mires la tele!*

Con curiosidad hice lo que me pidió tan finamente. Con el móvil en la mano me levanté de la mesa para dejarme caer en el sofá, poniendo el canal que me había dicho, y me quedé con la boca abierta al ver la imagen que me devolvió la tele, con el presentador hablando.

—Bueno y ahora vamos a entrar en el tema que te ha traído hasta aquí —dijo dirigiéndose a la modelo que reconocí—. Vienes a hablar de Izan Williams, el famoso y conocido actor. Los espectadores opinaran como yo, que las imágenes que salieron de vosotros dos nos impactaron. No es muy habitual por no decir que, ninguno de vosotros dos sois dados a ese tipo de acciones. Siempre mantenéis la seriedad ante las cámaras y por parte de Izan Williams no suele dejarse ver en esas situaciones, pero imagino que lo que tú nos cuentes nos dará una nueva visión.

Una llamada me sobresaltó y comprobé que era una videollamada de las chicas.

—Nena, ¿lo estás viendo? —preguntó nerviosa Patty.

—Sí, acabo de ponerlo.

—Callaros, joder, que me despistáis —soltó Rebeka sin querer

perderse detalle.

A partir de ese instante no volvimos a hablar mientras nos manteníamos en la videollamada prestando atención a nuestros televisores. Me quedé horrorizada con lo que escuché por parte de la modelo con la que pillaron a Izan, no podía salir del asombro. Mis sentimientos fueron pasando de un estado a otro: de la impotencia, a la rabia, a la pena, a la angustia… mientras las lágrimas corrían libres por mi cara conforme escuchaba toda la historia.

Cuando la entrevista estaba a punto de terminar las últimas palabras que fueron dirigidas hacia mí me encogieron el corazón y me levanté llorando y descompuesta del sofá directa al lavabo. Se me había revuelto el estómago hasta el punto de sacar la cena de él, mientras escuchaba de fondo como mis amigas gritaban desde la videollamada sin dejar de hablar sobre lo que habían visto.

Cuando acabé, me senté en el suelo mareada, apartándome las lágrimas con rabia de la cara. Hija de puta, eso es lo que me repetía en la cabeza una y otra vez al no caberme en la cabeza la jugarreta que le había hecho a su propio hijo solo por separarnos y hacerme daño a mí.

Me abracé las piernas y me hice una bola, sin querer moverme, tampoco me veía con fuerzas para hacerlo en ese momento. Desolada, así estaba pensando en cómo yo también le había fallado a Izan, cuando él siempre fue sincero, cariñoso y protector conmigo, no dudando nunca de mí.

—¿Qué he hecho? —Hipé sin consuelo escondiendo la cabeza entre las piernas— Izan…

¿Pero quién no hubiera actuado o pensado como yo ante las imágenes que se emitieron? El recuerdo de él besando desesperado a la modelo

tomaron otro sentido al saber la puñetera verdad, al saber que ni él mismo sabía lo que hacía en ese momento.

Sin consuelo porque por cada pensamiento que llegaba a mí de todo lo vivido me ponía peor, varios golpes fuertes en la puerta de la entrada me hicieron levantar la cabeza enfocando la vista.

Me levanté despacio, me temblaba todo, y caminé para abrir a mis amigas, sin dudar de que eran ellas al haberlas dejado en la videollamada y no haber vuelto a aparecer.

—Joder, niña, ¡qué susto nos has dado! —Se lanzó a mí Rebeka en cuanto abrí.

—No me encuentro bien —volví a llorar.

—Cariño. —Me miró con tristeza Patty, abrazándome.

Me dejé llevar por ellas al sofá y me acurruqué entre las dos, permitiéndome sacar hasta la última lágrima esa noche, aunque dudaba de que tuvieran final.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Rebeka al cabo de un tiempo.

—¿Qué quieres que haga? —Me soné los mocos con un pañuelo que me dio Patty, controlando un poco mis emociones— Le he hecho tanto daño…

—A ver, a ver… vale que lo hayamos tachado de algo que no es y por algo que hizo pero que en realidad no hizo, ¡coño! Es que hasta para intentar explicarlo me lio —soltó Rebeka.

Como lo expresó y la cara que puso nos hizo sonreír a las dos, por mi parte con una sonrisa cubierta de tristeza, pero algo era, un

pequeñísimo cambio desde que me había sentido indispuesta.

—Tiene razón, cariño. ¿Cómo podías imaginar que todo era provocado por la bruja de su madre? ¡Manda narices! Nadie lo hubiera hecho, ha sido muy fuerte. Yo me he quedado en *shock* y he espabilado por los gritos de Rebeka.

—Lo hemos juzgado mal todos, pero él tiene que entender que la situación no era para menos —argumentó Rebeka.

—No podría ni mirarlo a la cara, me muero de la vergüenza —negué triste con la cabeza.

—¿Sabes? La Cami me ha caído de maravilla y tiene razón —dijo Patty abreviando el nombre de la modelo como si fueran íntimas amigas—. Ahora sabemos que ese hombre te ama de verdad, no puedes dejarlo escapar tesoro. Él se ha desvivido por ti desde el principio y no sería justo para él que no lucharas por vuestro amor.

—No puedo hacer nada, no querrá ni verme. —Volví a llorar.

—Eso lo dices tú —apuntó Rebeka cogiéndome una mano—, nosotras no. —Miró a Patty que asintió.

—Puede que esté un poco resentido, pero es que la mierda que le ha caído en desgracia no es para menos —soltó un bufido Patty—. Hay que planear algo. —Se le iluminaron los ojos.

—Joder, claro, tenemos que idear un plan —pegó un pequeño grito Rebeka.

—No, de eso nada. —Me levanté tambaleándome, señalándolas—. No quiero que hagáis nada, prometédmelo, si me decido seré yo la que haga algo, no vosotras.

—¿Estás segura? —Me miró Rebeka sonriendo de medio lado.

—Sí, lo digo en serio, por favor. Lo que ha tenido que soportar…

—No pienses más en eso, creo que el país entero ya estará al corriente de lo sucedido y va a poder respirar más tranquilo a partir de ahora —comentó Patty, cortándome—. Haremos lo que nos has pedido —asintió y hasta que Rebeka no aceptó bufando no siguió hablando—. Tú decides si merece la pena o no ese hombre, tú decides si un amor como el que sentíais y sentís merece la pena dejarlo morir o, por el contrario, luchar por él… —se incorporó abrazándome.
»¿Sabes cariño? Aunque no lo sepas o no puedas verlo ahora mismo, eres muy afortunada. —Me acarició la cara con una sonrisa triste—. Ojalá nosotras pudiéramos encontrar a unos hombres que amen de la manera que lo hace Izan, y tienes la gran suerte de ser la elegida. No dejes que muera y que todo sea en vano, lucha. Piensa en todo lo que te estoy diciendo y trágate tu vergüenza porque él se ha tragado muchas cosas con solo poder llegar hasta a ti e incluso a nosotras.

Con ese discurso por parte de Patty ninguna pronunciamos ninguna palabra más, hasta que las dos se despidieron dejándome sola. En silencio, sentada otra vez en el sofá, miré el móvil con ganas de enviarle un mensaje a Izan.

Mensaje que no me atreví a enviar, levantándome para ir directa a la cama sin fuerza y volviendo a llorar por toda la rabia, la pena y tristeza que sentía.

—Buenas noches, Izan.

Por primera vez después de bastante tiempo volví a pronunciar esas palabras con mi cara cubierta de lágrimas, palabras que solo dije al aire sin enviarle ningún mensaje.

No pude evitar llorar más al ver pasar el tiempo y que en mi móvil no apareciera ningún mensaje de él, como me tenía acostumbrada y por primera vez, también, sentí que me asfixiaba por ese detalle cuando el día de antes renegaba de ello.

Capítulo 34: Izan

Estaba sentado en la orilla de la playa, dejándome envolver por el sonido del mar que a esas horas de la mañana estaba en calma, lo que no tardaría en cambiar. Eran las ocho de la mañana, apenas había conseguido dormir durante los tres días que habían pasado desde que Camila diera la entrevista aclarando la verdad.

Lo que le agradecí a ella y lo que tuvo que suponer un desahogo para mí trayéndome paz, no fue del todo así. Y el motivo no fue otro que desde que se emitió me sentía cansado, pero no un cansancio corporal, sino mental. Había llegado al límite y luchando contra mí mismo, me impuse no volver a escribir a Jana ni dar señales de vida.

Seguro que os preguntáis ¿por qué? Si hasta antes de que todo se supiera había insistido tanto, queriendo transmitirle mis sentimientos que en ningún momento habían aflojado. Ni yo lo sabía, no os puedo responder a eso, era ¿decepción? ¿Agotamiento? ¿Era que estaba cansado de estar para todo y no haber recibido lo mismo…? Quién lo sabe, yo no, como os he dicho.

El hecho es que, desde la entrevista, esa misma noche, dejé de enviarle mensajes a Jana. Algo en mí estaba roto por ese mismo motivo, el que me había impuesto, pero teniendo la necesidad de hacerlo mirando solo por mí como había hecho ella en su momento.

Me levanté de la arena y empecé a caminar por la orilla dejando que las olas rompieran en mis tobillos, respirando profundo conforme avanzaba sin querer llegar a ningún punto fijo.

Durante esos días mi padre había venido a verme y habíamos acortado distancias, desahogándonos. Según me contó, al día siguiente de aparecer yo por su casa y destapar lo que había hecho Sophie, le plantó delante un acuerdo de divorcio en el que no salió muy bien parada.

Y es que mi padre, aunque le hubiera costado admitirlo para sí mismo, por dentro sabía cómo era y llevaba mucho tiempo preparándolo todo por si algún día llegaba el final de su matrimonio. La que fue mi madre, que ya no lo era, abandonó la casa altiva y entre gritos, poco le importó a mi padre porque la decisión la tuvo muy clara y la llevó hasta el final, encontrando un desahogo en cuanto desapareció.

Habíamos hablado largo y tendido, con calma, y no podía estar más feliz por esa parte. Sacando el tema de mi verdadera madre, la que aún Brook seguía buscando, solo os puedo decir que seguía a la espera de que él me dijera que la había encontrado, momento en el que saldría corriendo para presentarme delante de ella.

Mis pasos sin darme cuenta me llevaron hacia la zona de la playa en la que solía surfear Jana. Me paré en seco fijando la vista hacia el frente. Siempre que miraba hacia el mar me venían los recuerdos de nosotros: tanto con las tablas de surf como la noche que le hice el amor dentro del mar, porque eso siempre había sido para mí, mi amor.

Soltando un suspiro y dispuesto a girarme para volver, algo captó mi atención. Las risas de un grupo de jóvenes que se adentraban en el agua con sus tablas llegaron hasta a mí, y una imagen en concreto que en ese momento no estaba preparado para ver, me puso en tensión, empezando a caminar hacia atrás sin poder apartar la vista de ella.

Jana, pronuncié su nombre en mi mente sin exteriorizarlo. Tragué saliva al verla protegido desde la distancia. Con una sonrisa, la que identifiqué que era forzada, se adentraba junto a ellos. Sonreí sin poderlo evitar, dándome cuenta de que había conseguido parte de sus sueños dando clases de surf.

Allí me quedé parado durante unos minutos, hasta que giré con un nudo en la garganta y me alejé de ella.

Quería acercarme, una fuerza que tuve que controlar me impulsaba hacia ella, pero no lo hice. Por una vez, aunque fuera solo una, necesitaba que ella me diera a entender que sentía algo por mí y que todo lo que habíamos vivido había significado algo y había sido importante.

Me había preguntado muchas veces si sabiendo lo que me sucedió en Miami con Camila, no la haría ponerse en contacto conmigo, con la esperanza de que eso sucediera, pero no lo hizo. Los días habían ido pasando y en mi teléfono no había aparecido nada de ella. Y yo… yo solo quería tenerla entre mis brazos otra vez con la seguridad de que no saliera de ellos nunca más.

Pero no daría el paso, al menos esa era mi intención. Necesitaba que me demostrara lo que yo tantas veces había hecho, lo que no sabía es si yo podría esperar o aguantar a que eso sucediera antes de lanzarme a ella. Por el momento iba por buen camino, temiendo que lo que necesitaba nunca llegara.

Sabía lo que debía sentir, sabía el motivo de su comportamiento, la conocía demasiado bien, pero esperaba que encontrara el impulso necesario para llegar hasta mí, tanto había estado a su lado yo, aunque a veces hubiera sido desde la distancia…

En cuanto llegué al jardín de mi casa vi a Brook caminar directo hacia mí.

—Te estaba buscando —dijo al ponerse enfrente.

—Estaba dando un paseo.

—La tengo Izan, la he encontrado.

—¡No jodas! —Me puse nervioso—. Voy a vestirme y nos vamos —grité alejándome de él, sin dejar que me explicara nada, ya lo haría durante el camino.

No tardé en estar abajo otra vez y darle encuentro dentro del coche, en el que me esperaba.

—Los datos eran correctos —suspiré porque hasta eso había dudado.

—Sí. Se llama Judith, tiene sesenta años. Vive en un piso, sola. Está jubilada con una buena paga por los años que trabajó. Se parece mucho a ti físicamente, tío. —Me miró de reojo sonriendo, gesto que imité.

Después de muchas preguntas por mi parte de las que algunas, no pudo responder, a los cuarenta minutos paró el coche en una calle llena de edificios.

—Hemos llegado, es allí —señaló el portal de un piso.

—A lo mejor no está. —Pensé en alto, nervioso.

—Sí que tiene que estar. Son las diez de la mañana, normalmente sale sobre las once u once y media de casa, es como una rutina para ella, sale a caminar —me confirmó.

Atento a lo que me decía, asentí, volviendo la vista hacia el portal.

—No lo pienses más, ve. —Me empujó y fue literal, casi echándome del coche.

—Que lo voy a hacer hombre —sonreí negando con la cabeza—, solo me estaba tomando mi tiempo, no es fácil ¿sabes?

—Sé que lo ibas a hacer, pero quería que sonrieras. Lo que va a pasar hoy es motivo de alegría, relájate.

—Eso espero —solté un suspiro pasándome las manos por el pelo.

—Ella no sabe de tu existencia —confirmó serio Brook—. Imagino que será ella la que te lo cuente, pero al nacer tú le dijeron que llegaste al mundo sin vida, con lo cual nunca ha pensado en que tenía un hijo. No volvió a ser madre, eres hijo único. Ahora ve y cómete el mundo, te lo mereces, tío.

—Gracias —sonreí emocionado.

Sin más, me alejé de él dándole vueltas a la cabeza por sus últimas palabras, pensando en qué mierda hizo la que quiso pasarse por mi madre para llegar hasta mí, porque ni mi padre lo tenía claro, tal y como me comentó una de las veces que vino a verme días atrás a casa.

El portal estaba abierto y no tuve ni que llamar. Subí por las escaleras evitando el ascensor por la ansiedad que sentía, lo último que necesitaba era meterme en una pequeña caja cuadrada.

Cuando llegué a la tercera planta busqué su puerta y me paré delante. Soltando un suspiro llamé al timbre. El tiempo que tardó la puerta en abrirse se me hizo eterno. La imagen de una mujer me recibió y me

impactó al ver, tal y como me había comentado Brook, que se parecía mucho a mí.

—Buenos días —me sonrió amable, pero con cara extrañada al verme sin hacer ni decir nada, solo observándola. Hasta que soltó un jadeo, imagino que, al reconocerme, pero no como su hijo, sino como el actor que habría visto en alguna película o las imágenes que habían circulado de mí.

—Buenos días —le devolví el saludo cuando pude reaccionar.

—Eres, eres… —Abrió la boca y la cerró sin saber qué decir—. ¿Querías algo? —Tragó saliva ladeando la cabeza porque las palabras no salían de mi boca.

—Perdona, mi actitud y que te moleste, yo… —Me removí nervioso—. Creo que me has reconocido…

—Sí, me ha costado porque la verdad no todos los días llama a la puerta de una un actor famoso, porque lo eres ¿verdad?

—Sí —sonreí—. Necesito hablar contigo de algo importante y no tengo ni idea como se dice o se empieza a decir lo que tengo que contarte, Judith —remarqué su nombre captando su atención.

—¿Nos conocemos? Es imposible que eso haya sucedido. ¿Cómo sabes mi nombre? Lo normal es que yo sepa el tuyo por lo mediático que eres —Arrugó la frente.

—Por desgracia no, no nos conocemos, nos quitaron ese privilegio el día que nací. —Tragué saliva emocionado.

Después de mis palabras me miró interiorizando el significado de ellas, se tomó varios minutos para hacerlo hasta que se tensó

mirándome de arriba abajo varias veces, agrandando los ojos.

—¿Qué…? ¿Qué quieres decir? —Apretó el agarre en la puerta que tenía sujeta.

—¿Puedo entrar? Sé que no me conoces personalmente, pero…

—Claro, pasa por favor. —Se hizo a un lado.

—Muchas gracias —suspiré porque no me hubiera cerrado la puerta en la cara.

La acompañé por un pasillo que nos llevó a un salón, donde fue directa al sofá, sentándose.

—Puedes hacer lo mismo si te sientes a gusto —me pidió señalando una butaca que quedaba a su lado.

—Lo estoy, gracias —sonreí.

—¿Qué has querido decir antes? —Se frotó las manos.

—Con quince años diste a luz a un bebé que nació muerto. —Apoyé los codos en las piernas—. Eso es, al menos, lo que te dijeron.

—¿Cómo sabes eso? —soltó un jadeo llevándose una mano al pecho.

—Porque yo soy ese bebé. No nací muerto, no sé cómo, pero la que se hizo pasar por mi madre lo planeó todo para que te dieran esos datos y quedarse conmigo.

—No —pegó un pequeño grito levantándose—. Eso no puede ser verdad, te estás equivocando, mi bebé nació muerto, lo vi.

—Viste lo que quisieron que vieras, nada más. —Me incorporé como ella, que no dejaba de negar con la cabeza—. Eres mi madre, de la que me separaron al nacer y no he sabido hasta hace pocos días. A pesar de tener pocos datos, los que me facilitó mi padre, el que me crio, he dado contigo.

Con otro jadeo dejándose caer en el sofá, los ojos se le nublaron y dejó salir varias lágrimas mientras seguía negando con la cabeza.

—Soy yo —reafirmé mis palabras poniéndome de rodillas delante de ella, llorando también—. Mírame bien —le pedí.

Después de unos segundos llevó sus manos hacia mi cara, acariciándola. Cerré los ojos al sentir su contacto, mientras remarcaba con sus dedos cada detalle de mis facciones como queriendo memorizarlas, como queriendo que fuera real…

—¿Eres mi hijo? ¿De verdad? No, yo pensé que no tenía, yo pensé…

—Lo sé —la agarré de las manos—. Lo soy sin margen de error.

—Si lo hubiera sabido —soltó un quejido llorando.

Sin pensarlo la atraje hacia a mí y la abracé, mientras lloraba desconsolada. Acabó aferrándose a mi cuello sin querer soltarme.

Fueron muchas las emociones que vivimos los dos, un reencuentro en el que nos tomamos nuestro tiempo hablando por horas, queriendo saber la vida de cada uno hasta el más mínimo detalle.

A las cuatro horas, la llevé a mi casa de la que no salió en varios días, presentándole a Brook que me esperaba en la puerta y al resto que me acompañaban en mi día a día.

La vida te da una de cal y una de arena, y esa ocasión fue una demostración de que por mucho que las cosas se oscurezcan, siempre había una pequeña brecha por donde se cuela una luz a la que aferrarse.

Capítulo 35: Jana

Histérica, así me había levantado. Era el último día de la semana y de trabajo y había tomado una decisión. Sí, de esas trascendentales que pueden marcar un cambio en la vida, salieran bien o salieran mal.

—Por favor, que salga bien —dije en alto tumbada en la cama.

Con un suspiro me incorporé para empezar cuanto antes el día. Esa vez llegaría con más tiempo del normal a la cafetería. Apenas había podido dormir y por la hora que era no quería que me entrara la morriña y caer rendida.

Me vestí como una zombi y salí de casa con todo lo necesario. Daba gracias de que los periodistas se habían olvidado de mi existencia. Llevaba un tiempo tranquila, imaginando que algún otro personaje me habría sustituido. Lo lamentaba por quien fuera, pero yo no podía estar más feliz por ello encontrando una calma que había perdido.

Cuando me senté en la terraza Rebeka aún no había llegado. Le pedí un café con leche a una de sus compañeras y disfruté de la soledad con el espectáculo que tenía ante mí, el mar.

Me llené los pulmones de aire, reconociendo el aroma que se apreciaba incluso desde la distancia en la que estaba. Así pasé una

media hora, hasta que vi aparecer a Rebeka a lo lejos.

—¿Cómo está la niña de mis ojos? —Se dejó caer sobre mí dándome un abrazo y un beso.

—Con mucho sueño —sonreí.

—¿Y eso? —Se sentó unos segundos conmigo antes de empezar a trabajar.

—No he dormido muy bien, vamos que no lo he hecho —solté un suspiro mirando la taza de café.

—Ya, como llevas haciendo desde que supiste la verdad sobre Izan. —Se cruzó de brazos—. ¿Has pensado en hacer algo? Porque el tiempo va pasando, nena.

—Sí. —La miré decidida—. He tomado una decisión.

—¡No jodas! Coño, pues sí que te ha cundido la noche en vela porque hasta ayer no decías lo mismo.

—Llevo varios días pensándolo —sonreí—, pero no había dicho nada. Quería meditarlo bien.

—¿Se puede saber cuál es la decisión? —sonrió divertida.

—No —reí—. No me mires así, no lo sé ni yo todavía. Déjame ser la primera en saber lo que voy a hacer.

—Nena, eso es primordial, si no mal vamos —rio—. Voy a entrar ya ¿solo te has pedido un café?

—Sí, te estaba esperando. —Le hice un guiño—. No quería

arriesgarme que otra chica me preparara el guacamole. —Le saqué la lengua haciéndola reír.

—Vale, alto y claro el mensaje. Marchando desayuno estrella para mi chochín —gritó y di gracias de que solo había otra chica sentada a tres mesas de la mía, la que rio al escucharla.

Negué con la cabeza girada hacia ella, pero sonriendo. Cuando volví a mirar al frente pegué un bote en la silla.

—¡Joder! ¡Qué susto! —Me llevé la mano al pecho—. Cuando queréis sois muy silenciosos.

A los que les hablé fue al grupo completo de mis chicos, con los que en breve entraría dentro del agua para seguir con las clases que a esas alturas podía decir que habían ido progresando. No para tirar cohetes, pero al menos ya se mantenían encima de las tablas dos minutos seguidos, todo un logro por el que estaban motivados.

—El chochín ¿eres tú? —preguntó divertida Romina.

—Creo que sí —negué sonriendo.

Me acompañaron en el desayuno, advirtiéndome que no sería la única vez y que me fuera acostumbrando a ellos desde bien temprano. A lo que no me dejaron decir nada porque cuando hablaba una, otro la cortaba sin dejarla acabar, así entre todos. Una locura a la que me había ido acostumbrando y me ayudaba a soportar los días.

Rebeka salió con mi desayuno y los chicos pidieron el suyo. Con todos los estómagos llenos y sin querer que pasara mucho tiempo para meterlos en el agua, nos dirigimos hacia la playa. Una cosa era un bañito calmado recién comidos y otra diferente hacer volteretas dentro del mar, y no porque las hicieran encima de la tabla, no, más

bien las hacían debajo del agua por los revolcones que se daban.

Al mediodía empecé con la idea que tenía en mente, tragándome todo el miedo que sentía.

Yo: *Desde que apareciste en mi vida, la cambiaste para siempre…*

Ya está, mensaje enviado me dije mientras sentada en el sofá me temblaba todo. Estuve un rato esperando a ver si se ponía en línea, pero al final acabé dejando a un lado el móvil por mi salud mental porque los minutos pasaban y no sucedía nada.

Nerviosa una hora y media después volví a coger el móvil comprobando que lo había leído.

—Te lo tienes merecido, Jana —me dije a mi misma, triste, pero no por ello dejé mi objetivo.

Yo: *¿Sabes por qué no hablé contigo cuando se supo la verdad? Por miedo, por vergüenza, por mil motivos que podría decirte cuando la realidad era que me sentí morir al saber que te había fallado de la peor manera: no confiando en ti. Perdóname Izan.*

Y con ese iban dos mensajes, los que se mantuvieron en visto.

A primera hora de la tarde salí a hacer unos recados con los que conseguí distraerme y haciendo unas llamadas, hasta que desbloqueé el móvil y volví a escribir.

Yo: *He perdido mucho en mi vida, pero no puedo ni imaginar perderte a ti… las noches se vuelven interminables, los días una carga demasiado pesada para soportarlos…*

Yo: *¿Sabes lo que siempre le decía mi padre a mi madre? Por aquella*

época ella no era la que conociste, era totalmente diferente… le decía, que jamás en la vida hubiera podido imaginar encontrar en su vida un amor tan bonito y real como el que sentían el uno por el otro, que si su vida se perdiera en ese mismo instante podía irse feliz por haber encontrado el amor de verdad. Esas mismas palabras me pidió que encontrara mi padre algún día, antes de que partiera de nuestras vidas. Me rogó que no parara hasta encontrarlo, me rogó que luchara, porque la vida no es fácil y pone muchas trabas en el camino. En su día lo interioricé, pero no lo comprendí, hasta que te conocí…

Abrirse en canal nunca es fácil y menos sin saber si quien lo estaba recibiendo actuaría como necesitabas. En ese instante fui consciente y entendí como debió de sentirse Izan muchas veces. Había estado siempre conmigo, en persona, en la sombra, en la distancia… y recibir lo que él recibió tuvo que ser muy duro.

Por mi parte solo os puedo decir que actué según creí que fue lo mejor para mí. Después de tocar fondo y querer quitarme la vida, me prometí a mí misma que nunca más permitiría que por las circunstancias de la vida o por alguien echaría por tierra mi vida.

Puede que fuera egoísta en su momento desde vuestros ojos, puede que no comprendáis hasta el punto por el que actué solo pensando en mí, pero yo sí. Me aferré a lo que creía que era verdad y me aislé para paliar el dolor que sufrí. Como se suele decir, nadie pude juzgar a otro si no camina sobre sus zapatos, si no sufre, si no vive esa angustia que asfixia, es imposible comprender ciertos puntos de vista y actitudes.

Caminando por la arena, a última hora de la tarde, me dejé llevar y actué como mi corazón me pedía, como añoraba que hiciera en un último intento ya que Izan no reaccionó a nada de lo que le escribí.

—Hola —susurré.

—¿Qué haces aquí? —se incorporó Izan de la arena.

Acababa de darle encuentro en su playa privada, en la misma en la que me preparó la cena más bonita que había vivido en mi vida, la misma en la que atesoraba cada momento con nuestros cuerpos fundidos y con nuestras tablas.

—Sabía que estarías aquí —sonreí tímida—. Perdona mi intromisión en tu casa.

Tuve la necesidad de justificarme porque era su propiedad privada.

—Tuve ayuda en saber que cada tarde pasas horas aquí, frente al mar —aclaré.

—Ayuda —repitió mirándome fijamente.

—Un poquito —acompañé a mis palabras con un gesto de los dedos y es que Brooklyn no había dudado en hacerlo.

—¿Qué quieres Jana? ¿Por qué estás aquí? —preguntó metiéndose las manos en los bolsillos.

—Si te digo que porque necesito y quiero que me perdones ¿me creerías? Si te digo que por ti estaría e iría a cualquier lugar en el que estuvieras ¿me creerías? —Tragué saliva al verlo serio—. Lo siento. —Bajé la mirada hacia mis pies enterrados en la arena—. No sabes cuanto lo siento.

—¿El qué sientes?

—El haberte fallado. —Levanté la mirada cubierta de lágrimas—. El haberte apartado de mí, yo, yo pensé que no podría con la situación que se me vino encima, me dolías demasiado… siento mis desplantes,

siento haberte hecho sentir mal, lo siento todo desde lo más profundo de mi corazón.

—¿Qué quieres exactamente?

—Tener la esperanza de ver algo en ti que me diga que lo que hubo entre nosotros no ha muerto, que puede tener solución. Si no se da, solo te pido que me perdones —desvié la mirada hacia el mar—. Yo, no sé… yo, te quiero, pero si decides pasar de mí por todo el daño que te he hecho lo aceptaré no volviendo a aparecer junto a ti, ni a escribirte, ni a nada… por mucho que me duela, por mucho que muera por dentro, te quiero y quiero lo mejor para ti.

—¿Qué te hace pensar que tú no lo eres? —Apretó la mandíbula acercándose a mí.

—Yo, no lo sé. —Me froté las manos, nerviosa.

—¿Sabes por qué dejé de insistir Jana? —me susurró frente a mí y negué con la cabeza— Porque me cansé de ir detrás de algo que no quería que lo hiciera… por mucho que quieras a alguien, por mucho que desees a esa persona, hay cosas que duelen demasiado y el corazón se resquebraja en mil pedazos esperando algo que nunca llega, viendo que se abre un mundo de posibilidades para la otra persona y tú no tienes opción de estar entre ellas…

—Siento mi comportamiento. —Tragué saliva.

—Eso no me molestó. Sí, en algún momento me jodió, pero lo entendí.

—Entonces, no sé a qué te refieres.

—A que estaba esperando este momento. Te has tomado demasiado tiempo.

—Pensaba que estarías enfadado.

—No lo estaba, pero no hubiera sido raro si se hubiera dado el caso.

—Lo sé —sonreí triste.

—¿Sabes el significado de las palabras de tu padre? ¿Las que me has escrito? Déjame decirte que detrás de ellas hay un trasfondo. En la vida, en el amor, en el día a día, había muchas adversidades que sortear, solo quien consigue superarlas teniendo claro lo que quiere y siente saldrá vencedor de todo ello. Yo no pretendo tener a mi lado a una persona con la que tener una vida idílica porque eso es imposible, lo único que pido es sinceridad ante todo y que predomine la confianza y las ganas de luchar por el otro.

Me mantuve callada sin poder dejar de mirarlo. Tenerlo tan cerca otra vez fue un duro golpe por el que estaba intentando mantener el tipo para no decaer delante de él, sentía, sentía que todo se había ido a la mierda. No sabía cómo arreglarlo, no sabía qué más decir, me sentía en una encrucijada que por más que dijera acababa en el mismo punto.

Sin saber cómo reaccionar y desbordada de muchos sentimientos, varias lágrimas salieron de mis ojos y giré para alejarme de él, necesitando respirar.

—¿Dónde te crees que vas? —Me agarró de la mano girándome hacia él, chocando con su pecho y aferrándome con sus brazos— He esperado este momento no sabes cuánto, de aquí no te mueves en lo que te resta de vida, Jana. A no ser que me digas ahora mismo que esto solo era para pedirme perdón y que por mucho que me quieras no puede ser. Me has dicho que me quieres ¿es verdad? —asentí llorando — Pues no vuelvas a alejarte de mí en la puta vida, no vuelvas a

separarme de ti nunca más. Estoy loco por ti desde la primera vez que te vi y eso no ha cambiado cariño.

—Izan… —dije como pude con un nudo en la garganta.

—Tengo tantas cosas que contarte…

Sus últimas palabras fueron susurradas antes de que sus labios buscaran los míos. Me aferré con todas mis fuerzas a él, sintiendo su calor, sintiendo sus labios sobre los míos mientras de mis ojos caía una cascada de lágrimas.

Sin querer separarnos, demasiado lo habíamos hecho ya, me cogió en brazos y caminó hacia la orilla, donde lo había encontrado sentado. Allí nos quedamos con él en la arena y conmigo encima de sus piernas mientras nuestras bocas recuperaban todos los besos que se habían perdido, mientras nuestras manos tocaban y acariciaban sin descanso.

—Como el plan «A» ha funcionado, voy al plan «B» —susurré sobre sus labios sin dejar de mirarlo.

—¿Tenías varios planes? —Levantó una ceja, divertido.

—Oh sí, hasta veinte había ideado —dije convencida provocándole varias carcajadas.

—Me alegra saber que no te hubieras dado por vencida. —Me acarició los labios y justo antes de volverme a besar solté mis siguientes palabras dejándolo parado.

—¿Te quieres casar conmigo? —le propuse alto y claro, sin titubear.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —Agrandó los ojos.

—Eh, sí. —Me ruboricé porque el plan desde fuera sonaba genial, pero puesto en situación me hizo dudar.

Los minutos que tardó en responderme me pusieron nerviosa, mientras sus ojos analizaban mi cara, con intensidad, mientras sus manos apretaban su agarre en mi cintura atrayéndome hacia él, hasta que habló.

—Acepto —sonrió de medio lado—. Sí, quiero; pero siempre y cuando sea dentro de un mes y medio, cuando acabe el rodaje. No más tarde —Me hizo un guiño que acabó por derretirme.

Capítulo 36: Jana

Y llegó el día que consideraba el más importante de mi vida…

—Me muero de los nervios —le murmuré a Rebeka y a Patty que habían pasado la noche conmigo en la habitación del hotel donde estábamos ya los novios e invitados.

—Pues demasiado tarde —contestó Patty dirigiéndose a la puerta a abrirle a la maquilladora y peluquera.

—Me falta el aire… —Agarré las manos de Rebeka con las mías y las apreté.

—Relájate, todo va a salir precioso, como un cuento de hadas.

—Yo no quiero cuentos, quiero paz, amor y vivir esta historia que, aunque nos llevó a mucha mierda, nos afianzó los sentimientos que tenemos el uno hacia el otro.

—Aquí estamos para dejarte más guapa de lo que eres —murmuró Ely, la peluquera, ante la sonrisa de Mara, la maquilladora.

—Chicas, dejadme natural, no quiero parecer un payaso.

—Nosotras no hacemos esas cosas, confía y relájate, además saliste muy contenta con la prueba que te hicimos.

—Pues exactamente igual la quiero.

—Mejor, te vamos a dejar mejor —sonrieron comprendiendo los nervios que tenía.

Mis amigas me miraban de lo más emocionadas. Lloraban constantemente porque sabían todo lo que había pasado hasta llegar aquí y ahora. Estaba viviendo algo tan bonito que miedo me daba a que se pudiera estropear con cualquier cosa.

Llamaron a la puerta y sabía que era John, mi suegro, esa persona que nos demostró ser de verdad y apoyar nuestro amor con uñas y dientes.

Ni su exmujer ni mi madre iban a venir y tampoco se iban a acercar más a nosotros. No demostraron amarnos bien y bonito, así que ahora era momento de construir nuestras vidas con las personas que nos querían de verdad.

Su papá me iba a llevar al altar y Judith, su mamá biológica, a él; ella sí que era un encanto y pura nobleza. Me miraba como si de su hija se tratase y me abrazaba sintiéndolo con el corazón, la adoraba.

Rebeka y Patty se fueron junto a mi suegro a tomar un café a la salita de la habitación donde había una cafetera, mientras a mí me preparaban y vaya cómo me dejaron de guapa.

—Me encanta —dije mirándome en el espejo y observando lo natural que habían dejado mi maquillaje y peinado, que iba suelto solo que a un lado estaba estirado hacia atrás con una horquilla de plata que era preciosa.

Y llegó el momento de colocarme el vestido que me hizo ponerme sensible, menos mal que el maquillaje era resistente al agua, pero, rápidamente tuve a la chica secándome con golpecitos con una esponjita para neutralizar el color.

Había elegido un vestido acorde al entorno. Estábamos en la Riviera Maya e Izan había cogido por una semana un hotel para todos. Cerrado solo para nosotros, era un *resort* muy acogedor de cincuenta cabañas, con piscina con bar en su interior al lado de la playa con camas balinesas y un restaurante en ella, además de un chiringuito. Todo un sueño que jamás imaginé en la vida.

Nuestra suite aún no la conocía. Todos llegamos el día anterior y nos fuimos hacia las habitaciones en las que pasaríamos la primera noche antes de dar el «sí, quiero» hoy, y había llegado el momento.

Elegí un vestido de dos piezas: de falda y top de estilo 'boho', hecho con hilo de alta calidad y de una firma muy exclusiva.

A mis amigas y a John cuando me vieron se les saltaron las lágrimas antes de que ellas se marcharan hacia los jardines y nos avisaran de que Izan estaba en el altar esperándome.

Agarré el brazo de mi suegro hecha un manojo de nervios.

—Eres la novia más guapa que he visto en mi vida, hija.

—Gracias John. —Acaricié emocionada su brazo; mientras andábamos, unos fotógrafos contratados por Izan, nos iban haciendo fotos y vídeos.

Los jardines lucían preciosos entre palmerales y flores blancas por todo el recinto, aquello era lo más idílico que había visto en mi vida. Cuando giramos y vi a todos los invitados y a mi futuro marido

guapísimo con una guayabera blanca y unos pantalones en color arena, quise salir corriendo hacia él y comérmelo a besos, cosa que tuve que contener mientras la emoción en nuestras miradas se iba estrechando conforme iba llegando hasta él.

—Estás increíble, eres la novia más bonita que vieron mis ojos. —Me recordó a lo que momentos antes me había dicho su padre.

—Tú estás guapísimo, radiante —murmuré sonrojándome y acariciando sus manos que sostenían las mías mientras me miraba.

—No nos demoremos más ¡Cásate conmigo! —Me dio un beso sin esperar a que se oficiase la boda y todos aplaudieron emocionados.

Nos pusimos mirando hacia el altar, el que daba hacia el mar azul turquesa de aguas muy cristalinas. ¿No era para emocionarse aún más? Así estaba yo, llorando mientras la mamá de Izan me miraba con un amor infinito. Esa mujer era lo mejor que podía haber llegado a nuestras vidas después de la decepción que tuvimos los dos con nuestras respectivas madres.

—Estamos aquí reunidos para que se oficialice la unión de dos personas que han tenido que surcar los mares para llegar a este momento. —Algo me decía que las palabras del oficiante provenían de Izan y que había preparado el momento—. Un amor que está a prueba de fuego, de maldades, de ambición de terceras personas que hicieron lo posible por separar sus caminos. —A la mierda, ya estaba llorando como una niña desconsolada ante la mano de Izan entrelazada a la mía y acariciándola con su dedo pulgar.
»No pudieron, y por eso hoy están aquí, para gritar al mundo que se convierten en una sola persona; para lo bueno y lo malo. —Cogí aire porque me comenzaba a faltar de lo sensible que estaba—. No hacen falta más palabras que ver el reflejo del amor en sus actos, por eso, me veo en la obligación de preguntar algo que todos sabemos la respuesta. ¿Venís libremente y concienciados de convertiros en marido

en mujer?

—¡Sí! —Grité con tantas fuerzas y ligera que no di más opción a que se escuchasen las risas de todos, los que empezaron a aplaudir efusivamente.

—Claro que sí —dijo Izan mirándome con ojos brillantes.

—Os declaro marido y mujer…

Ni le dio tiempo a acabar la frase cuando ya nos estábamos besando como si fuera el fin del mundo.

Cuando nos separamos él abrazó a su padre y su mamá a mí, la que me dedicó unas palabras que me emocionaron:

—He pasado toda una vida sin saber que tenía un hijo. Me he perdido todo el tiempo de él, pero, ahora la vida me bendijo no solo con devolvérmelo, aunque haya sido un poco tarde, sino también contigo. No puedo estar más feliz, ahora tengo dos razones para ser feliz. No dudes que te quiero como si fueses mi hija, solo con saber que eres el motivo de su sonrisa, ya eres un tesoro para mí. —Me abracé a ella llorando por eso tan bonito que me había dicho.

—Gracias, mamá —le dije provocándole una sonrisa y unas lágrimas que fui secando con mis dedos.

Luego se abrazó a Izan y su papá me abrazó a mí.

—Hija, quiero que seas la primera en saber que Judith —dijo refiriéndose a la mamá de Izan—, anoche me besó. —Me hizo un guiño y me abrazó.

—John —reí entre sus brazos—, ¿en serio me dices eso?

—Tranquila, hoy es vuestro día; pero sí, ella tiene algo que sabe tocar a este —señaló a su corazón y por sus gestos me tuve que echar a reír sobre su hombro—. Por cierto, dicen que, si la novia entrega el ramo a una mujer, es la siguiente en casarse y como tú tienes el problema de dos amigas y no estaría bonito que lo entregaras a una sí y a la otra no…

—Para, no me digas nada más —sonreí—. Se lo daré a Judith, además con todo mi corazón y ojalá, de esta boda, salga la vuestra. —Lo abracé.

—Tengo setenta años, pero aparento menos ¿verdad? —Carraspeó, y la verdad es que parecía un señor de sesenta.

—Eres aparentemente mucho más joven y, además, el señor más guapo de toda California.

—Te acabas de ganar otro beso. —Cogió mi cara con sus manos y me dio un beso muy bonito en la frente—. Guárdame el secreto hasta que yo dé la primicia.

—No lo dudes, soy una tumba. —Le hice un guiño.

Izan y yo nos acercamos, apoyé mis manos en sus antebrazos y él me cogió por la cintura.

—Eres mi mujer. —Me miró fijamente con esa media sonrisa que era toda una debilidad para mí.

—Y tú mi marido…

—La futura madre de mis hijos….

—El que nos va a mantener a todos —murmuré causándole una sonrisa.

—Los vamos a mantener los dos, en estos momentos todo lo mío es tuyo, nos hemos casado en gananciales.

—¡No! Me dijiste que sería por separación de bienes.

—No quiero nada separado de ti, sé con quién me caso y lo leal que eres. Quiero que mi mundo y el tuyo, sean un solo mundo.

—Te amo, Izan —murmuré emociona al ser consciente de todo lo que ponía en mis manos, eso sí, leal era y pasase lo que pasase, jamás me llevaría algo que no fuese mío.

Nos dieron una copa de champán a cada uno y brindamos antes de tirarla hacia atrás y salir por el camino cogidos de la mano como marido y mujer, mientras todos los invitados nos lanzaban pétalos de flores blancas.

Paré a todo el mundo en seco y me dirigí hacia Judith…

—Esto es para ti, para que el amor llegue a tu vida. —Puse el ramo en sus manos.

—El amor me llegó hace poco, pero algo me dice que será duradero. —Miró a John y él le sonrió con cariño—. Gracias Jana, lo recojo con mucha ilusión —murmuró mientras John se la acercaba a él para darle un beso ante todos, dejándolos paralizados.

—¡Papá, mamá! —exclamó Izan quedando boquiabierto.

—¡Vivan los novios! —gritaron al unísono Rebeka y Patty causando una risa a todos…

Un rato le costó reaccionar a Izan, eso sí, la media sonrisa y alguna carcajada que se le escapó fue todo lo que hizo durante ese tiempo.

—Te has casado y no haces caso a la novia, deja de mirarlos —protesté bromeando mientras me cruzaba de brazos y movía el pie.

—Perdón, vida, pero es que aún no me puedo creer lo que ven mis ojos. —Sus padres seguían charlando agarrados y dándose infinidad de besos.

—¡¡¡Sorpresa!!! —Escuché detrás de mí y cuando me giré no me lo podía creer.

—¡¡¡Mis chicos!!! —grité corriendo hacia mi equipo de clases de surf —. Pero ¿cómo habéis venido? —Nos abrazamos todos a la vez.

—Izan habló con nuestros padres y organizó los vuelos, preparó todo para que nos acompañaran durante el viaje y aquí estamos para celebrar este gran día con vosotros y de paso, tirarnos una semana aquí a lo bestia —dijo Romina causándome una carcajada.

Miré a Izan y le lancé un gracias al aire. Sonreía emocionado viendo ese abrazo común que nos dimos.

—Hostias, los niños —murmuró Rebeka causándonos a todos una risa y es que les habían dado por ir a su cafetería a desayunar conmigo antes de hacer surf y siempre la liaban.

—Tranquilas chicas, de verdad que venimos vacunados —murmuró Romina que no se callaba ni aunque la amordazaran.

—Pesada es —murmuró resoplando Peter, uno de los chicos.

—Venga, circulando, pasarlo bien y no romper nada —les indicó Patty con todo el descaro, mientras Izan se echaban a reír y los chicos se esparcían por los jardines.

—Sal del *shock* de lo de tus padres —le dije mientras lo rodeaba por la cintura.

—Se siguen besando…

—Bueno, están en su derecho.

—Sí, pero es extraño; aunque reconozco que serán una buena compañía el uno para el otro, aun así, es sorprendente —se echó a reír nervioso abrazándome.

—La vida es la encargada de colocar cada pieza del puzle.

—Y tú eras la que faltaba en el mío… —Me besó y comenzamos a escuchar un ¡Vivan los novios! por parte de mi equipo de surf, al que le siguieron los demás invitados.

Canapés, copas, música es lo que ofrecieron a media mañana ya que solo eran las doce y hasta la comida faltaba un rato.

Después de tirarnos fotos con todo el mundo nos fuimos a cambiar de ropa, al igual que los invitados ya que queríamos una celebración cómoda para nosotros y para ellos, ¿y qué mejor que estar en bañador y con un pareo a pie del mar Caribe?

Todos los invitados se pusieron bañadores en tonos de color rojo menos nosotros, que los llevábamos en blanco.

Tuvimos un almuerzo precioso y divertido, después cortamos la tarta al ritmo de Mark Anthony y su tema *Valió la pena,* que bailamos con

toda la emoción del mundo.

Mi grupo de surf se hizo con un trozo de la barra de la piscina y ahí que estuvieron toda la tarde a cuerpo de rey.

La boda duró hasta pasadas las tres de la madrugada, en la que acabamos agotados de: bailar, beber, reír, charlar y disfrutar.

Nos fuimos hacia la suite en la que íbamos a pasar el resto de las vacaciones y me sorprendí al ver que tenía una piscina en la terraza mirando hacia el mar.

Al igual de sorprendida me quedé a la mañana siguiente al encontrarnos un desayuno flotante en la piscina, en la que aproveché para tirarme mil fotos con Izan.

Decir que pasamos la luna de miel jamás soñada, es quedarme corta, ya que disfruté de cada momento de locura con los chicos, de risas con mis amigas y de ternura con los papás de Izan, que se veían como dos quinceañeros que descubrían por primera vez el amor.

Epílogo

Diez años más tarde…

Me levanté comiéndome a besos a mi marido, mientras nos felicitábamos por nuestro aniversario. Diez años hacía que nos dimos el «sí, quiero».

La vida estaba siendo un camino de rosas junto a él y nuestros hijos: Alexander de siete años y Luna de cinco. Nuestras vidas y la de sus abuelos, John y Judith, que llevaban nueve años felizmente casados. ¡Quién lo diría!

Seguí dando clases de surf a los chicos los sábados durante todo el año. Un día por sorpresa, Izan me llevó a un viaje justo un año después de la boda y más sorpresa me llevé al saber que me inscribió en un concurso mundial de surf. Casi me desmayo cuando me vi metida en él de golpe.

Salí campeona del mundo, gané la copa y no solo cumplí mi sueño de concursar, sino que me llevé el premio al mayor reconocimiento que te pueden dar en ese deporte.

Lloré durante una semana de emoción, de nervios, de agradecimiento. Como regalo, se encargó de mandar la tabla de surf que me partió

cuando lo conocí, a la fábrica original que la arregló y dejó nueva, casi me da algo al verla enterita de nuevo en mis manos.

Así era Izan, amor, puro amor y dedicación a nosotros, su familia. Fui descubriendo en él un hombre mucho más humano de lo que ya sabía que era. Nuestros hijos eran adoptados, él pensaba que había muchos niños desamparados y que no tendrían familia, así que yo me sensibilicé mucho con ello y comenzamos la adopción, primero llegó el niño y luego la niña.

Eran nuestra vida, ese amor incondicional y por el que te enfrentarías al mismísimo demonio para protegerlos, eso sin duda.

Rebeka se casó con su jefe tres años después, dos de que falleciera su mujer de la noche a la mañana. Era un gran hombre que recuperó la ilusión junto a mi amiga y que la trataba como a una reina. Tuvieron un niño, Liam, que ahora tenía cuatro años.

Patty era mi espinita, esa que me hacía llorar en muchos momentos del día, esa que se fue a otro lugar fuera de la tierra tras coger el COVID y no superarlo. Con ella se nos fue una parte del corazón a Rebeka y a mí, nos dejó muy tocadas.

A mi madre, dos años después, se la encontraron muerta en una habitación de un hotel de Las Vegas y la autopsia fue clara, por narcóticos.

Lloré, no voy a mentir, pero en cierto modo sentí paz de saber que ya estaba descansando. Era extraño, pero sabía que cura no tenía porque no aceptaba la ayuda.

Sophie, la que fue madre Izan, se casó con otro hombre y nunca más se supo de ella, de todas maneras, ni queríamos saberlo.

Yo era feliz, con la familia que había construido, con el hombre que más amaba de este mundo y con mis hijos, esos que eran el motor de mi corazón.

Izan amaba su trabajo y rodaba dos películas al año por lo que se ausentaba un mes. Al otro, porque normalmente el rodaje duraba dos meses, siempre me iba con él y los niños. No disfrutábamos todo el tiempo junto a él para no cambiarle tanto los hábitos a los pequeños.

Alexander a sus siete años ya hacía algunos pinitos con el surf y le encantaba, incluso lloraba cuando lo sacábamos del agua. En cambio, Luna, esa me había salido muy salsera, solo quería bailar al ritmo latino y se ponía vídeos imitándolos.

Y siempre pensé que mi familia estaba hecha de «un amor pasado por agua…».

RRSS

Facebook: Ariadna Baker

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Instagram: @carlotamanzanoautora

Twitter: @ChicasTribu